

Intergeneraciones



I. Una perspectiva general sobre el conflicto intergeneracional

1. ¿Existe un conflicto generacional?

En un libro reciente, Paul Wallace afirma que nuestro tiempo asiste a una sustitución de la lucha de clases por la lucha de edades: “La conciencia de clase dio a luz a la guerra de clases. De forma que no es sorprendente que la idea de un conflicto generacional haya ido surgiendo a medida que las identidades generacionales se hacen más evidentes. Los nacidos durante el *baby boom* riñen con los de la Generación X, los ancianos con ambos, y así sucesivamente” (Paul Wallace, 2000: 135).

La idea no es muy novedosa. En distintos momentos del siglo XX ha ido apareciendo de forma más o menos explícita y desde diversos puntos de vista. Por un lado, en la misma utilización de la metáfora biológica “envejecimiento demográfico” para referirse a una de las transformaciones que experimentó la estructura de las sociedades avanzadas, subyacía la idea de que el incremento del número y la proporción de personas de edad avanzada constituía una carga, con el tiempo insoportable, para el sistema social y para las generaciones jóvenes. En los años setenta y ochenta, aparecieron diversos libros en EEUU que insistían en la idea de carga económica y del parasitismo de las cohortes más ancianas (véase *Born to pay*). Durante la crisis del mercado de trabajo de las últimas décadas se ha planteado la conveniencia de sustituir mano de obra de edad madura por trabajadores jóvenes: las cohortes laborales más maduras deben prejubilarse para dar paso y oportunidades laborales a los jóvenes.

El tema ha estado presente también en la literatura. Alfredo Bioy Casares publicó en 1963 una novela tan corta como perturbadora. La obra es poco conocida, pese a que en ella el autor destila ese olfato profético tan propio de los grandes novelistas que les permite hablar de lo que aún no ha ocurrido, pero de lo que sin embargo ya está preñado el presente. Se titula *Diario de la guerra del cerdo* y en ella Bioy Casares imagina una explosión popular en un centro urbano de una nación que ha estimulado el crecimiento demográfico para poblar un territorio extenso y los hijos de las tasas altas de fecundidad deciden emprenderla contra los ancianos. Los viejos son los “cerdos” a los que jóvenes airados acorralan, pisotean o sacan de sus casas para arrastrarlos al paseo de la muerte.

Con ocasión de las hogueras que se encienden en vísperas de la fiesta de san Pedro y san Pablo, cuadrillas de mozalbetes, organizados en el movimiento de Los Jóvenes Turcos, lanzan un *progrom* contra los viejos. La historia sirve al autor para reflexionar sobre los estereotipos y problemas de identidad de la vejez y sobre el conflicto intergeneracional. Más allá de la evidente exageración novelística, hay en el texto una poderosa metáfora central -la guerra del cerdo- que alude a las diferencias intergeneracionales, a la fractura y la lucha de edades.

Ciertamente, en la sociedad actual esta diferencia intergeneracional existe, y puede sostenerse que es tan profunda que puede identificarse como una fractura; pero, no es menos cierto, que las condiciones en que se da amortiguan las tensiones hasta tal punto que resulta un disparate hablar de guerra

intergeneracional. Lo que existe es más bien una segmentación por edades, cuyas tensiones están amortiguadas por las ambigüedades y ambivalencias de un familismo dulce y una juventud liberta.

2. La segmentación por edades.

La sociedad moderna es, ciertamente, una sociedad de clases, pero no es menos una sociedad de edades en la que operan definiciones precisas de las etapas del ciclo vital y que difunde una cultura de pares (Chudacof). La edad es un atributo ineludible y fácilmente mensurable. A diferencia de otros criterios (la clase o la etnia, los ingresos o los títulos escolares), es más neutro y menos manipulable para clasificar a los sujetos y organizar las experiencias sociales. Pero al mismo tiempo es más eficaz. El proceso que generó el cambio social de la modernidad ha creado diferencias entre las categorías de edad que pueden ser más significativas que las diferencias que se dan en el interior de las mismas. A este fenómeno es al que se denomina aquí sociedad de edades.

En la casa rural "tradicional", diferentes generaciones trabajaban juntas y dependían unas de otras. Los roles estaban más diferenciados por el sexo que por la edad; la socialización era oral e intergeneracional; la educación se producía en el contexto de la vida cotidiana, no en aulas que agrupaban juntos a niños y niñas sin parentesco, atendidos por instructores profesionales. Hasta en los asilos o centros de Beneficencia se mezclaban indigentes y enfermos de todas las edades. Pero, durante el siglo XX, la familia moderna ha quedado reducida a su núcleo central de dos generaciones y sólo parece que le quedan de forma significativa dos funciones: la afectiva y la reproductiva. Esas dos generaciones pasan más tiempo por separado (conviviendo con sus pares en la guardería, escuela, universidad o en el trabajo) que juntas. Por otra parte, la mayoría de los hogares encabezados por una persona mayor son hogares homoetarios, es decir, compuestos por personas de la misma generación.

Según la *Encuesta Sociodemográfica*, en 1991, el 34,1 % de todos los hogares españoles tenía entre sus miembros a un anciano, el 16 % estaba integrado exclusivamente por mayores de 65 años y el 2,8 % exclusivamente por mayores de 80 años. Es decir, que casi la mitad de los hogares en los que viven ancianos estaba formada exclusivamente por miembros de esas edades. Esta tendencia, como luego veremos en el capítulo II ha seguido profundizándose.

En las sociedades agrarias, la edad biológica o funcional podía desempeñar un cierto papel, pero en las sociedades modernas las instituciones sociales se estructuran de acuerdo con el criterio de edad formal, que adquiere el carácter de principio de organización social: el año del nacimiento determina la edad de ingreso en el sistema escolar, de acceso al mercado de trabajo y de salida del mismo, determina la adquisición de ciertas responsabilidades y derechos políticos como el voto, y de forma menos rígida la edad probable a la que uno contraerá matrimonio o pasará por determinadas experiencias (por ello hablamos de quinceañeros, de la crisis de los cuarenta, o de los cincuentones). En resumen, la edad define posiciones sociales en las esferas del mercado, de la política, del sistema educativo o de la familia.

En todas las sociedades, las personas y los roles están estratificados por la edad. Pero, con el advenimiento de la modernidad, se produce un reforzamiento legal y burocrático de estas fronteras de edad. La universalización de procesos institucionales en torno a la educación (escuelas graduadas) y a la salud (aguda conciencia de la relación de la edad con la enfermedad, en 1880 se crea la Sociedad Americana de Pediatría) instauró una nueva forma de poner orden en la diversidad social. La escuela y los hospitales se convirtieron en marcos institucionales de socialización que, al mismo tiempo, producían aislamiento o separación social.

A finales del siglo XIX, la tendencia a la categorización, ordenación y atención de los individuos de acuerdo con su edad cronológica o formal, que se desarrolló primero en la educación y en el tratamiento médico de los niños, impregnaba distintos ámbitos de la vida social. Y se iría plasmando

durante el siglo XX en las formas de vestir, en los hábitos y estilos de vida y especialmente en la canción. Este proceso tendría un momento álgido de esplendor cuando los jóvenes del *baby boom* ocuparon el proscenio del teatro social en los años sesenta y ser joven, sentir joven o actuar como joven eran valores dominantes. Pero no llegó a explayarse plenamente hasta que la democratización de la vida (incremento de la esperanza de vida) creó una nueva categoría social claramente diferenciada de la edad adulta como es la de las personas de edad avanzada. La ordenación de las categorías -infancia, adolescencia, adultez, madurez, edad avanzada y vejez- parecía haber logrado la plenitud de su posible desarrollo.

En ese momento, y en paralelo con el aislamiento de la infancia y juventud en la escuela, surgiría un nuevo marco institucional, menos formalizado, pero igualmente aislacionista y expresivo de la segmentación de una categoría de edad: el club u hogar de los mayores y el asilo. Si el acceso a la escuela se pautaba de acuerdo con la edad cronológica, así sucedía también con la entrada en la vejez: pasaba a fundarse ahora en un criterio rígido cual es la edad de jubilación. En paralelo con la pediatría, nacía la geriatría; y así como existía la puericultura, también se inventó la gerocultura.

Curiosamente, si nos atenemos al léxico social, los adultos no se cultivarían, no necesitan pasar por procesos de adquisición cultural. Estos dos marcos institucionales, implantados universalmente, pues se hallan en todos los pueblos y barrios, son lugares modernos de socialización entre pares. Si efectuáramos una etnografía de la escuela, pronto llegaríamos a la conclusión de que pese a ser un marco de relaciones asimétricas (maestro-alumnos), la moderna pedagogía (no necesariamente de forma consciente) da más importancia a la relación entre los propios alumnos que a la relación maestro-alumno y la mayor parte del tiempo las relaciones de interacción se dan entre pares. Estaríamos, de forma imprevista, en lo que Riesmann llamó sagazmente "dirección por los otros". Por otra parte, como es sabido, la moderna pedagogía se basa también en una meticulosa y sofisticada teoría científica del desarrollo que tiene como piedra de toque, para establecer pautas de normalidad, la edad. Finalmente, si todavía hasta el umbral de la adolescencia los padres y madres pueden ejercer alguna influencia sobre los hijos (y no acaba de estar muy claro cuál sería la efectividad y alcance de esa influencia¹), ésta se desvanece radicalmente al llegar a la adolescencia, imponiéndose rotundamente el grupo de pares.

Pero, además del papel del grupo de pares en el proceso de socialización, interesa subrayar también (aunque sea tangencialmente) que las instituciones que se han universalizado cumplen su papel al servicio de una sociedad de edades operando igualmente como espacios del encierro o la reclusión blanda. Es obvio que escuelas y clubes de jubilados no son cárceles ni psiquiátricos ni asilos, no son espacios de la exclusión en este sentido fuerte. Por ello mismo, puede que "encierro" o "reclusión" parezcan palabras gruesas en exceso, pero tienen la ventaja de indicar la segregación institucional de determinadas categorías de edad consideradas "dependientes". Y, por otra parte, ayudan a captar lo que está sucediendo en algunas partes dentro del ámbito escolar. El auge de los controles sociales externos y de las distintas formas de vigilancia (cerrar puertas en los institutos para impedir que salgan a la calle los estudiantes en horario escolar, introducir policías para garantizar la seguridad, etc.) hace pensar que pudiera estar fracasando la educación como proceso civilizatorio, pero que persiste la asignación a la escuela de una función segregacionista y que la Universidad puede ser una prolongación interminable de la guardería. Estamos, pues, ante instituciones del aislamiento generacional de los coetáneos. En ellas, la organización de la sociedad como una sociedad de edades podría dar lugar al "edadismo", es decir, a una discriminación y segregación basada en la edad.

¹ Véase al respecto Pinker, 2003.

Una sociedad de edades genera una cultura de pares. Diversos elementos y dimensiones permiten describirla y analizarla: la moda, los deportes, la organización del tiempo y la música proporcionan abundante material. Cristaliza en estilos de vida claramente diferenciados en función de la edad. Pero tal vez quede especialmente ejemplificado recordando con Chudacof la invención del moderno ritual del cumpleaños. La celebración de una fiesta personal centrada en el hecho de conmemorar el día del nacimiento es una invención moderna, muy moderna. En 1893 en un libro de canciones para niños publicado en Chicago aparecía registrada una canción *Good Morning to All* que habían escrito dos hermanas adolescentes de Kentucky. La canción fue difundiéndose progresivamente y en 1924 fue recopilada en una nueva colección, sin citar a sus autoras. Sorprendentemente, en una de sus estrofas aparecía la expresión *Happy Birthday to you*. En 1934 se había convertido en todo un éxito de Broadway y las compositoras ganaron un litigio reclamando el reconocimiento de la autoría. En 1935 se publicó ya con el título de *Happy Birthday to you*.

Esta historia puede parecer anecdótica, pero refleja un cambio estructural: entre el momento de la composición y el momento en que se convierte en un himno de cumpleaños, la sociedad americana cambió de forma significativa: la conciencia de edad había pasado a permeabilizar la cultura general. Y como sabemos, después esa conciencia se difundió en Europa.

Los rituales de cumpleaños se han extendido entre las familias con niños pequeños, entre los grupos de adolescentes y entre determinadas categorías de población de clase media. En ellos, se muestra palmariamente cómo la edad formal opera como un criterio crucial de la definición de uno mismo, con capacidad reflexiva y proyectiva; es una ocasión para reflexionar sobre sí mismo y para proyectarse ante el grupo de pares. Y este ritual adquiere tal importancia que da lugar a una pequeña pero naciente industria dedicada a organizar fiestas de cumpleaños. Sin embargo, no termina ahí su capacidad generativa: en los últimos tiempos hemos visto florecer las fiestas dedicadas a las personas mayores, las celebraciones familiares de los cumpleaños de personas mayores y más específica y significativamente, los agasajos a las personas centenarias o más que centenarias.

Estamos, pues, ante una sociedad de edades, con una socialización por ciclos de edad y cohortes, con una institucionalización en el mercado de trabajo y en la esfera política de la estratificación por edades, y una cultura de pares y de generaciones.

3. Contemporáneos, pero no coetáneos.

Esta diferenciación cultural por edades adquiere una significación especial cuando se la contempla en un horizonte macro-histórico. La estratificación en edades lejos de ser algo estático experimenta un importante proceso de transformación en paralelo con los cambios generales de la sociedad. Las generaciones que viven como contemporáneas en este momento histórico y en esta sociedad tienen historias muy diferentes, no sólo derivadas de las distintas etapas del ciclo vital en que se encuentran (es decir, de que siendo contemporáneas no son coetáneas), sino fundamentalmente de que han vivido su socialización primaria en formaciones sociales diferentes. La aceleración del tiempo histórico que ha tenido lugar durante el siglo XX en España comporta que entre las personas que viven en la actualidad, las cohortes más ancianas se formaron en una sociedad agraria, sólo un número reducido de sus miembros tuvo acceso a la escolarización y sus primeros años estuvieron inmersos en una cultura predominantemente oral; las cohortes intermedias vivieron su infancia en la vorágine del desarrollismo urbano e industrial, accedieron masivamente a la escuela y su cultura es esencialmente letrada; las cohortes más jóvenes se están socializando en una sociedad terciaria y postmoderna, acceden a una escolarización selectiva en función del poder adquisitivo de sus padres, y su cultura es crecientemente cibernética.

El hecho de vivir la socialización primaria en formaciones sociales tan diferentes tiene consecuencias importantísimas en muchos frentes, pero especialmente subrayaremos aquí las implicaciones para el

tipo de valores predominantes en cada cohorte. Como sostienen las ciencias sociales en general y especialmente ha mostrado Inglehardt, existe una relación estrecha entre los tipos de sociedad y los patrones culturales y normativos de una sociedad.

En la sociedad tradicional, con una economía estacionaria, centrada en la tierra como principal fuente de riqueza, se da una situación de escasez y precariedad. Para garantizar la supervivencia del grupo, las normas sociales, que tienen un carácter absoluto, desalientan la movilidad y la acumulación individual. Los valores obtienen su legitimidad de un fundamento religioso externo y se afirman como principios intocables; un poder exterior, infalible y patriarcal, garantiza el orden; los individuos, para hacer frente a la inseguridad, se hallan insertos en redes de obligaciones comunitarias. La autoridad y el sacrificio articulan las relaciones sociales de sus miembros.

En la sociedad moderna, la fuerza motriz es la industrialización. El crecimiento económico se convierte en el principal objetivo societal y la motivación para el logro en la meta individual más importante. Ambas son estrategias eficaces de supervivencia y correlacionan positivamente con el desarrollo económico. Para alcanzarlo, se aplica sistemáticamente el conocimiento científico y la tecnología.

Al pasar de un tipo de sociedad a otra (modernización), se someten a un proceso de racionalización todas las esferas de la vida y se configura una sociedad secular, científica, burocratizada e individualizante, donde se da una transferencia de autoridad desde la familia y la religión al estado y a las instituciones políticas modernas. Por tanto, el tránsito a la modernización puede representarse en un gráfico como un proceso de desplazamiento desde el polo de la escasez al de la seguridad existencial, y de la autoridad externa a la dirección interna.

Una vez alcanzado determinado nivel de bienestar económico, el proceso de modernización experimenta un viraje: las prioridades valorativas de las personas cambian y se colocan en primer plano objetivos como la calidad de vida y la autoexpresión. "La racionalidad instrumental comienza a dejar paso a la racionalidad de los valores" (Inglehardt, 1998: 85). Si el logro económico fue la principal meta de la modernización, que homogeneizaba a todos, en la sociedad posmoderna se enfatiza la diversidad de estilos de vida y la autoexpresión. Si las grandes organizaciones burocráticas (estado, partido, sindicato, empresa) sirvieron para movilizar las energías de las masas en la primera modernidad, en la sociedad posmoderna se produce un declive de las instituciones jerárquicas, de la rigidez de las normas sociales y se expande la participación y la elección individual. Por lo tanto, la posmodernización comporta un alejamiento de la eficiencia económica, de la autoridad burocrática, de la racionalidad científica y una apuesta por la calidad de vida, la autonomía individual, la diversidad cultural, la autoexpresión y la radicalización del proceso de individualización, el auge del consumo, la valoración del cuerpo y de lo lúdico.

Por tanto, las cohortes que actualmente son contemporáneas han recibido una socialización primaria básicamente diferente. Unos, cada vez menos, pertenecen desde el punto de vista de la cohorte de nacimiento a una sociedad agraria; otros, a una sociedad urbana e industrial; los terceros, a una sociedad terciaria y postmoderna.

El tránsito desde la sociedad agraria a la sociedad industrial, que también comportó un importante crecimiento demográfico y "rejuveneció" la estructura social, cristalizó en un agudo conflicto de generaciones que tuvo múltiples manifestaciones, siendo las más visibles las que se plasmaron en los nuevos comportamientos juveniles: vestido y apariencia externa, canciones, liberación sexual, etc. El autoritarismo encarnado en la figura del paterfamilias se enfrentó a la emancipación juvenil. Algunos autores pronosticaron incluso el fin de la familia y pequeños grupos experimentaron formas de relación alternativa en comunas y *kibbutzs*. La relevancia de este conflicto generacional se plasmó en el amplio desarrollo de la psicología evolutiva y de la sociología de la juventud, puesto que los científicos sociales centraron su atención en el análisis de las relaciones conflictivas entre adolescentes y

padres. Pasado el tiempo, podemos constatar que aquellos convulsos años sesenta dejaron tras sí unas formas de vida cotidiana y unas sociedades más libres y tolerantes, unas estructuras familiares más flexibles. Sin duda, es posible que en todas las sociedades haya tensiones en la transición desde la juventud (se defina esta como se defina) y la adultez, pero la novedad histórica de la estructura social contemporánea (demográfica, institucional, científica, legal), hizo que las tensiones intrafamiliares adquirieran el rango de conflicto social generacional. Después, nada ha sido igual.

Los mismos factores que produjeron el crecimiento de la población, el *baby boom* y sus efectos revulsivos, prepararon la etapa posterior de envejecimiento demográfico, pues el tamaño extraordinario de estas cohortes ya estaba inscrito en la dinámica histórica. El dato más significativo del tiempo presente radica, pues, en un crecimiento sin precedentes históricos de las proporciones numéricas de personas de edad avanzada y en una convivencia de forma regular como cohortes contemporáneas de cuatro generaciones.

Por otra parte, este periodo ha coincidido con importantes cambios estructurales, como la implantación relativa del Estado del Bienestar, la revolución de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, la crisis del modelo desarrollista y la crisis fiscal del Estado. En conjunto, un paisaje histórico absolutamente inédito en el que conviven generaciones, como se ha dicho, socializadas en valores y pautas culturales de otras formaciones históricas. ¿Hay en dichas condiciones conflicto o solidaridad intergeneracional?

4. Existe fractura normativa, pero no conflicto de edades.

Cabe pensar que en una sociedad, la del pasado pre-industrial, en la que la reproducción cultural intergeneracional era la norma, las diferencias entre cohortes debían de ser menores que en la sociedad contemporánea. En ellas, los hijos tenían pocas opciones y muchas ataduras (Dahrendorf, 1983). La vida se presentaba como una cadena, las generaciones eran sus eslabones, copias unos de otros.

En la sociedad actual se han quebrado las cadenas intergeneracionales. Los valores de los hijos (o de los nietos) y de los padres (o de los abuelos) son sustantivamente diferentes (hay una fractura generacional normativa). Todas las encuestas que vienen efectuándose sobre los valores muestran este dato: la fractura generacional, que es especialmente visible en las mujeres, para las que algún autor ha llegado a hablar de una doble biografía, porque tanto las formas de inserción educativa, como laboral, familiar y reproductiva son radicalmente diferentes. En las actitudes, valores y comportamientos sexuales; en los valores y comportamientos morales; en las actitudes, valores y comportamientos religiosos, existe una clara fractura intergeneracional.

La existencia de la fractura generacional se capta en numerosas dimensiones. Se percibe en las diferentes formas de socialización. De una socialización anticipatoria o tradicional, basada en la identificación del adolescente con el estatus de los padres (una generación transmite a otra valores, estilos y diseños de vida), se ha pasado a una socialización de experimentación (inédito grado de libertad y autonomía en un contexto plural o de mosaico y fragmentación de universos credenciales).

Existen notorias distancias culturales entre generaciones como consecuencia del diferente grado de acceso a la enseñanza superior. Las generaciones nacidas antes de 1960 no tuvieron las mismas oportunidades formativas, la misma oferta escolar y la misma carrera educativa que las generaciones posteriores. En concreto, en la generación de 1961 a 1975 se multiplicó por tres la tasa de matriculación universitaria.

Pero estas fracturas, estas diferencias en las trayectorias biográficas, no han producido, por ahora, una guerra de edades, como imaginaba Bioy Casares o un conflicto por los recursos públicos como postulaba Philip Longman en su *Born to pay*. Por el contrario, lo que encontramos, a diferencia de los

años sesenta, es una prolongación de la residencia de los hijos en el hogar paterno, una autonomía residencial de los ancianos, un familismo dulce y una juventud liberta. No hay revuelta juvenil, sino en vivero de estilos de vida dentro del marco social que podemos denominar juventud liberta.

1. La juventud liberta.

En un estudio reciente publicado por la Fundación BBV y dirigido por José I. Ruiz de Olabuénaga, se sostiene que el género de vida de la juventud española actual se caracteriza por estar enmarcado dentro de las siguientes coordenadas: 1) pérdida de hegemonía demográfica de los jóvenes; 2) reclusión escolar, 3) una juventud desproporcionadamente alargada (retraso de ingreso al mercado de trabajo, retraso de la edad de matrimonio), 4) ideológicamente fragmentada (ausencia de un consenso normativo); 5) éticamente estilizada (simultaneidad de marcos culturales y pérdida de validez universal, estilos de vida). Este género de vida recibe por parte de Ruiz de Olabuénaga el nombre de vida de liberto.

El liberto es aquel joven que poseyendo un potencial de autonomización y decisión mayor que nunca, derivado de la desaparición de los modelos tradicionales de comportamiento, homogéneos y universales, encuentra, sin embargo, limitado el desarrollo de ese potencial por ciertas condiciones económicas, sociales y culturales que lo atan y sujetan, entre otras, a la institución familiar.

¿Cuáles son dichas condiciones económicas? Entre otras, las dificultades para encontrar empleo y la carestía de la vivienda. ¿Y las condiciones sociales? La hegemonía de una pauta de autonomía que implica que el joven se emancipa cuando se casa y adquiere una vivienda independiente. ¿Y las condiciones culturales? El familismo típico de las sociedades católicas mediterráneas combinado con la tolerancia postmoderna.

De esta manera, allí donde en los sesenta del pasado siglo imperó un modelo de emancipación juvenil, entendida en términos económicos y sociales, se ha implantado ahora un género de vida distinto, que se caracteriza por un desarrollo personal de los jóvenes y una estilización de su vida, en paralelo y compatible con la convivencia familiar.

Cuatro dimensiones fundamentales guían el comportamiento cotidiano del liberto:

- 1) Aceptación y respeto del hogar familiar como centro de protección económica, de promoción personal y de convivencia afectiva.
- 2) Autonomía individual: la aceptación del hogar como ancla de enraizamiento social no significa que el joven liberto acepte el código ético, cultural o social de los progenitores. Cada individuo se considera en el derecho y con la legitimación práctica de pensar y comportarse como estime más oportuno.
- 3) Principio de no injerencia y de tolerancia, como contrapartida de la autonomía individual: Vive como quieras, pero deja vivir igualmente a los demás.
- 4) Apoteosis de lo corporal y lo lúdico. El cuerpo físico es como un capital que hay que saber cuidar, explotar y enriquecer. De ahí, la importancia del deporte (ejercicio y placer).

Como veremos, estas pautas son reflejadas por toda clase de estudios y de encuestas que se han efectuado en los últimos años.

2. El familismo dulce.

Se llama familismo, a secas, a la preponderancia de los lazos de parentesco y de familia por encima de otros tipos de vínculos u obligaciones sociales. El concepto fue acuñado para unas condiciones de vida radicalmente distintas a las de la sociedad postmoderna donde pensamos utilizarlo ahora. Por ello es preciso subrayar que la fuerza de las obligaciones de parentesco en una familia patriarcal y en una familia democrática son radicalmente distintas y de signo muy diferente. Esta es la razón por

la que hablamos de familismo dulce. El familismo de la familia troncal, por ejemplo, exige a los segundones mantenerse solteros y trabajar al servicio de la casa; en el familismo dulce sencillamente no hay segundones, sino proyectos personales de vida, construcción de biografías específicas.

La familia es una institución que se encuentra actualmente sometida a un proceso intenso de cambio, que afecta no sólo a su tamaño, funciones y estructura sino sobre todo al carácter de sus relaciones. Como consecuencia de la movilidad social, de las pautas de vivienda y de ciertos estilos culturales que priman la autonomía, la familia de residencia (la red horizontal) ha reducido notablemente su tamaño. Pero, por el contrario, como consecuencia del alargamiento de la esperanza de vida, ha crecido el tamaño de las redes verticales de interacción. Es frecuente encontrar conviviendo como contemporáneas hasta cuatro generaciones de un mismo tronco familiar. Así, pues, se han reducido las redes horizontales, pero han crecido las verticales.

Por otra parte, se ha producido un crecimiento de los hogares unipersonales. Y estos hogares son predominantemente de personas mayores. De entre los jóvenes de 15 a 24 años que han abandonado el hogar paterno (7,5 %), únicamente viven solos el 1,4 %, según la encuesta de Fundación Santamaría, 1999.

La familia es una institución muy valorada en la sociedad española. Y lo es especialmente por y entre los jóvenes. La tendencia más relevante de la juventud actual es el familismo flexible en que están instalados. Frente al conflicto generacional de hace unas décadas, que suponía un desafío a la familia patriarcal y espoleaba a los hijos a la emancipación plena, a abandonar el hogar paterno, en la actualidad se combina una larga convivencia de los jóvenes en el seno de la familia de origen con una elevada armonía intergeneracional.

La armonía intergeneracional se da pese a la existencia de una significativa fractura generacional en los sistemas de creencias, valores y estilos de vida; y tiene que ver sustancialmente con una modificación del carácter de las relaciones familiares (que se vuelven democráticas y expresivas) y con la adaptación o amoldamiento de las generaciones mayores (sin que necesariamente medie la aceptación y menos aún la incorporación) a las pautas, valores y estilos de vida de los jóvenes. La tolerancia normativa (que no consenso) amortigua la confrontación. Las discrepancias ideológicas, políticas o religiosas quedan aparcadas o neutralizadas (mejor no hablar de ello si suscita controversia). De esta forma, se produce un clima armonioso y distendido en el que prevalece el diálogo, la comunicación y la recompensa. Más de la mitad de los jóvenes reconocen que se llevan estupendamente con sus padres (53 %). La familia de origen aparece como un espacio de intensa gratificación convivencial.

¿Significa esto que los jóvenes son, al menos potencialmente, una importante fuente de apoyo hacia las personas mayores o hacia aquellos miembros de la familia que se encuentran en una situación de debilidad? Es cierto que la imagen o representación social que los adolescentes y jóvenes tienen de las personas mayores suele ser positiva, muy alejada de lo que dan a entender ciertos estereotipos estigmatizadores. La inmensa mayoría (93,4 %), cuando se les pregunta, contestan que se llevan bien con sus abuelos y que la relación con ellos es satisfactoria; aún cuando a medida que se avanza en edad aumenta el porcentaje de los que dicen que no les entienden.

Pero, aún cuando las encuestas no han indagado en estas cuestiones, puede afirmarse sin titubeos que la permanencia en la familia de las cohortes jóvenes no guarda relación con las necesidades de apoyo familiar ni expresa un sentido vocacional de servicio. El principio central que articula las pautas de las cohortes jóvenes, en todos los planos de su vida, es la construcción de su individualidad, una individualidad que se forja con el ancla instalada en la seguridad del hogar familiar, pero con las velas desplegadas a los vientos de las oportunidades educativas, de ocio y autorrealización que ofrecen la sociedad del consumo y la sociedad de las nuevas tecnologías, y, por tanto, navegando fuera del hogar.

De acuerdo con las opiniones vertidas en encuestas, la principal fuente de conflicto en el hogar brota cuando se cuestiona el tiempo dedicado a las tareas domésticas. Los jóvenes viven en una situación de emancipación agazapada (juventud liberta) y encuentran en la familia un espacio expresivo confortable. Las discusiones se originan, y sólo en aproximadamente la quinta parte de los jóvenes, por motivos de índole y sabor domésticos y cotidianos: la hora de llegar a casa por la noche, la hora de levantarse o la colaboración en el trabajo doméstico. No hay conflictos ideológicos o políticos. El motivo de mayor peso: la resistencia juvenil a colaborar en el trabajo doméstico, sobre todo, en los jóvenes de clase trabajadora. En segundo lugar, la hora de llegar a casa por la noche. Esta libertad es condición más o menos indispensable para la plena fruición de otras satisfacciones que el joven tiene en alta estima: la música, la amistad, el sexo... Es además un símbolo y un anticipo de la emancipación que como meta codiciada polariza las expectativas.

La familia como institución sigue siendo una especie de caja de compensación o de solidaridad y apoyo en las situaciones de necesidad (niños, enfermos, vejez), pero el principio de autonomía individual o autorrealización y la dedicación al cuidado de los frágiles parecen cada vez más incompatibles. Los valores que se inculcan responden más a la dinámica de autorrealización que a la de sacrificio. En cierto sentido, podría decirse que se están secando las fuentes del apoyo informal.

En todo caso, funciona con eficacia la solidaridad intergeneracional descendente, que se hace especialmente visible en la inversión en educación para los hijos, una inversión que se alarga o dilata en el tiempo y se incrementa en cantidad de forma creciente. En cambio, la solidaridad intergeneracional ascendente, es decir, la dedicada a las personas de edad avanzada o bien no ha encontrado sus nuevas formas de expresión o bien es claramente declinante.

No existe conflicto generacional entre hijos y progenitores residentes en el hogar nuclear. Los datos de los barómetros que realiza el Injuve entre la población juvenil son reveladores al respecto. A continuación, se presentan algunos resultados de las encuestas más recientes.

Según los datos de la encuesta Relaciones familiares, emancipación, igualdad hombre-mujer, de 2002, el 74% de los jóvenes entrevistados, entre 15 y 29 años, vive con sus padres; un 5% vive en un piso compartido; y un 20% en su propia casa. Un 49% de los que viven en el hogar paterno dicen que no ha pensado en emanciparse.

Al explorar, la satisfacción de los jóvenes con su familia en un sondeo posterior, el Injuve encuentra que destaca sobremanera, la satisfacción con la familia.

Cuadro 1: Satisfacción con diversos aspectos de la vida

	Muy satisfecho	Bastante	Satisfacción (Suma)
La familia	53,5	42,5	96
Los amigos	47,8	47,1	94,9
La salud	47,4	46,7	94,1
Libertad en casa	46,4	43,7	90,1
Tiempo libre	30,4	47,8	78,2
La vivienda	21,5	49,2	70,7
Relaciones afectivas de pareja	33,3	36	69,3
Los estudios	19,5	42,7	62,2
Situación económica	11,3	44,1	55,4
El trabajo	12,4	27,2	39,6

Fuente: injuve, 2003

No sólo se da una alta satisfacción, sino una intensidad en la satisfacción superior a la de los demás aspectos o dimensiones testadas.

Se ha producido un cambio histórico: de la confrontación con la familia (Ha llegado la hora del patriarcido) a la convivencia pacífica. De la ruptura generacional, al familismo dulce. Del patriarcalismo autoritario a la tolerancia.

Esta satisfacción con la familia bien pudiera estar basada en el interés económico, pues el 83% de los jóvenes reconocen que perciben ingresos de sus padres. Pero esta visión meramente instrumental sería claramente insuficiente. Una mayoría afirman que también les va bien en las relaciones con sus progenitores (el 32% dicen que muy bien y el 54% que bastante bien). Para ellos, el hogar, y especialmente ahora con los nuevos equipamientos digitales, es un dulce hogar: viven en una familia dialogante, de la que han desaparecido prácticamente las imposiciones paternas, ya que en la mayoría de los casos, padres e hijos debaten y las decisiones se toman mediante un compromiso.

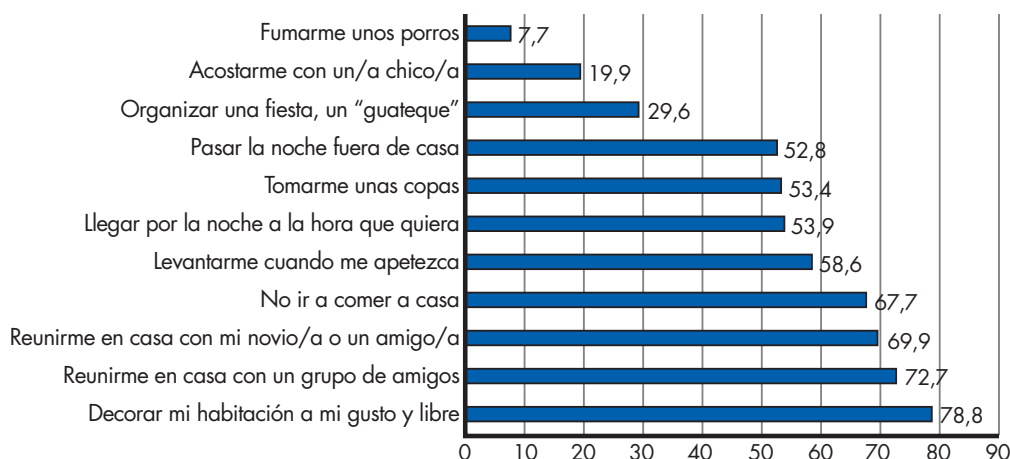
Cuadro 2: Cómo se toman las decisiones en casa (en %)

Deciden los padres e imponen sus criterios	6,7
Padres e hijos debaten, pero deciden padres	25,8
Padres e hijos debaten, y compromiso	55,5
Padres e hijos debaten, deciden hijos	9,2
Deciden hijos e imponen sus criterios	1,7
Ns/Nc	1,1

Fuente: Injuve 2002

Similares resultados se han obtenido en un barómetro reciente del CIS, donde se planteaba a los padres cómo resolvían los problemas con los hijos. La opción que alcanzó un porcentaje mayor fue "los padres discuten con los hijos para llegar a un acuerdo". Así opinaba el 56% (Barómetro 2556, febrero de 2004).

La mayoría de los jóvenes entrevistados consideran que tienen unos padres tolerantes (nada o poco estrictos). Así lo afirma el 59% respecto a su padre y el 68% respecto a la madre. Y gozan de un grado elevado de libertad en el hogar. De hecho, la mayoría sostiene que puede decorar su habitación de manera libre y a su gusto, que puede reunirse en casa con un grupo de amigos, con su novia/o, no ir a comer casa, levantarse cuando le apetezca, llegar por la noche a la hora que quiera, etc.



Cuadro 3: La permisividad en el hogar

Decorar mi habitación a mi gusto y libre	78,8
Reunirme en casa con un grupo de amigos	72,7
Reunirme en casa con mi novio/a o un amigo/a	69,9
Nor ir a comer a casa	67,7
Levantarme cuando me apetezca	58,6
Llegar por la noche a la hora que quiera	53,9
Tomarme unas copas	53,4
Pasar la noche fuera de casa	52,8
Organizar una fiesta, un "guateque"	29,6
Acostarme con un/a chico/a	19,9
Fumarme unos porros	7,7

Fuente: Injuve 2002

Nota: Los datos seleccionados en la tabla corresponden a la primera opción de las cuatro presentadas en la encuesta: 1 Podría hacerlo sin ningún problema, 2. Podría hacerlo sin dificultad, pero se disgustarían, 3 Podría hacerlo si se empeña, pero tendría una bronca familiar, 4. No podría hacerlo, no le dejarían Parece que las dos conductas que suscitan una mayor tensión en el seno del hogar familiar son "fumarme unos porros" (70% podría hacerlo pero con bronca) y "acostarme con un chico/a" (55,3 tendría bronca).

En conjunto, puede sostenerse que el hogar es un espacio con pocas exigencias y muchas gratificaciones. Véase las respuestas referidas al trabajo doméstico. Solamente, un 25% afirma que existe un reparto equitativo de las tareas domésticas entre todos los miembros de la familia. Por el contrario, un 51% dice que mayoritariamente las efectúan las mujeres y un 21% que las efectúan en exclusiva. Estos resultados quedan corroborados por los que aparecen en la reciente Encuesta de Uso del Tiempo, donde los jóvenes menores de 25 años dedican 3 horas diarias al estudio y 45 minutos a aficiones y juegos y son los que menos tiempo dedican al hogar y la familia (Ine, 2004).

Cuadro 4: Participación en el trabajo doméstico

Todos los miembros por igual	25,5
Mayoritariamente las mujeres	51,5
Mayoritariamente los hombres	0,7
Sólo las mujeres	20,8
Sólo los hombres	1,1
NC	0,5

Fuente: injuve 2002

No obstante, confiesan que su hogar ideal es uno en el que ambos progenitores trabajen y compartan tareas (79,4%).

El resultado no debe extrañar en exceso, y no sólo porque sea una expresión de la típica contradicción entre la conducta real y el ideal deseado, sino porque la ambigua condición de liberto, debe ser una fuente inevitable de ambivalencias morales, entendidas como expectativas contradictorias asociadas a un rol o conjunto de roles, tal y como sostenía Merton.

En la encuesta del Injuve se les preguntaba si se sentían más o menos maduros, solidarios, tolerantes... que la generación de sus padres. Según las respuestas obtenidas, se sienten menos maduros e independientes que sus padres, pero más solidarios, tolerantes y contestatarios.

Cuadro 5: Autoimagen de la generación joven

	Sí	No	Ns/Nc
Madura	26	64,4	9,7
Solidaria	57,7	31,7	10,6
Tolerante	59,6	33,2	7,2
Contestataria	50,9	39,8	9,3
Independiente	38	56,1	6,0

Fuente: injuve 2003

5. ¿Se ha desplazado el conflicto generacional?

Según Longman o Wallace, y con ellos muchos otros, el conflicto en una sociedad de envejecimiento demográfico se desplaza de cohortes. La competencia por recursos escasos se plantea entre las cohortes de edad avanzada y las cohortes más jóvenes, entre los jubilados y otras categorías sociales que se disputan los recursos públicos, entre la población dependiente de edad avanzada y la población activa. Economistas, politólogos, demógrafos y sociólogos, han analizado las relaciones intergeneracionales en estos términos.

Esta perspectiva macrosocial es, sin duda, pertinente y necesaria. Pero la categoría analítica "personas mayores", "personas ancianas", no se ha transformado, en ninguna sociedad conocida, en un grupo consciente de sus necesidades colectivas, que haya actuado como tal en el marco político. La prueba más concluyente de la carencia de una identidad política de grupo se encuentra en la falta de viabilidad de las diversas tentativas de crear partidos políticos "grises". Ciertamente, existe un amplio movimiento asociativo de personas mayores, que se plasma en los clubes o centros de sociabilidad, pero tiene un carácter escasamente proactivo.

Por otra parte, si inicialmente las personas mayores tenían una cierta homogeneidad como categoría social, especialmente porque procedían de unas experiencias y condiciones históricas muy específicas, la edad avanzada actual se caracteriza por su creciente heterogeneidad (en la disponibilidad de recursos económicos, culturales, relacionales) y, en consecuencia, se genera también una disparidad de estrategias y estilos de vida. Pero, sobre todo, existe una diferencia fundamental a la que no siempre se presta la atención suficiente: la edad avanzada se está dividiendo en dos categorías radicalmente diferentes, en función de la autonomía o dependencia de las personas mayores. Así, mientras que las personas autónomas adoptan pautas lúdico-recreativas y viven la etapa de la edad avanzada como un proceso de autorrealización personal, rechazando explícitamente cualquier signo de vejez, ancianidad o decrepitud (creando un nuevo tabú), las personas dependientes carecen generalmente de recursos, estatus y dignidad.

En este contexto, no aparece un conflicto generacional (las personas autónomas imitan pautas juveniles e identifican su edad avanzada con una segunda juventud), sino más bien conflictos o tensiones familiares, puesto que es en el seno de la familia donde tiene lugar la mayoría de la atención a la dependencia. De hecho, las ciencias sociales, como vamos a ver, al hablar de solidaridad intergeneracional piensan automáticamente en solidaridad intergeneracional familiar.

Quienes han investigado la solidaridad intergeneracional, suelen distinguir varios marcos analíticos. En primer lugar, en el contexto de la sociedad norteamericana de la primera mitad del siglo XX, algunos teóricos sostuvieron que la economía industrial, con su demanda de movilidad laboral y preparación profesional, con sus requisitos de un nuevo sujeto orientado al logro, comportaba una transformación de la estructura familiar tradicional y supuso un declive de la coresidencia intergeneracional y un aislamiento de la familia nuclear de la parentela más amplia, "separando efectivamente las generaciones" (Popeone, en Silverstein y Bengston, 1997: 430). La distancia geográfica disminuía el sentimiento de obligación y la valoración positiva de las relaciones intergeneracionales. La sociedad moderna comportaba una reducción de la solidaridad intergeneracional.

Posteriormente, estos planteamientos fueron sometidos a evaluación y revisión y la sociología de la familia sugirió que la familia extendida mantenía su cohesión intergeneracional mediante las tecnologías modernas de la comunicación y el transporte, basándose en la activación de una estructura de parentesco latente conformada durante la infancia, es decir, de una especie de red de vínculos continuamente cambiantes, que proporcionarían el potencial para activar e intensificar el parentesco próximo (Riley; Silverstein y Bengston, 1997: 431). La fuerza de los vínculos emocionales tempranos hacia los padres motivaría a los hijos adultos a activar roles de apoyo intergeneracional más tarde en el curso de la vida. Por tanto, existirían formas latentes de cohesión que se activarían cuando lo requiriesen las circunstancias. En este nuevo horizonte, Bengston y otros formularon una teoría de la solidaridad intergeneracional basada en la distinción de 6 dimensiones fundamentales:

Dimensión	contenido
Estructura	distancia geográfica
Asociación	frecuencia de contacto social y actividades compartidas
Afecto	sentimientos de proximidad, intimidad
Consenso	acuerdo en opiniones, valores
Función	intercambio instrumental
Normas	fuerza de obligaciones sentidas hacia otros miembros

De acuerdo con este modelo, Silverstein y Bengston efectúan una investigación para verificar en primer lugar la existencia de esta matriz latente de solidaridad y, en segundo lugar, para analizar la incidencia de las distintas dimensiones en la misma. Para ello, se estudia la incidencia de variables como el género, la estructura familiar, la edad y ciclo vital. La conclusión general a la que llegan dichos autores es que el parentesco latente constituye un aspecto importante de la solidaridad intergeneracional, en tanto que representa una forma duradera de solidaridad y un posible prelude para la acción y el apoyo. Por tanto, no se debe exagerar el declive de la familia. Las interpretaciones que hablan meramente en términos de pérdida de funciones, captan mal la diversidad de formas familiares así como el potencial latente inscrito en las relaciones (Silverstein y Bengston, 554).

Al mismo tiempo, señalan que sobre la base de esta estructura latente, las formas de la solidaridad tienen también una lógica asociada al ciclo vital. Así, son reducidas durante la juventud y la temprana edad media, puesto que los jóvenes adultos han de concentrarse en crear una familia e independizarse laboralmente, roles que les hacen ser autónomos respecto a sus padres. Pero la solidaridad crece después en la medida en que la fragilidad y la dependencia de los padres ancianos les coloca en roles de apoyo.

Existen variaciones de ciclo vital en la solidaridad intergeneracional: los hijos se distancian durante la formación de la familia y la consolidación de su carrera, pero posteriormente recomponen una relación más integrada (1997: 434-435).

Recientemente, algunos autores consideran que este modelo interpretativo está lastrado por una concepción normativa de la solidaridad familiar, que le incapacita para ver las tensiones y los conflictos presentes en el seno de la familia. Aspectos como la soledad, el estrés de los cuidadores, los malos tratos y abusos, la colisión de agendas e intereses individuales, la competencia por recursos escasos, quedan en la sombra. Las relaciones intergeneracionales están lejos de ser armoniosas, entre otras razones, porque son asimétricas y verticales, están estratificadas y no se basan en la equidad de los intercambios (Cockerham, 1993; Clark et al. 1999). En el desempeño de determinados roles se generan tensiones de difícil solución, muy especialmente por ejemplo en la conciliación de los roles de las mujeres como esposas, madres y profesionales, en la división del trabajo doméstico y de cuidado a dependientes. Por otra parte, de forma creciente en la familia se persiguen valores relativamente antinómicos como la libertad y la seguridad, la autorrealización y la confianza, que generan una situación de ambivalencia.

La toma en consideración de estos aspectos ha llevado a Luesher a proponer un modelo alternativo. Distingue dos dimensiones: las contradicciones en el nivel estructural (estatus, roles y normas) y las contradicciones en el nivel psicológico (conocimiento, emociones, motivaciones). Las instituciones familiares pueden ser reproducidas o transformadas; la similitud de los miembros de la familia puede llevar a la convergencia o a la divergencia. La combinación de estas dos dimensiones produce cuatro tipos de vinculación en los que se producen las potenciales situaciones ambivalentes.

		Convergencia			
Reproducción		Solidaridad (Preservación consensual)	Emancipación (Maduración recíproca)	Innovación	
		Cautividad (Conservación resignada)	Atomización (Separación contrapuesta)		
		Divergencia			

Un marco de estas características permite abordar tanto la armonía como el conflicto. Pero, sobre todo, presta atención a los procesos de negociación en situaciones que generan tensiones entre los factores estructurales y los individuales. En la medida en que existen fracturas normativas, sujetos constituidos en formaciones sociales diferentes, se generarán especiales situaciones ambivalentes. Así, como veremos en los grupos de discusión, existe ambivalencia cuando los jóvenes se plantean a la vez que no quieren llevar a sus padres a una residencia, y que no saben cómo atenderles en sus necesidades fisiológicas elementales; existe ambivalencia cuando el grupo de amas de casa de la generación de en medio afirma que ellas se dan a todos y no reciben de nadie, etc.

La principal fuente de ambivalencia radica en el propio proceso de individualización. Este supone fundamentalmente que la sociedad contemporánea está constituida por individuos obligados a construir constantemente su biografía, a autorrealizarse. En sí misma la individualización es ambivalente porque condena a elegir la trayectoria individual; pero sus productos son también ambivalentes, desde el momento que el sujeto individualizado no es necesariamente un individualista compulsivo,

puede adoptar pautas de solidaridad y voluntariado. Estas pautas sólo pueden prosperar realmente en la sociedad individualizada.

En resumen, si bien puede darse una situación estructural de competencia por recursos escasos no hay una conciencia colectiva de tal rivalidad y, por tanto, no puede afirmarse que exista conflicto intergeneracional. Sin embargo, lo que existe es una creciente proporción de personas dependientes que deben ser atendidas en el seno de una estructura familiar radicalmente modificada tanto en sus condiciones, como en sus recursos y capacidades.

Según una encuesta del CIS de 2001 (Estudio 2439), el 28% de los entrevistados afirmaba que en su familia había personas mayores de 65 años que necesitaban cuidados y atenciones especiales, como por ejemplo: no poderse quedar solos por las noches, necesitar ayuda para salir a la calle, para su aseo personal, etc.

La mayoría de los servicios de atención a la salud y a la dependencia se prestan en los hogares, como una parte de su actividad cotidiana, y "sólo ocasionalmente, como afirma M^a Angeles Durán en Los costes invisibles de la enfermedad, se recurre al exterior para obtener servicios del sector sanitario, mediante compra directa o indirecta, o en algunas circunstancias excepcionales o grupos sociales muy específicos, mediante donaciones o prestaciones gratuitas discrecionales" (Durán, 2002: 75). Los hogares prestan tres servicios: infraestructura básica, servicios no remunerados relacionados directamente con la enfermedad y gestión del consumo de servicios sanitarios.

Cuadro 6: Persona principal en el trabajo de cuidado a personas mayores, 1998

Persona principal	%
Cónyuge	21,5
Hija	38,3
Hijo	12,5
Nuera	3,8
Yerno	0,4
Otros familiares	9,0
Vecinos/as, portero/a	1,3
Amigos/as	1,1
Empleado/a de hogar	8,0
Servicios sociales (trabajador/auxiliar)	2,7
Voluntario/a (Parroquia, Cruz Roja)	0,1
Otras personas	1,1
N.C.	0,2
Total (n)	100,0

Fuente: CIS, estudio 2279, 1998.

Este trabajo de cuidado es desempeñado fundamentalmente por mujeres, bien consortes o bien hijas. Sobre ellas recaen, "con más dureza que sobre ningún otro grupo", las exigencias tradicionales de servicio a los demás, con "olvido de las propias necesidades y proyectos personales" (Durán, 2002: 262). Esto significa que el grueso de cuidadores de que se dispone actualmente en España está constituido por amas de casa en régimen de dedicación completa y exclusiva.

Como hemos dicho, la estructura familiar está cambiando tanto en sus condiciones, como en sus recursos y en sus capacidades.

En la familia nuclear actual es usual que trabajen ambos progenitores, tanto por razones de autorrealización, como por necesidades económicas; las viviendas de estos hogares suelen ser reducidas y apenas cuentan con el espacio necesario para los miembros del núcleo familiar.

El número de hogares unipersonales y de hogares monoparentales ha crecido de forma notable. Si bien España tiene una de las proporciones más bajas de Europa en hogares unipersonales y la mayoría de la población anciana sigue residiendo en hogares familiares, los datos indican que en los últimos diez años se asiste a un cambio radical: mientras que en el Censo de 1991 sólo aparecían 1,6 millones de personas viviendo solas, en el del año 2001 son prácticamente tres millones (2.951.442). Del total de hogares unipersonales, 450.000 corresponden a personas que tienen más de 80 años.

El tamaño medio de los hogares, pese a que los jóvenes siguen prolongando su estancia en el hogar de los padres hasta más allá de los 25 años, se está reduciendo como consecuencia de las bajas tasas de natalidad, del incremento de los hogares unipersonales y de los hogares monoparentales. Por tanto, se produce una reducción de la parentela horizontal, mientras crece la vertical o intergeneracional.

Por otra parte, la reserva estructural de mano de obra para el trabajo de cuidado a los dependientes, constituida por las amas de casa, se encuentra en declive, como consecuencia de la incorporación creciente de las mujeres a la población activa y al empleo. Al comparar los datos de inactivos dedicados principalmente a labores del hogar en la última década se observa que entre las mujeres más jóvenes o de edades centrales es muy visible el descenso de las dedicadas a labores del hogar. Sólo ha crecido el número de potenciales cuidadores en las mayores de 65 años como consecuencia del alargamiento de la esperanza de vida. Si en 1988 había 6.462.400 amas de casa, se habían reducido a 5.526.400 en 1998, y en el primer trimestre de 2003 han pasado a ser 5 millones. En la tabla adjunta puede comprobarse el declive por grupos de edad de esta reserva de mano de obra y, sobre todo, que las cifras más elevadas de amas de casa (es decir, de inactivas que se dedican a las labores del hogar en 2003) se dan entre las mujeres mayores de 50 años. El envejecimiento de esta categoría es tan notorio que las únicas cohortes del año 2003 que superan a las de 1988 en inactivas dedicadas a labores del hogar son la de 65 a 69 años y, muy especialmente, la de 70 y más años.

En un contexto, en el que crecerá la dependencia y se incrementarán y diversificarán las aspiraciones y expectativas de las personas dependientes como consecuencia de la elevación del nivel educativo y de estilos de vida diferentes, también se produce el descenso drástico de la reserva estructural de mano de obra para el trabajo de cuidado a los dependientes.

Estos cambios, apenas esbozados en las páginas precedentes, nos hablan más de necesidades de cuidado de personas dependientes que de un conflicto entre dos grupos autónomos que compiten "políticamente" por recursos escasos. No es extraño que, ante esta realidad, como veremos, los grupos de discusión han tendido a derivar la conversación sobre las relaciones intergeneracionales hacia las relaciones familiares y las necesidades de las personas mayores. Y que los conflictos que se han descrito son fundamentalmente muestras de la ambivalencia moral en que se encuentran inmersos miembros de la familia a la hora de desempeñar sus roles.

Tras esta presentación del marco analítico y el contexto macrohistórico en que ubicamos la investigación, nos centraremos, en primer lugar, en presentar los datos sociodemográficos del área CAM (es decir, Comunidad Valenciana y Murcia) para situar la interpretación de los resultados obtenidos en los grupos de discusión; en segundo lugar, se presentará el diagnóstico general que se ha efectuado en los grupos de discusión sobre las relaciones intergeneracionales; finalmente, en tercer lugar, se efectuará una presentación de la actitud adoptada por los grupos ante la figura del mediador intergeneracional.

Cuadro 7: Mujeres inactivas dedicadas a las labores del hogar, por grupos de edad, 1988- 2003

	1988	2003
De 16 a 19	107,2	24,5
De 20 a 24	209,5	76,0
De 25 a 29	427,7	213,0
De 30 a 34	546,5	393,6
De 35 a 39	607,4	476,9
De 40 a 44	689,4	472,5
De 45 a 49	639,8	466,3
De 50 a 54	763,3	562,2
De 55 a 59	796,6	628,4
De 60 a 64	691,9	526,4
De 65 a 69	462,0	475,8
De 70 y más	521,1	685,3
Total	6.462,4	5.001,0

Fuente: Ine, Encuesta de Población Activa, tercer trimestre de 1988 y primer trimestre de 2003. Unidad: miles de personas



II. Transformaciones estructurales en la sociedad contemporánea

Las sociedades contemporáneas tienen unos componentes estructurales que son el resultado de trayectorias históricas que han conformado unas relaciones sociales en forma institucional. Esto significa que, ciertamente, el cambio y las transformaciones son una característica central de las sociedades avanzadas, pero también que los cambios y las transformaciones tienen lugar sobre estructuras relativamente estables.

Así, los diferentes campos sociales de relación disponen de instituciones centrales que regulan los intercambios que se dan entre los diversos agentes que participan. En este sentido, en las relaciones económicas, por ejemplo, la institución central que regula los intercambios es el Mercado, o en las relaciones políticas, estos intercambios son regulados fundamentalmente por el Estado. En el caso que nos ocupa, las relaciones intergeneracionales, así como las relaciones entre géneros, los intercambios son regulados de forma prioritaria por la Familia.

En este capítulo II, aportamos informaciones sobre las características fundamentales de las generaciones que viven en la Comunidad Valenciana y Murcia. Esto significa señalar cuál es la composición por edades de la población, cuáles son las razones que la explican, su organización en hogares y las características más destacadas de éstos.

1. Transición demográfica: “envejecimiento demográfico”.

Las sociedades contemporáneas que nos ocupan, las que residen en los territorios de la Comunidad Valenciana y Murcia, han experimentado en los últimos cuarenta años los cambios sociodemográficos que han venido a denominarse ‘transición demográfica’.

Este proceso de cambio se caracteriza fundamentalmente por la sustitución de una demografía “cara” en el uso de recursos por una demografía más eficiente. Efectivamente, el mantenimiento de una población estable con una elevada mortalidad exige de una elevada natalidad compensatoria. Esto supone un elevado consumo de recursos: se han de producir muchas vidas humanas para que sobrevivan unas pocas. Esta situación propia de sociedades poco desarrolladas ha sido sustituida por una situación en la que el mantenimiento de una población relativamente estable con baja mortalidad exige muchos menos nacimientos. El resultado es un importante “ahorro” de recursos biológicos.

Sin embargo, de este ahorro de recursos, la transición demográfica tiene otros efectos cuyo valor positivo o negativo es relativo a las formas de organización social que adopten estas sociedades. Así, el más destacado de estos efectos es lo que podemos denominar ‘maduración demográfica’, o lo que en términos más populares se llama proceso de envejecimiento de la población.

Este proceso es inherente a la transición demográfica y, por tanto, no tiene otra solución que la que provenga de la revisión de las formas de organización social respecto a las edades, ya que evitarlo implicaría necesariamente una vuelta atrás en un avance demográfico como el descrito. En defi-

nitiva, el proceso de transición demográfica implica una mejora de las condiciones de vida de la población en general, ya que, de una parte, los avances sanitarios y de salubridad alargan la esperanza de vida de las personas y reducen, por tanto, la mortalidad (objetivo a todas luces positivo); pero además, por otra, esta reducción de la mortalidad induce una reducción también de los nacimientos necesarios para mantener los niveles de población, por lo cual se liberan también recursos humanos femeninos que pueden dedicar sus esfuerzos a otros menesteres sociales.

Y uno de los efectos más destacados es que las sociedades de la Comunidad Valenciana y Murcia experimentan un incremento del tamaño de las cohortes de mayor edad y una disminución de las más jóvenes.

Cuadro 8: Índices y porcentajes de población según la edad

		Com. Valenciana		Murcia	
		1991	2001	1991	2001
Cohortes edad	0-19	28,4%	20,7%	31,9%	24,1%
	20-39	30,0%	33,0%	30,3%	35,1%
	40-64	27,9%	29,9%	25,9%	26,6%
	65-84	12,6%	14,9%	10,9%	13,1%
	85 y +	1,0%	1,5%	1,0%	1,2%
Edad media	Hombres	35,4	38,4	33,4	36,0
	Mujeres	37,9	41,0	35,8	38,4
	Ambos sexos	36,6	39,7	34,6	37,2
Índices	Envejecimiento	47,9%	79,2%	37,2%	59,3%
	Estructura	93,0%	90,6%	85,5%	75,7%
	Feminidad	104,3%	103,4%	103,2%	100,5%

Fuente: Elaboración propia con datos de INEbase.

Este es el proceso que se refleja en la tabla, en la que podemos observar el descenso que se produce en la proporción de población joven (de 0 a 19 años)², tanto en la Comunidad Valenciana como en Murcia: pasa del 20,7% al 28,4% y del 31,9% al 24,1%, respectivamente. Un descenso que va acompañado por el incremento de la presencia de población mayor de 65 años, que pasa del 13,6% al 16,4% y del 11,9% al 14,3%, respectivamente. Esta es la razón por la cual el índice de envejecimiento (que mide la proporción de población mayor de 65 años por cada cien personas jóvenes) aumenta de forma tan acelerada entre 1991 y 2001 (del 47,9% al 79,2%, en la Comunidad Valenciana, y del 37,2% al 59,3%, en Murcia). Se trata de un cambio que viven ambas comunidades autónomas, aunque también es cierto que la murciana presenta una población ligeramente más joven que la valenciana, situación que también queda recogida en las edades medias de cada comunidad autónoma. Y, además, el proceso de envejecimiento es más acelerado en la Comunidad Valenciana que en Murcia.

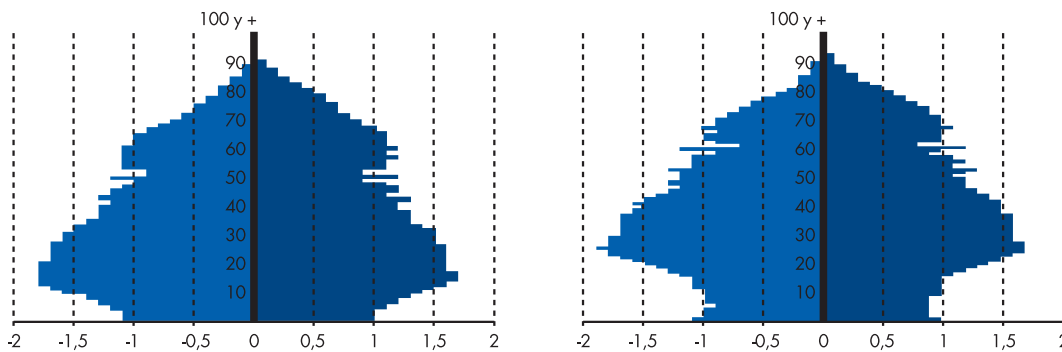
² Optamos por ampliar la cohorte convencional de 0-14 cohortes años en la consideración de población joven, por considerar que a estas alturas del desarrollo social, se trata de un cohorte más infantil que no juvenil.

No obstante, hay que señalar que la población adulta (20-64 años) también experimenta cierto crecimiento, acompañado de un ligero rejuvenecimiento.

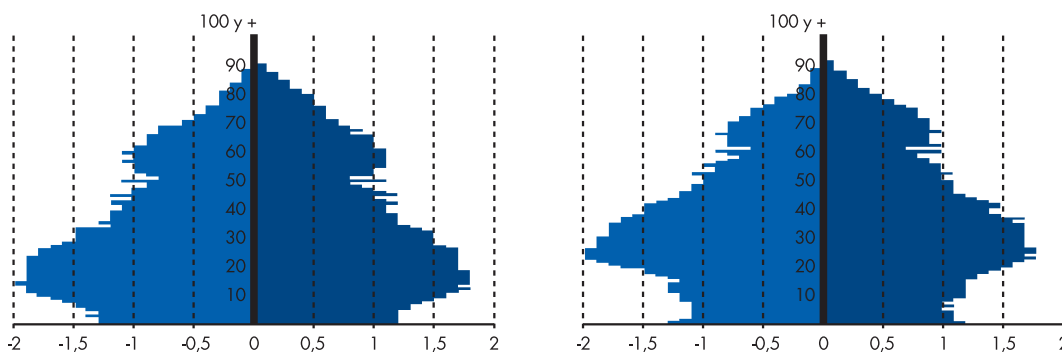
Efectivamente, el índice de estructura, que mide la proporción de población de 40 a 64 años por cada cien personas con una edad comprendida entre 20 y 39 (es decir, el grado de envejecimiento de la población adulta), experimenta un lento retroceso: por tanto, rejuvenece. Esto es debido a la llegada a esta edad de las cohortes más numerosas nacidas en la primera mitad de los años setenta.

En la silueta de las pirámides de población de 1991 y 2001 de las dos comunidades autónomas se perciben los cambios comentados. Entre ambas fechas, las bases de las pirámides se estrechan, mientras que las cúspides se amplían. Igualmente, se observa cómo en el caso de la Comunidad Valenciana este proceso está más avanzado, siendo la base más estrecha y la cúspide más amplia que la de Murcia.

Pirámides de población Comunidad Valenciana (1991 y 2001)



Murcia (1991 y 2001)



Fuente: Elaboración propia con datos de INEbase.

No cabe duda que, como veremos más adelante, estos cambios de la estructura de edades de las poblaciones de ambas comunidades autónomas, tienen sus efectos sobre la estructura de las familias y de los hogares valencianos y murcianos, con las consecuencias para las relaciones intergeneracionales que son objeto de este informe.

1.1. Cambios en la mortalidad y en la natalidad

Como decíamos al principio, este proceso está provocado por los cambios en los flujos demográficos.

cos básicos: la mortalidad y la natalidad. Efectivamente, en los últimos años la esperanza de vida de la población se ha visto incrementada de forma significativa, cómo queda reflejado en la tabla. De hecho durante la década de los años noventa, las mujeres superan una esperanza de vida al nacer de ochenta años, mientras que la de los hombres se acerca a los setenta y cinco años.

Este incremento de la esperanza de vida provoca que las trayectorias vitales de las personas se alarguen, que las oportunidades de tiempo para la realización de objetivos personales se amplíen, así como que las condiciones de vida al final de la trayectoria se vean influidas por experiencias, tanto positivas como negativas, hasta ahora no conocidas: nuevas relaciones de pareja a edades avanzadas, disponibilidad de ocio y tiempo libre, práctica de actividades novedosas, etc. pero también nuevas enfermedades e incapacidades asociadas a la edad. Experiencias que sin duda condicionan la vida familiar y las relaciones entre generaciones, ya que este incremento de la esperanza de vida permite la convivencia en el tiempo de más de tres generaciones de una misma familia.

Por otra parte, el diferencial de esperanza de vida entre hombre y mujeres también tiene sus efectos sobre este tipo de relaciones, ya que provoca una descompensación de género en la composición de la población, de manera que entre la población de 65 años o más la presencia de mujeres es bastante superior a su presencia media entre la población en general.

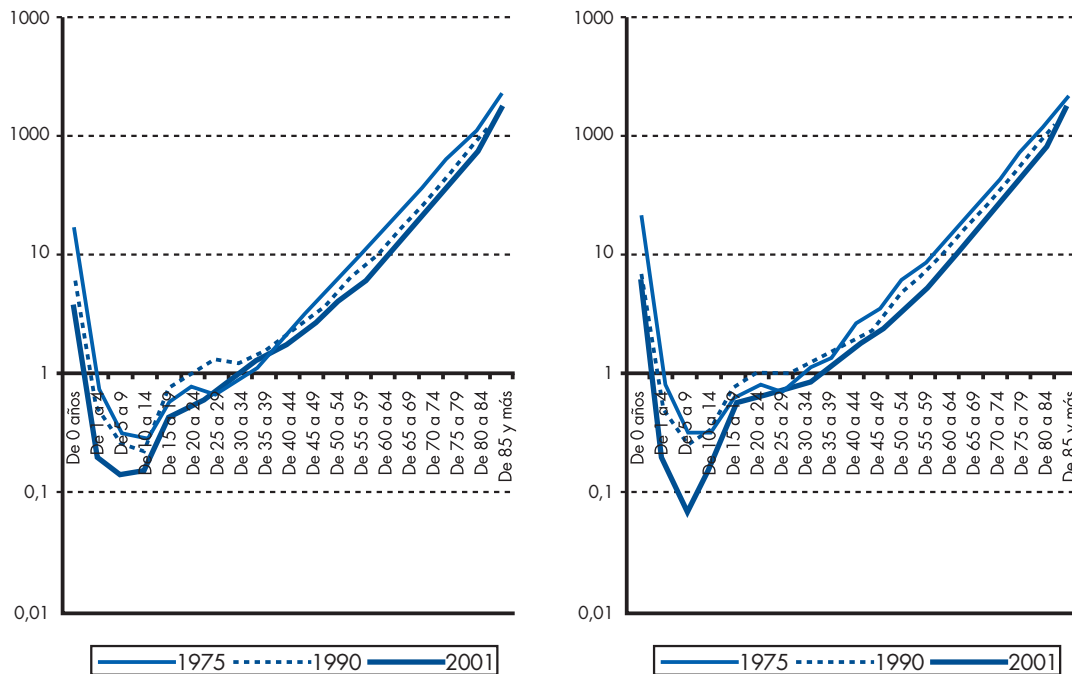
Cuadro 9: Esperanza de vida al nacer

		1975	1980	1985	1990	1995	1998
	Total	73,2	74,9	76,0	76,5	77,5	78,0
Comunidad Valenciana	Varones	70,4	72,0	73,0	73,1	74,1	74,7
	Mujeres	75,9	77,7	79,0	79,9	81,0	81,4
	Total	73,1	74,7	76,0	76,2	77,7	77,7
Región de Murcia	Varones	70,4	71,6	73,0	73,0	74,5	74,5
	Mujeres	75,8	77,8	79,1	79,5	80,9	80,9

Fuente: INEbase.

Estas mejoras en la esperanza de vida se deben a la reducción de la mortalidad muy destacada en las edades tempranas, entre la población menor de 15 años, pero también entre la población mayor de 40 años. Sin embargo, quienes tienen una edad comprendida entre los 15 y los 40 no presentan mejoras en la mortalidad, incluso empeoran inicialmente, entre 1975 y 1990, aunque luego vuelven a la situación de partida.

Evolución de las tasas de mortalidad específicas en la Comunidad Valenciana y Murcia



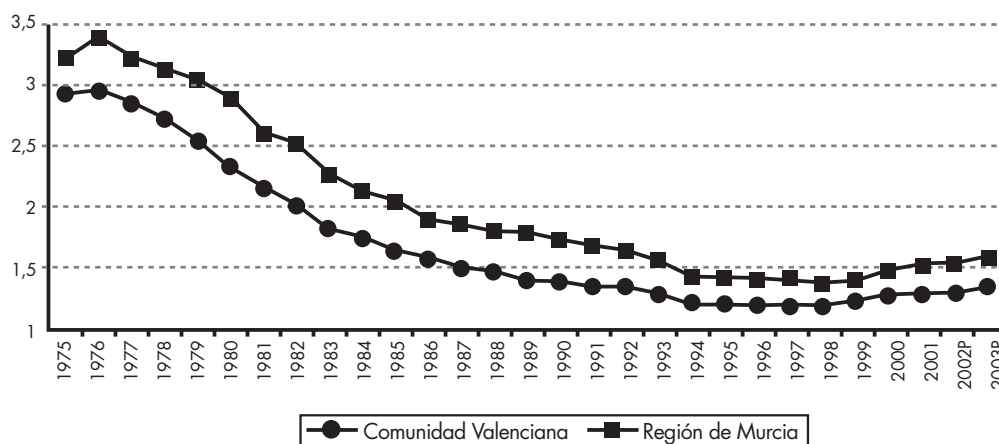
Fuente: Elaboración propia con datos de INEbase.

En los gráficos logarítmicos adjuntos vemos cómo las curvas descienden entre 1975 y 2001 de forma clara en los tramos de 0 a 14 años y de manera más moderada en los tramos de 40 a 85 años. Esto significa que las personas llegan a edades avanzadas cada vez en mayor proporción. Y, además, también se observa que las curvas de la Comunidad Valenciana y de Murcia son prácticamente idénticas. Es decir, no hay un comportamiento diferencial destacado entre ambas respecto a la mortalidad, con dos excepciones, el mayor crecimiento de la mortalidad entre los 15 y los 30 años de 1975 a 1990 en la Comunidad Valenciana y la menor mortalidad de la población murciana entre 5 y 9 años en 2001.

Sin embargo, este descenso general de la mortalidad no es suficiente para explicar que la presencia relativa de personas de mayor edad, y por ende la edad media de la población, aumente. Esta mejora de la mortalidad se ha de ver acompañada de una reducción en la afluencia de población joven; es decir, de una reducción de los nacimientos. En caso contrario, el resultado sería un fuerte incremento de la población total, pero un mantenimiento de las proporciones en la composición por edades.

Y, precisamente, lo que ocurre, acompañando a la mejora en la mortalidad, es un descenso muy significativo de los nacimientos, que sólo se ha visto frenado ligeramente en los últimos años. De hecho, el número medio de hijos por mujer se ha reducido a la mitad, al pasar de un media situada entre el 2,9 y el 3,4, en 1975, a una entre 1,3 y el 1,6, en 2001, en la Comunidad Valenciana y Murcia, respectivamente.

Índice sintético de fecundidad (nº medio de hijos por mujer)



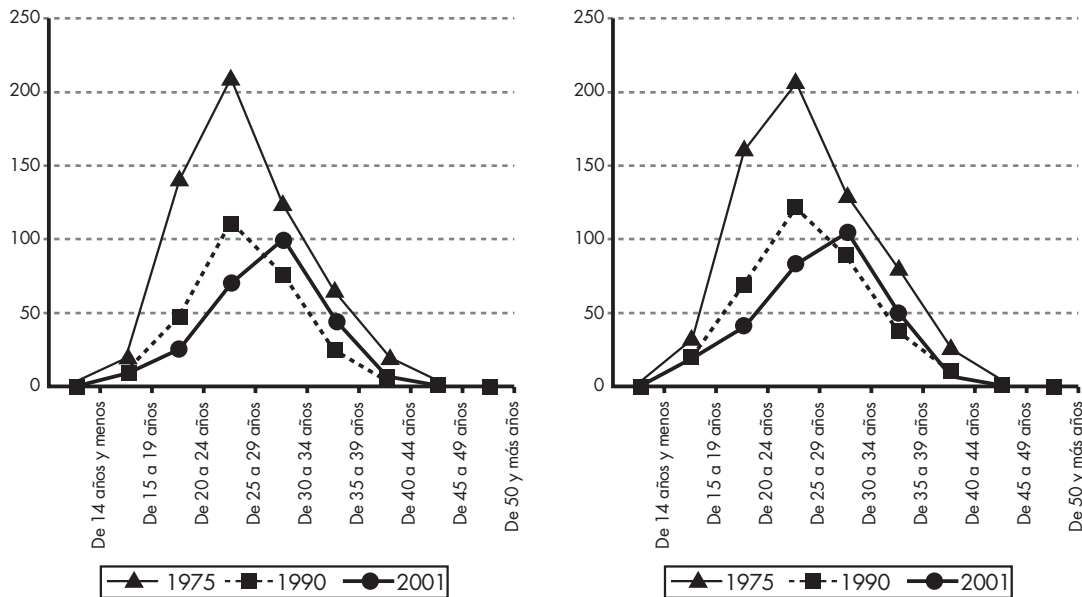
Fuente: INEbase.

En la gráfica, observamos que la fecundidad en Murcia es ligeramente superior a la que se da en la Comunidad Valenciana, y esto es lo que explica que la estructura de la población murciana sea ligeramente más joven que la valenciana. Al mismo tiempo, también se refleja un pequeño cambio de tendencia en la segunda mitad de los años noventa, y a partir de 1998-9 la fecundidad empieza a aumentar poco a poco.

Este descenso de la fecundidad se produce por la combinación de dos fenómenos asociados. Por una parte, una caída del número de nacimientos a cualquier edad de la madre (efecto cantidad), pero, por otra, también se produce un retraso en la edad a la cual se tiene el primer hijo (efecto calendario). Así pues, con la combinación de ambos obtenemos una importante caída de la fecundidad general, aunque cuando el compás del calendario se recupera³, se produce cierto repunte de los índices, como el que se refleja en el gráfico anterior.

³ El efecto calendario ocurre cuando la primera generación de mujeres decide retrasar de forma significativa la edad a la cual tener hijos, y entonces se produce un vacío de nacimientos en términos absolutos. Pero cuando esta primera generación de mujeres llega a la edad a la cual han decidido tener hijos, los nacimientos se recuperan relativamente.

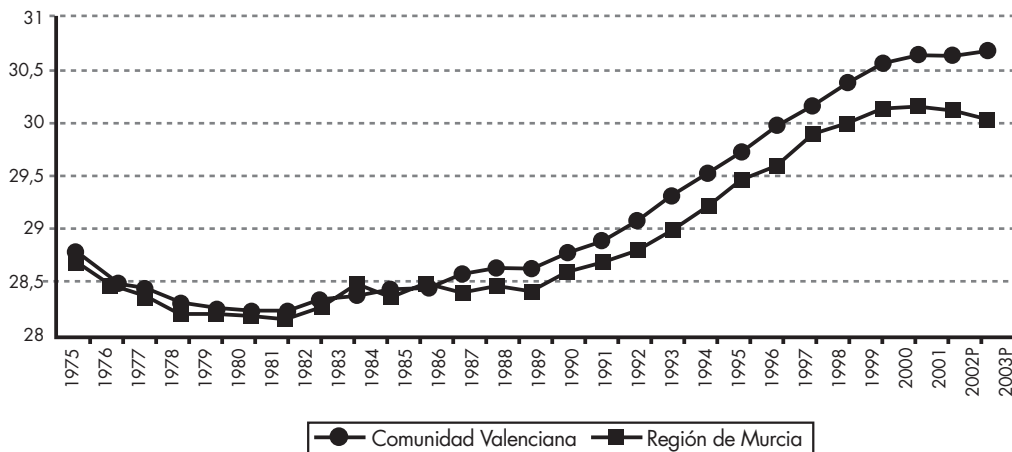
Evolución de las tasas específicas de fecundidad (por mil) en la Comunidad Valenciana y Murcia



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de INEbase.

En la gráfica, podemos comprobar cómo entre 1975 y 1990 se produce un desplazamiento hacia abajo de la curva, señalando la caída de la fecundidad a cualquier edad. Pero también podemos señalar que entre 1990 y 2001, se produce un desplazamiento de la curva hacia la derecha, indicando un retraso en la edad a la cual las mujeres tienen hijos. Finalmente, destacar cómo en las edades centrales (de 20 a 34 años), en las cuales se tienen más hijos, las mujeres murcianas tienen más hijos que las valencianas, dando razón del porqué el índice sintético (nº medio de hijos por mujer) es más elevado en Murcia que en la Comunidad Valenciana.

Edad media de la maternidad



Fuente: INEbase.

En relación con el retraso en la edad a la cual se tienen los hijos, si observamos la curva de la edad media a la maternidad, veremos cómo, desde finales de los setenta y principios de los ochenta, sigue un camino ascendente, de manera que a mediados de los noventa la edad media de la maternidad supera los 30 años. Sin embargo, podemos ver también cómo el comportamiento de la población murciana y de la valenciana divergen en algunos términos. Así, resulta que hasta mediados de los años ochenta, las dos curvas se superponen, indicando que la Comunidad Valenciana y Murcia presentan comportamientos idénticos, sin embargo a partir de estas fechas, las mujeres valencianas aceleran el ritmo del retraso en la maternidad respecto al ritmo de las murcianas, provocando que las curvas diverjan. Hasta el punto que, a finales de los noventa, cuando el retraso en la edad de la maternidad desaparece (se recupera el compás del calendario), en el caso valenciano se estanca, pero en el murciano incluso retrocede, indicando que las mujeres murcianas tienen en 2001 los hijos más pronto que en 1999.

Este descenso en el número de hijos, igual que el incremento de la esperanza de vida, tiene importantes efectos sobre la estructura familiar y la constitución de los hogares valencianos y murcianos.

En definitiva, la estructura de la población de las sociedades de referencia sufre cambios importantes provocados por cambios en el movimiento natural demográfico:

- a) Mejora de la mortalidad a cualquier edad, especialmente entre los más jóvenes (0-14 años) y entre la población madura y vieja (40-80 años).
- b) Reducción de la fecundidad a cualquier edad y retraso en la edad de la maternidad.
- c) Ambas tienen como consecuencia un incremento de la presencia relativa de población mayor de 65 años en el total de la población y un descenso de la proporción de población joven.

Las razones sociales que se encuentran tras estos cambios son complejas. En el caso de la reducción de la mortalidad, es evidente la aportación de los avances tecnológicos aplicados a la mejora de las condiciones de vida y los tratamientos de las enfermedades.

Respecto a la reducción de la fecundidad se combinan aspectos de índole política, cultural y económica. Así, la democratización, liberalización y secularización de las prácticas respecto a las relaciones amorosas y sexuales (sobre todo, respecto al comportamiento de las mujeres) han generado la posibilidad de un mayor control sobre los procesos de reproducción y de esta forma la capacidad de ajustarla a los deseos de las personas. Si a ello añadimos los ajustes sociales requeridos por una economía basada en el consumo y, por tanto, en la disponibilidad de rentas del trabajo, resulta que cada vez más en los proyectos biográficos, de vida, de las personas, sobre todo de las mujeres, tener hijos resulta extremadamente costoso.

De hecho, la incorporación de las mujeres a la vida social, la ruptura de los lazos que las mantenían atadas a la vida familiar y doméstica, que tenemos que valorar positivamente, tiene consecuencias que sólo se pueden corregir, ya que evitarlas implicaría una vuelta atrás en los derechos de la mitad de la población. Sólo se pueden corregir mediante cambios en las formas de organización social de las relaciones intergeneracionales: ¿cómo y quién se ocupa de los más jóvenes y de los más viejos?

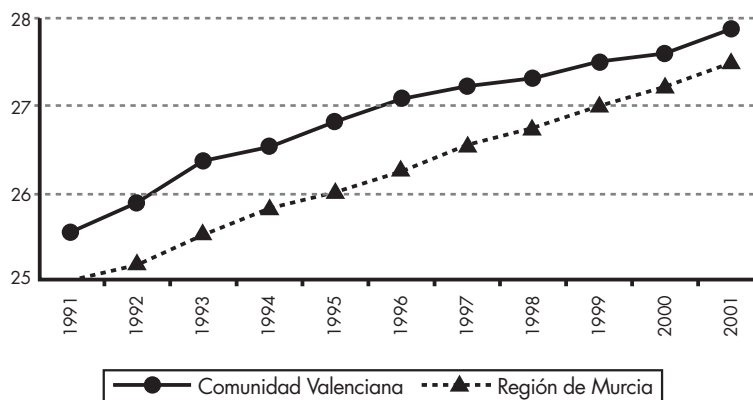
1.2. Constitución y separación de familias: matrimonios y divorcios

Los cambios sociales experimentados en los últimos años también incorporan nuevas formas de constitución de familias: la cohabitación, las familias monoparentales, parejas del mismo sexo, segundas nupcias... Una parte de estas nuevas formas de convivencia las podremos observar en un apartado posterior, ahora nos centraremos en la constitución de familias por matrimonio y en su separación, por medio de la separación o el divorcio de parejas.

Una parte de la caída de la fecundidad la podemos explicar por el retraso en la edad a la cual las mujeres tienen su primer hijo. Un retraso que va precedido por un retraso en la edad media al matri-

monio de las mujeres, tanto de Murcia como de la Comunidad Valenciana. Este retraso en la emancipación de la población joven por medio de la constitución de una familia nueva a través del matrimonio tiene su origen cuando menos en la década de los años setenta, como casi todos los cambios experimentados a partir del cambio político vivido por el conjunto de la población española. Un retraso que, durante la década de los años noventa, se amplía en ambos territorios, como se puede comprobar en la gráfica.

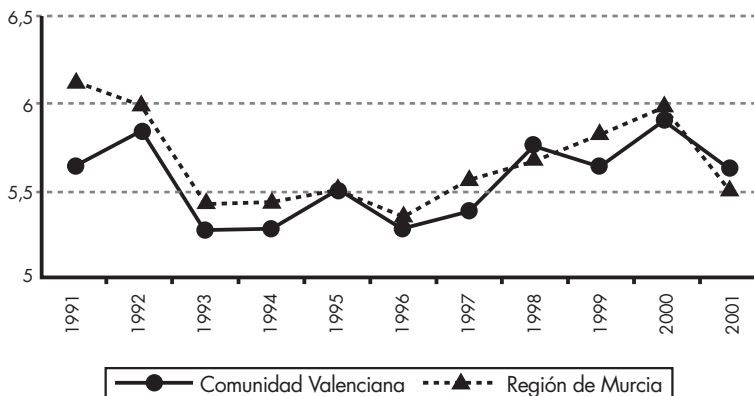
Edad media matrimonio (mujeres)



Fuente: INEbase

A lo largo de la década de los años noventa, la edad del matrimonio se ha retrasado unos dos años y medio en cada comunidad autónoma, y la Comunidad Valenciana y Murcia pasan de los 25 y 25 años y medio a los 27 y medio o los 28 años, respectivamente. En esto volvemos a comprobar que en la Comunidad Valenciana el proceso se encuentra en una fase más avanzada, y como ocurría con la edad a la maternidad, la edad al matrimonio en la Comunidad Valenciana es mayor que en Murcia: es decir, la mujeres valencianas se casan más tarde que las murcianas.

Edad media matrimonio (mujeres)



Fuente: INEbase

Con todo, este retraso en la edad al matrimonio no tiene importantes efectos sobre la tasa de nupcialidad global de ambas sociedades. Así, después de un periodo que va de mediados de los años setenta a finales de los ochenta, en que las tasas brutas de nupcialidad experimentan una importante caída en el conjunto español y cada comunidad autónoma, en la década de los noventa, su curva dibuja una forma de U: desciende al principio y se recupera después. Estos cambios pueden ser explicados por los cambios en la coyuntura económica, con la crisis de principios de los noventa como acicate de la caída. La distribución de la población según su estado civil no ha sufrido importantes cambios entre 1991 y 2001. La población soltera y la población casada mantiene unas proporciones bastante estables entre ambos censos. De manera que no podríamos señalar estos cambios como relevantes a la hora de explicar importantes diferencias en las relaciones intergeneracionales. Sin embargo, sí que es destacable que la población que declara vivir separada o divorciada, aun situada en bajos porcentajes, ha experimentado un crecimiento muy destacable entre ambas fechas, tanto en Murcia como en la Comunidad Valenciana.

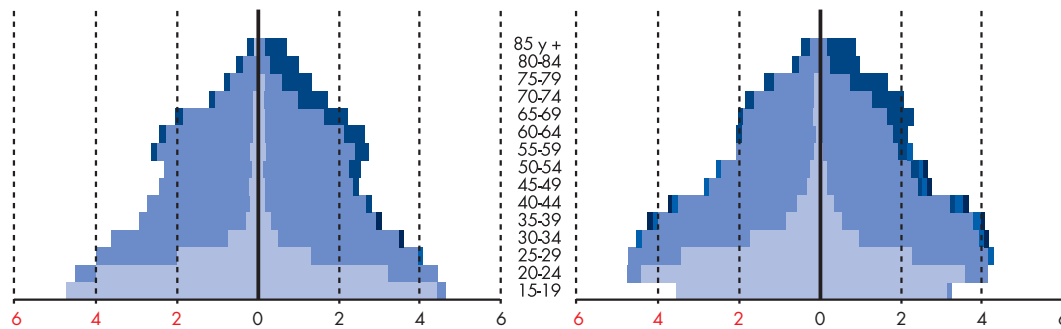
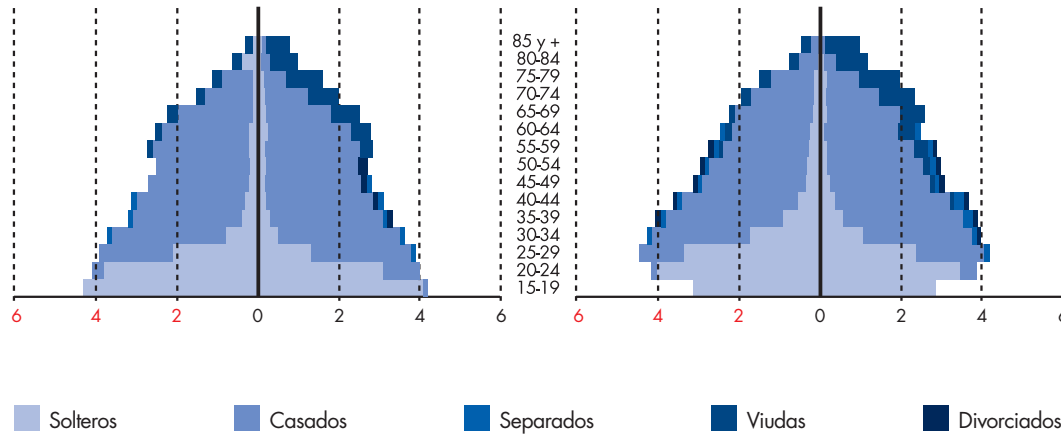
Cuadro 10: Población según estado civil

	Com. Valenciana		Murcia	
	1991	2001	1991	2001
Total	3.857.234	4.145.087	1.045.601	1.192.462
Solteros	1.688.385	1.743.901	487.862	538.143
Casados	1.878.428	1.998.826	493.638	560.888
Viudos	240.858	271.029	56.201	66.653
Separados	32.092	79.627	5.382	17.702
Divorciados	17.471	51.704	2.518	9.076
Solteros	43,8	42,1	46,7	45,1
Casados	48,7	48,2	47,2	47,0
Viudos	6,2	6,5	5,4	5,6
Separados	0,8	1,9	0,5	1,5
Divorciados	0,5	1,2	0,2	0,8

Fuente: INEbase

Efectivamente, la población divorciada casi que se triplica en la Comunidad Valenciana y casi que se cuadruplica en Murcia, mientras que la población separada se triplica en Murcia y casi que también en la Comunidad Valenciana. De alguna manera, se produce cierto proceso de convergencia entre ambas comunidades autónomas, ya que el número relativo de población separada o divorciada es superior entre la población valenciana que entre la población murciana.

Distribución de la población de 15 y más años según estado civil y cohortes de edad Comunidad Valenciana 1991 y 2001



Fuente: Elaboración propia, Censos de población 1991 y 2001. INEbase

De hecho, en las pirámides de población según estado civil, podemos señalar tres aspectos que llaman la atención a simple vista: en primer lugar, la importante presencia de mujeres viudas en comparación a la proporción de hombres viudos; en segundo lugar, la aparición de franjas en los extremos de las cohortes de 30 a 59 años que indican la presencia de población separada o divorciada; y, finalmente, la mayor proporción de población soltera en las cohortes de 20 a 44 años, un efecto del retraso en la edad del matrimonio.

Solteros Casados Viudas Separados Divorciados Por tanto, los crecimientos en la población viuda se producen sobre todo entre la población femenina y entre las cohortes de mayor edad, resultado del incremento de la esperanza de vida y del diferencial entre hombres y mujeres; los crecimientos de población separada o divorciada se concentran especialmente entre la población de 30 a 59 años; mientras que la soltería se mantiene proporcionalmente en el conjunto, a pesar de la disminución de la población joven, debido al incremento de su proporción entre ésta, es decir, debido al retraso en la edad del matrimonio.

Sin duda, estos cambios, junto a otros sobre los cuales no se dispone de información estadística por no estar oficialmente reconocidos (cohabitación sin matrimonio, parejas homosexuales...), producen cambios en la composición de los hogares, que tienen efectos sobre las relaciones intergeneracionales, que analizaremos en un apartado posterior.

2. Niveles de estudio y actividad económica de las generaciones.

No cabe duda que uno de los fenómenos que mayor capacidad explicativa tiene sobre los comportamientos de reproducción demográfica es el cambio producido en los niveles educativos de las poblaciones que estudiamos, así como las transformaciones experimentadas en las actividades productivas y consuntivas desarrolladas. En este apartado, analizamos la distribución de la población según su nivel de estudios así como según actividades productivas.

2.1. Niveles de estudio.

El avance social experimentado en los últimos años tiene como uno de sus polos de atracción el acceso generalizado de la población a mayores niveles de formación, así como a un incremento del valor del capital cultural en un mercado laboral cada vez más fragmentado y especializado. Así, el tiempo necesario para la adquisición de estos capitales se incrementa de forma muy significativa: las personas, hombres y mujeres, dedican cada vez más tiempo de su vida a su formación cultural, intelectual y profesional. Esto provoca que se retrase el momento de acceso al mercado laboral, así como el de constitución de nuevas familias (de hecho, el retraso en la edad media a la maternidad, va precedido de un retraso similar en la edad media al matrimonio, como hemos podido comprobar).

En las últimas décadas, la sociedad española, y en su seno, la valenciana y la murciana, han experimentado un importante incremento de la población con al menos formación de segundo grado. En la tabla 11 se observa cómo la población con estudios de segundo grado o superior incrementa significativamente su presencia relativa, tanto en la Comunidad Valenciana como en Murcia, mientras que la población con estudios de primer grado o inferiores disminuye. Esto significa que ambas poblaciones dedican más tiempo vital que antes a la formación.

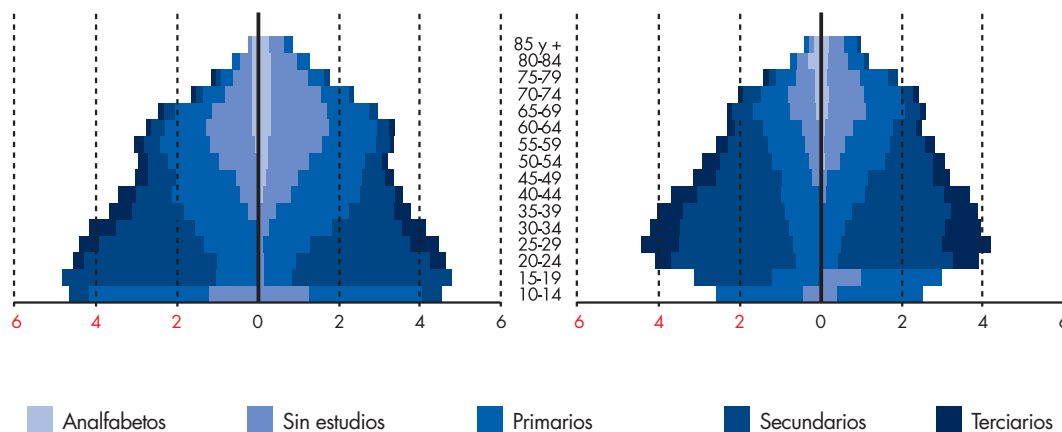
Cuadro 11: Distribución de la población de 10 y más años según el nivel de estudios

	Com. Valenciana		Murcia	
	1991	2001	1991	2001
Analfabetos	2,97	2,28	4,46	3,03
Sin estudios	21,47	12,28	27,36	15,74
Primer grado	36,79	29,17	29,08	26,82
Segundo grado	32,77	45,21	33,32	44,23
Tercer grado	6,00	11,06	5,79	10,18
Total	100,00	100,00	100,00	100,00

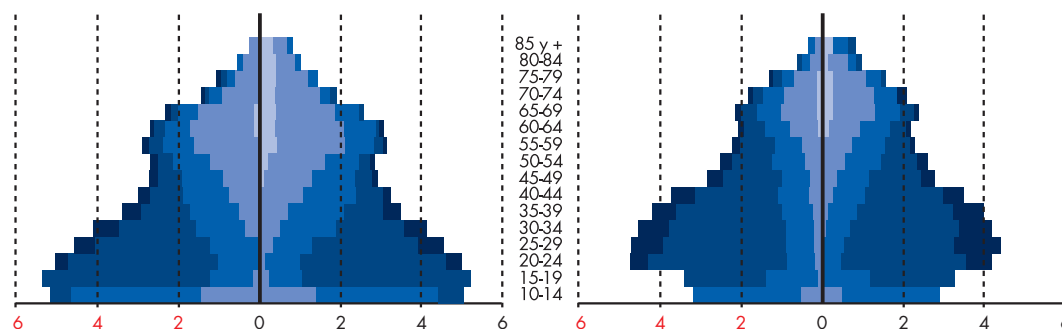
Fuente: Censos de población de 1991 y 2001. INEbase.

Pero no sólo eso. También resulta que esos cambios no se distribuyen de forma igualitaria entre toda la población. Esos avances educativos son experimentados por las generaciones más jóvenes, mientras que las más mayores conservan una distribución según el nivel de estudios con poca presencia de segundo y tercer grado.

Distribución de la población de 10 y más años según estudios y cohortes de edad Comunidad Valenciana 1991 y 2001



Murcia 1991 y 2001



Fuente: Elaboración propia, Censos de población 1991 y 2001. INEbase

En las pirámides grafiadas, se ve cómo entre 1991 y 2001, la parte central, de color más claro, que representa la población analfabeta y sin estudios, se reduce de forma significativa, mientras las externas, más oscuras, que representan la población con estudios secundarios y terciarios, se amplía. Y esto ocurre, sobre todo, a medida que se van incorporando las nuevas generaciones. De manera que las experiencias son muy diversas para las generaciones de más de 64 años, en las que predomina la población sin estudios o analfabeta, y para las de menos de 40 años, con un predominio de la población con estudios de segundo grado. Un proceso que, aunque afecta a ambos sexos, es especialmente relevante en el lado femenino de las pirámides. Esto significa que las diferencias generacionales no son sólo unas diferencias cuantitativas, sino que tienen también consecuencias cualitativas: secularización, individualización,... derivadas de los flujos de información y capacidades obtenidos con la formación.

2.2. Actividad económica.

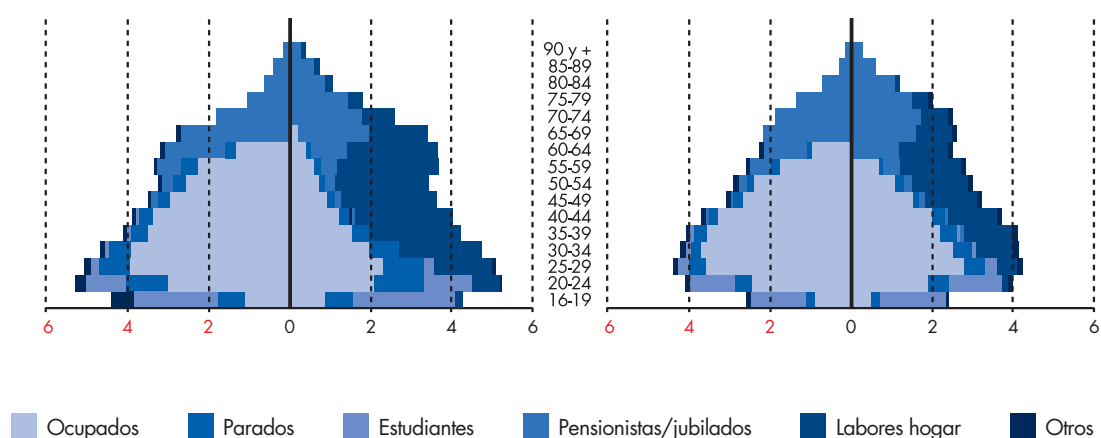
Estos cambios en los niveles de estudio de las diferentes generaciones van acompañados por cambios también relevantes en la distribución de la población según su relación con la actividad y los

sectores de actividad. No obstante, aunque hay diferencias entre generaciones, en este caso, los cambios más relevantes se dan en las proporciones según el género.

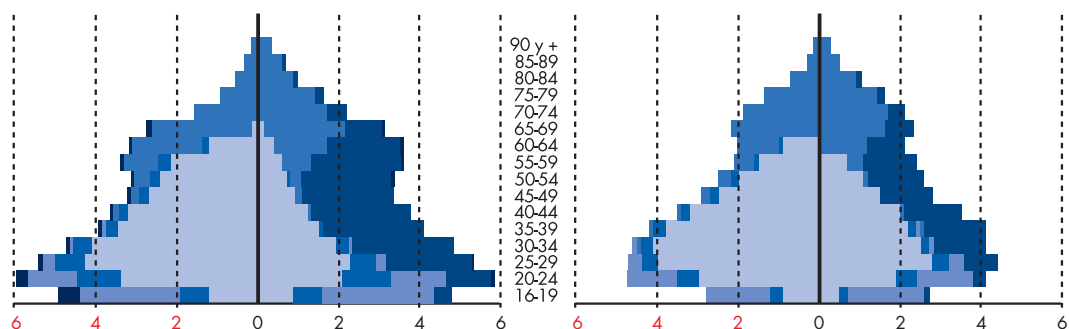
Efectivamente, la proporción de población jubilada o pensionista aumenta su presencia relativa en el conjunto, sin embargo el cambio más destacado es la reducción del número de personas dedicadas a las labores del hogar. Un tarea esta realizada exclusivamente por mujeres a la vista de los gráficos.

Distribución de la población de 16 y más años según relación con actividad y cohortes de edad

Comunidad Valenciana 1991 y 2001



Murcia 1991 y 2001



Fuente: Elaboración propia, Censos de población 1991 y 2001. INEbase

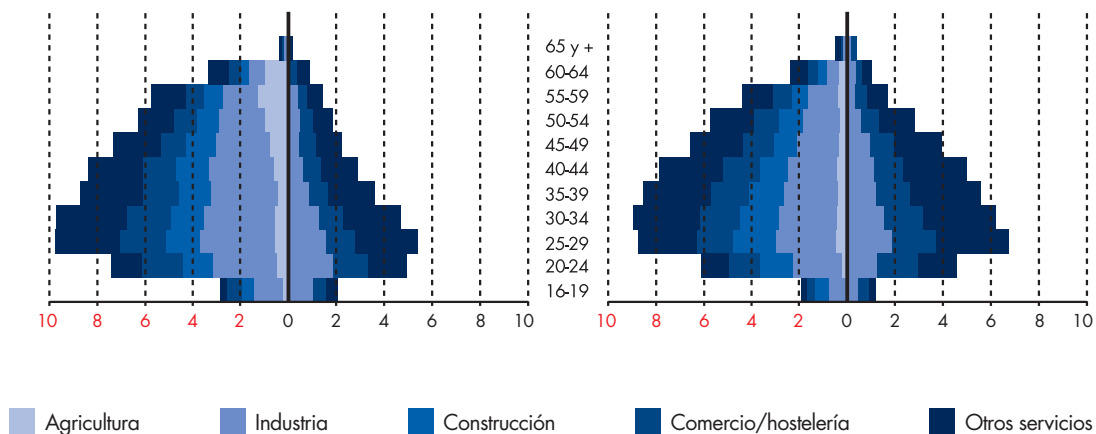
Así, el cambio más destacado es la reducción de la proporción de amas de casa y el incremento de población ocupada. Esto significa que en los hogares de estas dos comunidades, durante la última década, se han reducido significativamente los recursos humanos dedicados a las tareas domésticas y, por tanto: a) o bien, los hogares están más descuidados, b) o bien, ciertas personas del hogar cargan con doble jornada, c) o bien, se produce una redistribución de las tareas del hogar. Sin duda, la situación genera más tensión, sea cual sea la opción, en el hogar. Por tanto, estos cambios tienen efectos sobre las relaciones entre géneros, pero también entre generaciones, al menos en referencia a las responsabilidades respecto a las tareas del hogar, y en las disponibilidades de mano de obra para el cuidado de los dependientes.

Si ampliamos la visión sobre la distribución de la población ocupada por sectores de actividad, también observamos importantes cambios. Así, queda patente la simetría de Ocupados Parados Estudiantes Pensionistas/jubilados Labores hogar Otros género entre la población ocupada: el lado masculino es significativamente más amplio que el femenino. Sin embargo, esta simetría se va reduciendo a la vista de las gráficas y en 2001 es bastante menor a la de 1991.

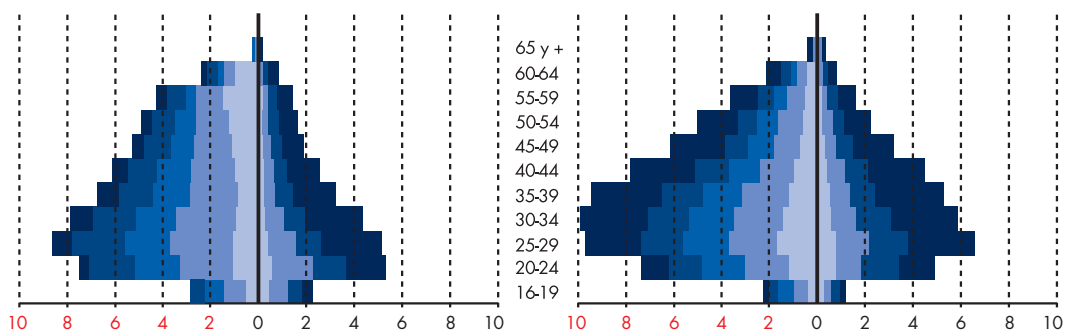
Otros cambios significativos hacen referencia a la presencia de los diferentes sectores económicos. Así podemos observar la progresiva reducción de la población ocupada en la agricultura y el incremento de la población que se dedica a los servicios. No obstante, dos extremos merecen ser comentados.

En primer lugar, destacar que la población murciana ocupada en la agricultura, en lugar de reducirse, aumenta y además lo hace por la base, es decir, por la población más joven. Por tanto, podemos decir, con estos datos a la vista, que en Murcia se ha producido un recambio generacional en el campo, de manera que ahora la población que trabaja en la agricultura es más joven que hace 10 años. En la Comunidad Valenciana no se da este fenómeno.

Distribución de la población ocupada de 16 y más años según rama actividad y cohortes de edad Comunidad Valenciana 1991 y 2001



Murcia 1991 y 2001



Fuente: Elaboración propia, Censos de población 1991 y 2001. INEbase

En segundo lugar, hay que señalar también que el incremento de la población dedicada a los servicios es fundamentalmente debido a la incorporación de las mujeres al mercado laboral. De hecho, en el caso valenciano, el cambio más relevante que se observa en la pirámide de ocupación es el crecimiento del lado femenino, un crecimiento que se produce en los sectores de servicios. En Murcia, aunque también es cierto el incremento de la ocupación de las mujeres en el sector servicios, sin embargo es muy destacado el cambio experimentado por el lado de los hombres, que en 1991 tenían una presencia escasa en los servicios y en 2001 la incrementan muy significativamente.

Así, en el ámbito de la relaciones con la actividad económica, podemos destacar que el cambio más destacado es el que representa la entrada de las mujeres al mercado laboral, escapando a su reclusión doméstica. Una incorporación que se produce fundamentalmente a través de actividades de servicios. De alguna manera, en la actividad femenina, nos encontramos con la sustitución de los servicios domésticos por los servicios de mercado. Con los cambios que esto puede suponer en las formas de organización doméstica.

3. Tamaño y estructura de los hogares.

Efectivamente, los cambios demográficos señalados en los anteriores apartados tienen sus efectos sobre el tamaño y la estructura de los hogares y familias valencianas y murcianas. De hecho, se produce una reducción general del tamaño medio de los hogares que va acompañada de un envejecimiento de los mismos, cualquiera que sea su tamaño.

3.1 Tamaño de los hogares.

Con los datos facilitados por los censos de 1991 y 2001, tenemos que mientras la población crece, el tamaño de los hogares decrece. Esto significa que los hogares crecen a una velocidad mayor que la población.

Cuadro 12: Tamaño de los hogares

Personas en hogares	C. Valenciana		
	1991	2001	Crecimiento
Total	3.841.701	4.145.087	7,9%
1 pers.	173.629	312.566	80,0% 43,5%
2 pers.	596.052	792.270	32,9%
3 pers.	765.954	953.415	24,5% 16,4%
4 pers.	1.151.328	1.278.952	11,1%
5 pers.	673.765	505.330	-25,0%
6 pers.	298.806	180.804	-39,5% -35,3%
7 y más pers.	182.167	60.816	-66,6%
Tamaño medio	3,88	3,37	-13,9%

Personas en hogares	Murcia		
	1991	2001	Crecimiento
Total	1.041.741	1.192.462	14,5%
1 pers.	31.070	62.091	99,8% 42,9%
2 pers.	131.694	170.542	29,5%
3 pers.	177.069	222.543	25,7% 28,3%
4 pers.	281.528	365.892	30,0%
5 pers.	214.190	202.605	-5,4%
6 pers.	117.084	88.206	-24,7% -22,0%
7 y más pers.	89.106	37.128	-58,3%
Tamaño medio	4,26	3,67	-13,0%

Fuente: INEbase.

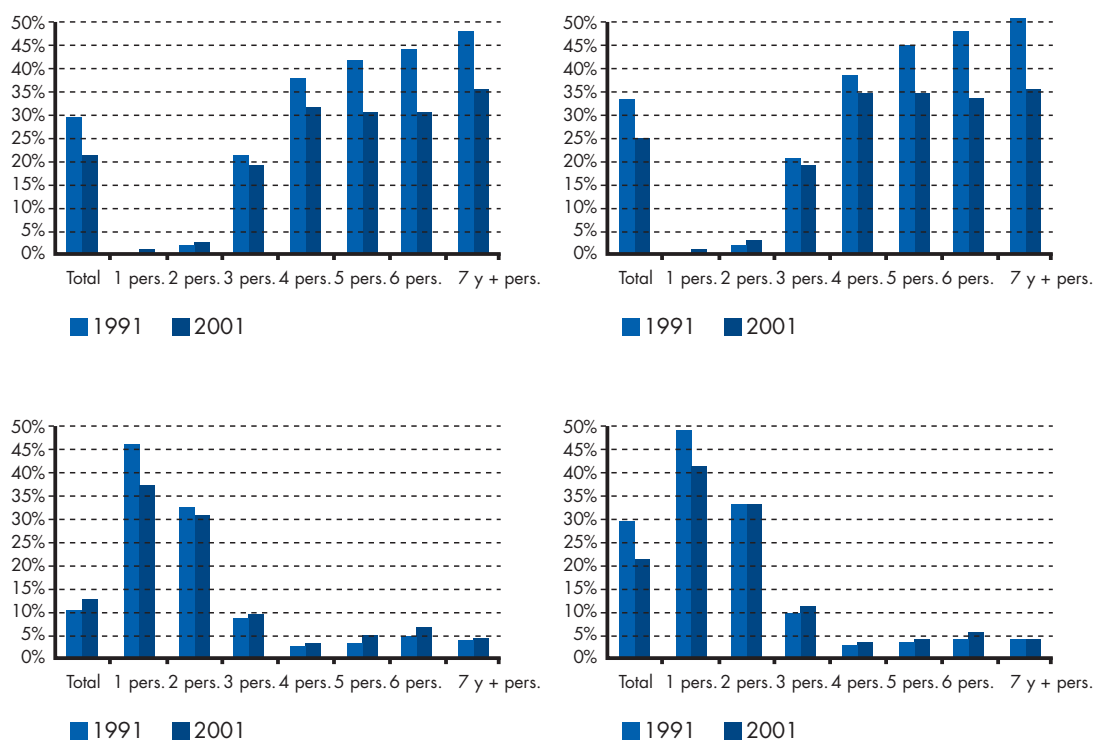
En ese sentido, la población en hogares con cuatro personas o menos crece por encima de la media, mientras que la población en hogares con cinco personas o más decrece. Por tanto, la reducción del tamaño medio de los hogares murcianos y valencianos se produce por la concentración de población en hogares de cuatro o menos personas. Además, resulta que la población que más crece es la que reside en hogares con dos o menos personas, y si afinamos más tenemos que la población en hogares unipersonales prácticamente se duplica en ambos territorios. Así pues, podemos concluir que se produce un sobrecrecimiento de hogares en relación al crecimiento poblacional, lo cual significa que los hogares reducen su tamaño y existe una corriente especial que hace incrementar los hogares unipersonales.

3.2. Envejecimiento de los hogares.

La distribución por edad y sexo de la población según el tamaño del hogar no sigue una pauta de equilibrio, de manera que determinados tamaños de hogar concentran especialmente a la población más joven o a la población de más edad. Esto significa que la convivencia entre diversas generaciones, como veremos más tarde, no se produce de forma generalizada y, además, se reduce con el paso del tiempo.

Si analizamos los índices de envejecimiento y juventud de los diversos tamaños de hogar, comprobamos que los hogares unipersonales, pero también los de dos personas, concentran una población de más 64 años muy por encima de la media, mientras que los hogares con cinco o más miembros presentan una población joven también muy por encima de la media.

Evolución de los índices de juventud y envejecimiento, según tamaño del hogar



Fuente: Elaboración propia. INEbase.

En los gráficos se constata a primera vista que los hogares unipersonales, incluso los hogares con dos personas, se encuentran bastante por encima de la media de envejecimiento de la población. Sin embargo, también podemos decir que el fuerte crecimiento de población, señalado en el apartado anterior, en los hogares unipersonales ha supuesto un rejuvenecimiento relativo de ellos. Es decir, cada vez un número mayor de población más joven opta por vivir sola y esto provoca que el perfil de edad de estos hogares se suavice. Con todo, siguen siendo los hogares más envejecidos.

Por otro lado, aún sin aumentar significativamente sus índices de envejecimiento, los hogares de cuatro o más personas experimentan una reducción significativa de sus índices de juventud, lo cual indica la debilidad de los flujos de entrada de nuevos hogares jóvenes en esta opción más numerosa. Este cambio señala también una modificación en el sentido de que los hogares de cuatro personas mantienen un nivel relativo de juventud en comparación con los hogares más numerosos, es decir, que aunque reducen su índice lo hacen a menor velocidad: esto significa que los hogares de cuatro miembros todavía mantienen ciertas pautas de crecimiento.

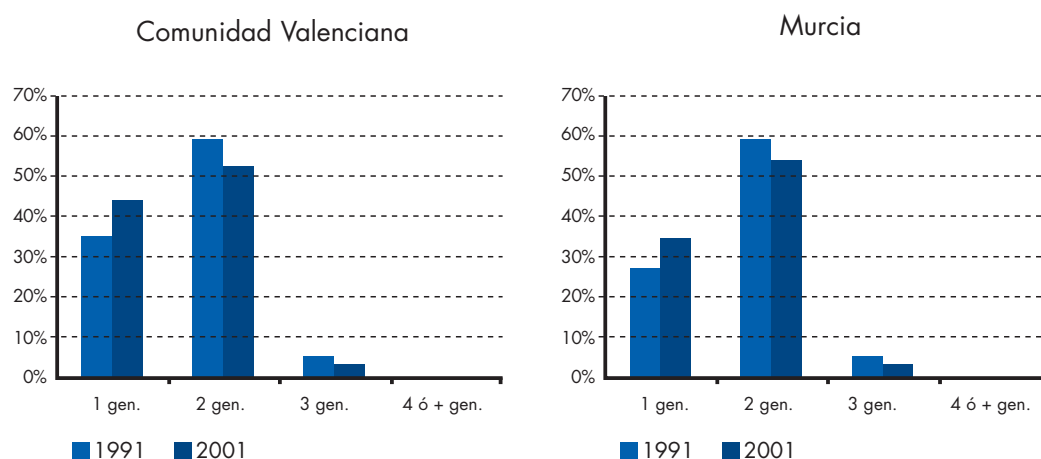
4. Generaciones en hogares.

Esta modificación en la estructura de edades de los hogares murcianos y valencianos, puede estar indicándonos que la convivencia intergeneracional sufre cambios relevantes, ya que puede significar que la composición de los hogares por generaciones no mantenga los patrones que ha venido experimentando hasta ahora.

4.1. Convivencia de generaciones en los hogares.

La reducción de la fecundidad, el incremento de la esperanza de vida, los cambios sociales en la distribución de la población según estudios y profesiones, así como las tendencias en los tamaños de los hogares resultantes, dan razón de cómo evoluciona el número de generaciones que convive en los hogares valencianos y murcianos.

Distribución de los hogares según el número de generaciones conviviendo



Fuente: *Elaboración propia. INEbase.*

En el gráfico, vemos cómo el porcentaje de hogares unigeneracionales aumenta entre 1991 y 2001, tanto en la Comunidad Valenciana como en Murcia; mientras que los hogares multigeneracionales retroceden. De hecho, en cerca del 40% de los hogares valencianos y murcianos solo convive una generación y algo más del 50%, en la Comunidad Valenciana, y del 60%, en Murcia, de los hogares experimentan relaciones intergeneracionales en su seno. Un porcentaje, este último, en descenso.

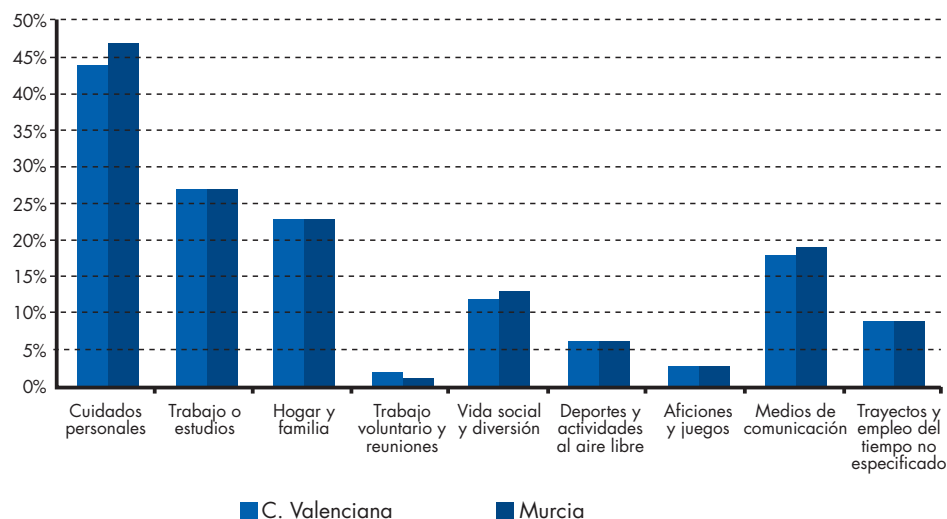
Respecto al tipo de hogar, hay que señalar que el crecimiento de los hogares unipersonales, provoca que el peso de los hogares en los que sólo convive una generación aumente, pero también es destacable en estos hogares unigeneracionales, aunque numéricamente poco relevante, el incremento del peso de los hogares multipersonales que no forman familia y de los formados por una familia junto a personas no emparentadas. Éste último es un fenómeno que también se observa en los hogares en los que convive más de una generación: en ellos la proporción de hogares formados por una familia junto con personas no emparentadas también se incrementa.

En definitiva, el tipo de hogar estándar, formado por una familia sin otras personas, retrocede a favor de los hogares unipersonales, los multipersonales sin relaciones de parentesco y los hogares de una familia junto a personas sin parentesco.

4.2. Distribución de tiempos diarios.

En relación con estas pautas de convivencia generacional en los hogares, la observación de la distribución de tiempos diarios por grandes grupos de edad aporta una información adicional que ayuda a captar las distancias sociales que se establecen entre las generaciones en los hogares valencianos y murcianos de inicios del siglo XX.

Distribución de los usos del tiempo



Fuente: Elaboración propia. INEbase, Encuesta del empleo del tiempo(2002-03).

En el gráfico podemos comprobar cómo de las 24 horas del día, las poblaciones ocupan casi la mitad, alrededor del 45%, en cuidados personales (que incluyen el tiempo dedicado al descanso y sueño). Del tiempo restante, algo más de la cuarta parte se dedica al trabajo o al estudio, y entre la cuarta y la quinta parte al hogar y a la familia.

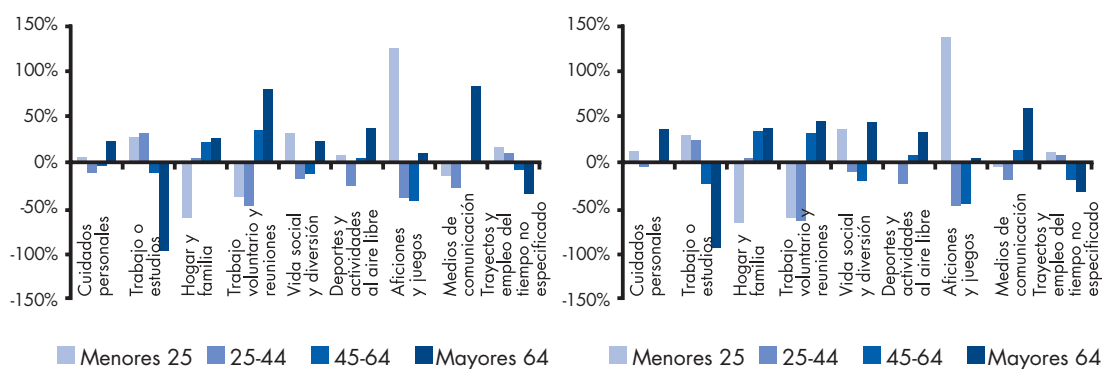
También destaca el tiempo dedicado a los medios de comunicación (fundamentalmente televisión), que ocupa algo menos de la cuarta parte del tiempo no dedicado al cuidado personal. Finalmente, se encuentra el tiempo dedicado a la vida social, que supera el 10%. Por tanto, una vez descontado el tiempo dedicado al descanso y cuidado personal, la población valenciana y murciana dedica su tiempo por orden de importancia al trabajo y estudio, al hogar y la familia, a los medios de comunicación y a la vida social.

Sin embargo, tenemos que apremiarnos a señalar que esta distribución media del empleo del tiempo tiene una secuencia según las edades bastante diferente, de manera tal que los usos del tiempo de la población se diferencia ampliamente según los grupos de edad. Un fenómeno que tiene que ver, sin duda, con las diferentes pautas requeridas por los diversos ciclos vitales de la población, pero también a diferencias generacionales importantes. Extremo que podemos comprobar en el análisis realizado en otro lugar sobre las pautas culturales de la población (SGAE, 2003).

En los gráficos que siguen, reflejamos las distancias respecto a la media de los usos del tiempo de los diferentes grandes grupos de edad y salta a la vista la existencia de determinadas pautas que pasamos a comentar.

El comportamiento en ambas comunidades autónomas es bastante similar como para pensar que no hay diferencias significativas reseñables entre ambas, lo que refuerza la idea de que las diferencias en las pautas son debidas a diferencias entre los grupos de edad. Así, queda patente que los grupos que más tiempo dedican al cuidado personal son los más jóvenes y los de más edad. Grupos que coinciden también en ser los que más tiempo dedican a la vida social y a sus aficiones. Sin duda, su posición respecto a la actividad económica condiciona estos usos. En cualquier caso, se trata de actividades que bien se realizan en soledad (cuidados personales), bien se desarrollan en grupos de

pares (diversión y aficiones). Por tanto, la población con menos de 25 años y la población de más de 64 años coinciden en los tiempos dedicados a su cuidado y a la vida social y recreativa. Sin embargo, estos dos grupos son muy dispares en el tiempo dedicado al trabajo o el estudio y el dedicado a la familia y el hogar. Aunque cada una de estas actividades caracteriza a uno de los grupos. Efectivamente, respecto al tiempo dedicado al trabajo y el estudio, es la población de más de 64 años la que destaca por dedicar mucho menos tiempo, extremo lógico si pensamos que se trata de población que ha finalizado su vida laboral activa. Pero resulta más llamativo que, respecto al tiempo dedicado al hogar y la familia, el grupo que se distingue de todos los demás sea el de la población de menos de 25 años, que es el que, con bastante diferencia, menos tiempo dedica a esta actividad.



Fuente: Elaboración propia. INEbase, Encuesta del empleo del tiempo(2002-03).

Las generaciones centrales sólo destacan por ocupar menos tiempo a sus aficiones y la vida social, mientras que puede existir una ruptura entre los grupos de menos de 45 años y los mayores a esta edad respecto al tiempo dedicado al trabajo o el estudio y respecto al tiempo dedicado al trabajo voluntario y reuniones: los grupos más jóvenes dedican más tiempo a las primeras y menos a las segundas.

En definitiva, resulta que la población con menos de 25 años destaca por dedicar mucho más tiempo a sus aficiones y juegos y mucho menos al hogar y la familia, mientras que la población de más de 64 años destaca por ocupar mucho tiempo con los medios de comunicación (televisión básicamente) y en el trabajo voluntario o reuniones, y mucho menos al trabajo y el estudio. Quizá resulte también reseñable la distribución del tiempo dedicado a los trayectos y actividades no específicas que es decreciente con la edad, y puede indicarnos que la movilidad es bastante diferente de un grupo de edad a otro.

Para cerrar este apartado, podemos señalar que los cambios demográficos derivados de la llamada transición demográfica, y que se concretan en un incremento de la esperanza de vida y un descenso de la fecundidad, tienen efectos relevantes sobre la composición de los hogares. Cambios demográficos que van acompañados de cambios relevantes de la estructura social respecto a la distribución del capital cultural y económico, reflejados en la distribución de la población según sus estudios y según las profesiones. Así que nos encontramos ante una situación en que el desarrollo social, en su conjunto, conduce hacia una disminución del tamaño de los hogares, una homogeneización de las edades en su seno y, por tanto, una reducción de la diversidad de generaciones que conviven en su interior. Todo lo cual va acompañado por una distribución desigual de los empleos del tiempo que señalan una reducción del tiempo dedicado al hogar y la familia.

III. Diagnóstico de los grupos de discusión sobre las relaciones intergeneracionales

La realización de una investigación empírica sobre las relaciones intergeneracionales en Murcia y la Comunidad Valenciana, ha exigido recurrir a una estrategia metodológica de naturaleza cualitativa, llevada a cabo mediante la aplicación de la técnica del grupo de discusión. Se han realizado siete grupos de discusión, cuyos perfiles y principales características se detallan a continuación:

1. Jóvenes menores de 30 años en situación laboral activa.
2. Mujeres de 45 a 55 años, amas de casa.
3. Mujeres de 30 a 45 años (perfil mixto: ama de casa y trabajo asalariado).
4. Personas mayores de 65 años, con estudios superiores.
5. Varones en activo con edades comprendidas entre 35 y 50 años.
6. Personas mayores de 65 años, con estudios básicos.
7. Jóvenes que se encuentran cursando estudios universitarios.

Fecha y lugar de realización de los grupos de discusión

Grupo 1	Martes, 11 de mayo (19.00)	Castellón
Grupo 2	Miércoles, 12 de mayo (11.00)	Murcia
Grupo 3	Miércoles, 12 de mayo (18.00)	Alicante
Grupo 4	Jueves, 18 de mayo (10.30)	Valencia
Grupo 5	Martes, 18 de mayo (19.00)	Valencia
Grupo 6	Jueves, 20 de mayo (17.00)	Alicante
Grupo 7	Jueves, 20 de mayo (19.30)	Alicante

A continuación se ofrece un análisis de los principales resultados obtenidos en el transcurso de los siete grupos de discusión. Esta información se aborda en cuatro grandes apartados.

En primer lugar, se exponen las principales imágenes sobre el contexto histórico y social en que los actores dicen encontrarse. Es un apartado breve, que tan sólo pretende encuadrar las opiniones y los discursos vertidos en los grupos de discusión.

El segundo apartado de ese capítulo, quizás el más extenso, se compone de un análisis de los cuatro perfiles poblacionales que ha contemplado la investigación empírica para indagar en las relaciones intergeneracionales: jóvenes (un grupo con activos y otro con estudiantes), adultos (un grupo con varones y otro con mujeres de edad media), amas de casa (de 40 a 55 años, modelo tradicional) y personas de edad avanzada (un grupo con estudios superiores y otro con estudios básicos).

Para cada uno de estos cuatro perfiles en los que se ha volcado la información de los siete grupos de discusión, se ofrece una radiografía de percepciones que de sí mismos y de otros grupos tienen en materia de relaciones intergeneracionales.

El tercer apartado, que hemos titulado *Los síntomas del declive de las relaciones intergeneracionales*, tiene por objeto rastrear espacios sociales en los que se registra esa ruptura intergeneracional, así como examinar el modo en que se produce la escisión.

El cuarto y último apartado, que incluye un recorrido por *Los detonantes de la escisión intergeneracional*, pretende profundizar en las razones que desde la perspectiva de los actores constituyen las causas de la escisión intergeneracional.

1. Contexto histórico de las relaciones intergeneracionales: la percepción del cambio social por parte de los actores.

Nos encontramos en un momento de transformación de las relaciones humanas que conviene investigar. Giddens ha descrito acertadamente esa coyuntura al afirmar que “de todos los cambios que ocurren en el mundo, ninguno supera en importancia a los que tienen lugar en nuestra vida privada. Hay en marcha una revolución mundial sobre cómo nos concebimos a nosotros mismos y cómo formamos lazos y relaciones con los demás” (Giddens, 2000: 65). Se trata de una revolución que avanza de manera desigual en las diferentes regiones y culturas del planeta, con resistencias, con manifestaciones locales muy diversas. Pero lo que parece claro es que se trata de las transformaciones más complicadas e inquietantes para el ser humano. Como ha señalado el mismo Giddens, la mayoría de nosotros puede aislarse de problemas mayores durante tiempo, pero “no podemos abstraernos, sin embargo, del torbellino de cambios que llegan hasta el corazón mismo de nuestra vida emocional”.

Este primer apartado es una aproximación a la percepción que los componentes de los grupos de discusión tienen del momento histórico que están viviendo. Constituye, pues, el preámbulo en el que se inserta la visión de la sociedad de los perfiles sociales consultados en el trabajo de campo. Entre las tendencias que los grupos de discusión señalaron no se encuentran, obviamente, todas las que la ciencia sociológica he identificado en los últimos años. Asimismo, algunas de las señaladas son más propias del paso de sociedades agrícolas a sociedades industriales que del momento de transición actual. Lo importante es que se trata de los ejes de cambio social que a ellos les resultan significativos para entender sus vidas. Los reseñamos a continuación de modo sumarisimo.

1.1.La aceleración del cambio social.

Desde el surgimiento de la sociedad industrial, las sociedades modernas han experimentado una permanente aceleración e institucionalización de los procesos de cambio social. Este cambio social, entendido como proceso de aparición de diferencias, produce continuas y profundas transformaciones en las estructuras sociales y es una parte sustancial de toda sociedad moderna. La sensación de aceleración del cambio social ha sido una constante entre los integrantes de los grupos de discusión. Desde los más jóvenes hasta los más mayores, todos ellos tienen una clara conciencia de estar viviendo en un contexto de aceleración del cambio social; todos los grupos han coincidido en la existencia de un importante progreso tecnológico que está significando un enorme cambio en las condiciones de vida de las personas de distintas generaciones. Los de mayor edad se sienten desbordados:

“Estamos desbordados por los cambios” (Grupo 4, pág. 2).

Y los más jóvenes perciben la magnitud del cambio y palpan con claridad el alejamiento generacional:

“La vida que ha vivido la gente mayor... y la vida que nosotros llevamos ahora, no tiene nada que ver. El progreso ha sido en plan bestia” (Grupo 1, pág. 29).

Esa revolución tecnológica ha afectado a la forma como vivimos nuestras vidas y, sobre todo, a las experiencias y trayectorias vitales de las distintas generaciones. Así, no es de extrañar, señalarán los jóvenes y los adultos, que el abismo intergeneracional sea cada vez mayor, ya que la revolución tecnológica deja fuera de juego a las generaciones de personas de más edad, que no son capaces de incorporarse a sus exigencias:

“Yo creo que hay tanta, es eso, es tanto el cambio que ha habido a todos los niveles, a nivel tecnológico, a todos los niveles, o sea que es que yo veo que es lógico que haya tanta separación de una generación a otra porque es tan incomprendible que mi abuela cuando ella vivía no, no se podía imaginar, yo que sé, los ordenadores de ahora, los teléfonos móviles y ahora, pues yo que sé, hay una especie de revolución a todos los niveles, como es el consumismo, como es, yo que sé, una serie de cosas que, que...” (Grupo 3. pág. 8).

En este contexto, las personas mayores sienten que no pueden incorporarse a los cambios tecnológicos, lo que no pasa desapercibido para los jóvenes:

“No tenemos capacidad para aprender ya” (Grupo 6, pág. 13).

“Los abuelos pocos tienen móvil, y si lo tienen saben utilizar el verde y el rojo” (Grupo 7, pág. 23)

Ahora bien, los grupos formados por personas de mayor edad también han señalado muy claramente el ámbito de las relaciones humanas como espacio de cambio. Es decir, en el ámbito de las relaciones sociales el ritmo de cambio también se ha visto expuesto a un proceso de aceleración, que se vive como desorganización (“desbarajuste”):

“Se ha transformado la vida de una manera que todo ya es distinto” (Grupo 6, pág. 4).

“La sociedad está evolucionando muy rápido a todos los niveles y entonces es tan rápido esa evolución, ese cambio que, que bueno, como que hay mucha separación entre una forma de pensar y otra y entonces a veces decimos: ‘Es que los jóvenes son, son más individualistas, son más egoístas’, pero es que es lo que están, lo que están viendo, lo que están viviendo, lo que están viendo por todas partes. Entonces yo creo que es eso un poco también que, que, que hay un desbarajuste tan grande de, de evolución a todos los niveles” (Grupo 3, pág. 7).

1.2.La racionalización de la vida social y sus efectos no deseados.

La racionalización es el proceso mediante el cual la vida social se organiza según principios abstractos, normas impersonales, eficacia técnica, maximización de la producción, beneficios o resultados y minimización de costes. En un sentido histórico, es un proceso civilizatorio que ha afectado especialmente a Occidente y ha significado la generalización de los principios de la racionalidad instrumental. Las consecuencias no deseadas de este proceso serían el aislamiento del individuo que al perder sus lazos comunitarios quedaría desprotegido ante la voracidad del Estado y de las organizaciones.

Una de las dimensiones sobre las que se afianza esa racionalización de la vida social es el tiempo: al convertirse en variable administrable y planificable, pasa a ser un recurso, un recurso que como otros puede devenir escaso. De ahí, la permanente sensación de carencia de tiempo de los entrevistados jóvenes y de edad media:

“Hay falta de tiempo, hay una ocupación de todo el día” (Grupo 2, pág. 15).

“Antes había tiempo para todo” (Grupo 1).

“Si tuviéramos más tiempo...!” (Grupo 1, pág. 10).

Esta concepción del tiempo (de la usura del tiempo) se cruza con otra característica más de las sociedades modernas. Como ha señalado Daniel Bell (1976), más que las necesidades, la posesión de deseos y expectativas es lo que caracteriza a las sociedades modernas: los individuos dese-

an hacer más y más cosas, y consecuentemente no tienen tiempo para todo, la vida se vuelve más densa, saturada.

“Que si trabajas, que si vas al gimnasio, cursos de inglés, luego viene Internet” (Grupo 5, pág. 10).

Así, la hiperutilización del tiempo y el estallido de los deseos produce cansancio psicológico y sensación de asilamiento, algo que ya advirtió Simmel al señalar que un orden psíquico orientado al crecimiento económico y el individualismo producirían individuos desocializados (Simmel, 1908).

“Ahora vamos aprisa a todos lados, todos tenemos estrés” (Grupo 5, pág. 10).

“Yo, antes, por ejemplo, fíjate, sacaba tiempo y me juntaba con toda esa gente ¿eh? y nos íbamos a pasar unos días al campo o a lo que fuera, y ahora no tengo tiempo para nadie” (Grupo 5, pág. 25).

“Que no tenemos tiempo, no tenemos tiempo para hablar con el marido, no tenemos tiempo para hablar con el hijo” (Grupo 3, pág. 19).

El resultado es que las personas menos ocupadas perciben que las que sí lo están andan siempre con prisas y pendientes únicamente de sus propios asuntos:

“Siempre van con prisas” (Grupo 2).

“Cada uno va a lo suyo” (Grupo 4).

Esta sistematización de la vida social (explosión de expectativas o de necesidades) tiene como efecto imprevisto y no deseado la experiencia de la carencia de tiempo para las relaciones y el ensimismamiento. El tiempo se convierte en recurso escaso y las relaciones sociales en anhelo insatisfecho.

1.3.La primacía de lo económico o la concepción materialista de la existencia.

Entre los diversos componentes de los grupos de discusión, pero sobre todo entre los más jóvenes, hay un tono de pesimismo hacia el rumbo tomado por las sociedades actuales. Este rumbo, calificado de estrictamente económico, olvida las necesidades sociales de los individuos y únicamente aspira a perpetuar la propia lógica del sistema.

“Vamos encaminados: prima lo económico sobre lo social” (Grupo 1).

“Desbanca lo económico y pasar a lo social es muy difícil (Grupo 1, pág. 16).

En ese conglomerado de percepciones se incluyen diversas imágenes de la sociedad actual que reflejarían la primacía de lo económico: desde el materialismo hasta el consumismo:

“Es totalmente una sociedad de consumo” (Grupo 1).

“La consecuencia, tampoco estabas hablando, es que se está produciendo un materialismo, es decir, ese trabajo, esa exigencia, esa dedicación, todo esto, que se ha perdido, ese cambio de unos valores por otros está en un momento llevando a una obsesión materialista por la vida y ahí hay una consecución de todo esto con agobio y con desprecio, o por lo menos reducción, a otra serie de situaciones y de valores que también eran positivos en otra época. En este momento tal como está esa dedicación y ese tiempo eso nos lleva a un materialismo que es lo que está viviendo la sociedad. En esta generación siguiente a la nuestra...” (Grupo 4).

1.4.La crisis del modelo de familia tradicional.

Lo que la mayoría de personas entiende por familia tradicional se corresponde, en realidad, con el desarrollo que la institución familiar experimentó a partir de la segunda mitad del siglo XX. En ese momento, la familia dejó de ser una entidad económica y se consolidó la idea del amor romántico como base legítima del matrimonio. El divorcio estaba estigmatizado y la mujer tenía notables dificultades para acceder a un empleo, pero el contraste con el pasado reciente era claramente ventajoso.

En la actualidad, la familia se ha convertido en lo que Giddens (2000) denomina una "institución concha", que conserva la apariencia exterior de la familia tradicional pero que ha registrado unos cambios sustanciales en su interior. Así, cada vez menos gente sigue las pautas de ese modelo estándar de los años cincuenta. Se ha reducido el número de miembros del hogar, se ha retrasado la edad del matrimonio tanto en hombres como en mujeres, hay un descenso de la fecundidad, ha aumentado la cohabitación como alternativa a la institución matrimonial y ha habido un crecimiento de las separaciones de hecho y divorcios (Campo, 2003: 45). Todos estos procesos producen cambios muy importantes en la composición de las familias. Además, todo ello repercute en las relaciones entre los miembros de la familia entre sí y con la sociedad. Como ha dicho Beck: "la familia única para toda la vida empieza a ser la excepción, y la regla será un ir y venir entre diferentes familias temporales o bien entre formas de convivencia no familiares según las fases de la vida" (Beck, 1998: 65-66).

Ante esta realidad de lo que es la familia en la sociedad actual, los miembros de los diversos grupos de discusión reaccionaron de diversas formas. En las personas de más edad se percibe un tono pesimista y desesperanzado con respecto a la evolución de la institución familiar. Lo que se echa de menos es el ambiente de convivencia familiar, la vivencia de las relaciones intergeneracionales:

"Antes se convivía, convivía toda la familia, los abuelos, los padres, los nietos y ahora pues normalmente pues no" (Grupo 3, pág. 1).

"Que el ambiente está mal para la familia, funciona muy mal. Para mí, el ambiente en la familia va muy mal, va decayendo muchísimo" (Grupo 4).

"La familia se ha perdido mucho" (Grupo 5).

Todos estos cambios son difíciles de entender y asimilar para las personas de más edad, que naturalizan la institución familiar y dramatizan sus cambios más recientes como si la familia fuera algo universal e inmutable:

"La familia que lleva 2 ó 3 mil años o más, siendo un esquema de vida, eso se ha roto, ahora son familias monoparentales, hablo en general, se ha roto" (Grupo 5, pág. 15).

Sin embargo, los grupos jóvenes y de edad media saludan con normalidad estos cambios como signo de los nuevos tiempos:

"Hay otros modelos sociales, hay otro tipo de familia, otro tipo de atención, otro tipo de compromiso. Todo cambia, ya no hay bodas, o hay otro tipo de bodas o la forma de vivir que eso digamos, está un poco alejada de lo que era antes" (Grupo 3, pág. 1).

1.5 La ampliación de las libertades.

La ampliación de las libertades personales y públicas, es uno de los cambios sociales más enfatizados por los grupos de discusión compuestos por personas mayores.

Estos, sobre todo cuando se trata de personas con estudios básicos, remarcan algo en lo que no insisten tanto aquellos que cuentan con estudios superiores, la idea de que ahora hay más libertad (quizá porque estos últimos se socializaron en ambientes familiares más democráticos y modernos, de lo cual sería una prueba el hecho de que pudieran acceder a la universidad).

"La vida es muy libre" (Grupo 6, pág. 2).

Asimismo, han identificado el proceso de democratización de las relaciones padre-hijo, lo que Giddens ha denominado la consecución de una cierta "democracia emocional" en el ámbito de la familia (2000: 76):

"Las relaciones entre padres e hijos ahora tienen más confianza, por ejemplo para hablar del sexo" (Grupo 6, pág. 9).

Los más jóvenes también son conscientes de esta adquisición por el contraste con lo que fue su situación, que les es recordado por los de más edad. Así, viven su libertad de manera un tanto paradójica, pues aunque ellos la dan por natural, los demás no siempre aceptan lo que su consecución puede generar, esto es, la aparición de distintos estilos y diseños de vida:

“Ahora, todo eso es que lo ven y, y la típica frase: ‘Es que yo, a tu edad, no tenía tanta libertad, no podía salir tanto’ (...) Yo creo que a lo mejor las relaciones se han enterrado también por eso porque están muy centrados en cómo ven las cosas y la forma de salir y todo eso. Es diferente y ellos no nos entienden, a lo mejor. Como no entienden la forma que tenemos ahora de pensar” (Grupo 7, pág. 3).

Así, para los mayores, sobre todo aquellos con nivel de estudios básicos, la libertad de los jóvenes ha degenerado en libertinaje: parece que les cuesta aceptar que la libertad se puede ejercer sin necesidad de haber estado previamente privado de ella y haber tenido que luchar para ganarla:

“Es que éstos ya han nacido con la libertad” (Grupo 6, pág. 25).

Ahora bien, sin duda, existen dos formas y condiciones diferentes de vivir la libertad: a) como una tierra prometida y conquistada, b) como una tierra nativa y dada.

Quienes viven la primera experiencia y quienes viven la segunda, obviamente, valoran de forma muy diferente ese sentido de libertad.

1.6. La ruptura del vínculo intergeneracional

El último elemento de diagnóstico de la sociedad actual por parte de los grupos de discusión fue el de la ruptura de los vínculos intergeneracionales. Es necesario aclarar que se trata de un punto de consenso unánime, si bien no apareció espontáneamente en el transcurso de los grupos de discusión, ya que su tratamiento fue suscitado a demanda del moderador de las sesiones grupales. Lo que sigue no es más que una breve introducción o visión panorámica en el contexto de otros cambios sociales. El resto del documento se ocupa de profundizar en lo que aquí se va a describir en unas líneas.

Las relaciones intergeneracionales han sido tradicionalmente un medio de socialización y aprendizaje de los individuos para su entrada en la sociedad. Esta norma, según algunos entrevistados, se ha quebrado en los últimos cuarenta años. Por primera vez en la historia, “los pequeños ya no aprenden de los más mayores”.

“Sempre ha segut positiu, sempre s’ha deprés el menut del major i el major del menut, menos en estos ultims quaranta anys” (Grupo 1, pág. 11).

El efecto de la neutralización socializadora vertical ha sido fulminante, hasta el punto de que los componentes de los grupos de discusión no han dudado a la hora de considerar que, en la actualidad, ya no hay relación entre unas generaciones y otras. Se ha impuesto una lógica homoetaria según la cual, los jóvenes están con jóvenes de su misma edad y los mayores están también con mayores: se impone el grupo de pares⁴.

Fuera del ámbito familiar no es probable que jóvenes y personas de edad avanzada se relacionen, ya que, en realidad, son estos dos grupos los que, voluntaria o involuntariamente, de manera más perceptible han desarrollado una subcultura homoetaria.

“No hay relación, no hay relación. Ni entre padres e hijos, ni entre jóvenes y mayores que no sean familia. No hay relación. Hay una empresa de trabajo, los jóvenes jamás verás que se rela-

⁴ Sobre el papel relevante de los pares en el proceso de socialización, véase Pinker, 2003.

cionen con los mayores. Muy poco. Yo lo sé hasta por mi hijo, que trabaja en la Conselleria de Hacienda y, y, y..., y el mismo lo dice: "Ah, yo no, ese es un viejo. ¡Para qué voy a hablar yo con ese viejo! Por ejemplo ¿no? Pues todos opinan igual. No, ellos se juntan los jóvenes con jóvenes, con los mayores no quieren relación ninguna y te voy a decir de pensar que lo que les puedes dar es consejos" (Grupo 6, pág. 7).

Y si para nadie existe duda de que esa separación existe, tampoco parece haberlo de su creciente magnitud: jóvenes, adultos y personas mayores, señalan sin titubeos que la separación entre los mayores y los menores es cada vez mayor:

"No sé, una serie de circunstancias que hacen que realmente esa separación se note más porque yo creo que siempre, toda la vida, siempre, la gente mayor ha comprendido poco a los jóvenes ¿no?. Entonces, yo creo que ese no comprender, cada vez se va haciendo más grave todavía, me da a mí la sensación de que hay más alejamiento" (Grupo 3, pág. 7).

"Creo que cada día que pasa la relación entre los mayores y los menores, está yéndose por momentos a peor" (Grupo 7, pág. 1).

Para los más jóvenes las relaciones se han ido diluyendo como consecuencia de la diversificación de intereses. Esto ha provocado una pérdida de la espontaneidad relacional entre los grupos de mayores y jóvenes:

"Esa naturalidad se ha perdido" (Grupo 1, pág. 11).

Para los más mayores, sin embargo, la explicación de ese alejamiento es bien distinta. Esta ruptura generacional es más bien un alejamiento de los jóvenes respecto de los más mayores, quienes ya no saben cómo acercarse a unos jóvenes que les rehuyen:

"Yo quiero acercarme a la juventud. Yo quiero acercarme a la juventud y yo quiero a la juventud. Yo adoro a la juventud y envidio a la juventud porque es juventud que la tiene y yo ya no la tengo. Pero es que no nos dejan acercarnos" (Grupo 6, pág. 12).

2. Autopercepciones y heteropercepciones de las relaciones intergeneracionales.

Establecidos los vectores de cambio social que para los entrevistados caracterizan el momento histórico presente, entre los cuales se incluye la ruptura de las relaciones intergeneracionales y la conformación de una sociedad homoetaria, es momento de describir con cierto grado de detalle las imágenes que sobre esas relaciones intergeneracionales emanan de los diversos perfiles sociales de los que se ha obtenido información empírica en el curso de la realización del trabajo de campo.

Como ya se ha adelantado, cuatro son los perfiles en los que se ha categorizado el análisis de la información sobre relaciones intergeneracionales obtenida con la realización de siete grupos de discusión.

En primer lugar, los jóvenes, categoría en la que se ha incluido a personas menores de treinta años. El análisis de este grupo poblacional se ha llevado a cabo a partir de los resultados de la realización de dos grupos de discusión, uno con jóvenes en situación laboral activa y otro con jóvenes que en el momento de la investigación realizaban estudios de rango universitario.

El segundo perfil es el de la población de edad media. Ahí se incluye a varones de 35 a 50 años en activo y a mujeres entre 30 y 45 años que combinan el trabajo fuera del hogar con las tareas domésticas.

Un grupo de discusión de mujeres con unos años más y un carácter más tradicional es el que ha dado lugar a la información con que se ha elaborado el tercer perfil: el de las amas de casa, dedicadas a las tareas de hogar y con edades entre 40 y 55 años.

Por último, bajo la categoría de personas mayores o de edad avanzada se incluye el perfil de personas mayores de 65 años con estudios superiores y otro en el mismo tramo de edad pero con estudios básicos.

2.1. Jóvenes en el hogar familiar.

La categoría sociológica de juventud está integrada por diferentes tipos de individuos y, en absoluto, alberga a un conjunto homogéneo de la población. La permanente prolongación de esta etapa de la vida, como consecuencia de los cambios experimentados por el mercado laboral, casi hace pensar que la edad es secundaria a la hora de definir a alguien como joven: parece más importante el estilo de vida y otros criterios socioculturales. Así, pese a que se la ha definido como una etapa de transición a la vida adulta, la prolongación de la fase de instrucción educativa, el retraso en la consecución del primer empleo y en la emancipación y formación de un hogar, dificultan el establecimiento de la frontera con la etapa adulta.

Los diccionarios señalan que joven es el individuo que ha dejado de ser niño o adolescente, pero que todavía no ha alcanzado la edad suficiente para ser considerado adulto. Algunos investigadores han sostenido que joven es aquel individuo que ha superado la etapa adolescente, por lo que reúne ya las condiciones necesarias para desempeñar las funciones de adulto en la sociedad a la que pertenece, pero no dispone de las condiciones suficientes para llevarlas a cabo (Cruz y Santiago, 1999: 8). En las investigaciones empíricas que se realizan en nuestro entorno, ante la necesidad de disponer de un instrumento operativo, se suele adoptar el criterio de la Unión Europea que define a los jóvenes como a todas las personas que se encuentran entre los 15 y los 30 años.

Como ya se ha dicho, dos grupos de discusión han sido realizados con jóvenes de estas edades. El primero de ellos con jóvenes en situación laboral activa. El segundo con jóvenes que cursaban estudios universitarios. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que algunos de los que teóricamente se encontraban en situación laboral activa, también estaban estudiando, o desde el momento en que habían sido convocados a la reunión hasta el día de la misma habían pasado a engrosar las listas de desempleados. Por otro lado, entre los componentes del grupo de estudiantes universitarios, fueron varios los que realizaban trabajos como cuidar ancianos por las noches o servir copas durante el fin de semana.

2.1.1. La visión de sí mismos: trabajo inestable y vivienda inalcanzable.

La mayor parte de los componentes del grupo de jóvenes en situación laboral activa siguen viviendo en el hogar de sus padres. Esa estancia en el hogar paterno la justifican aludiendo a dos dificultades básicas. En primer lugar, se refieren a las dificultades propias de los jóvenes para hacerse con un puesto de trabajo, la falta de estabilidad, salarios bajos y las exigencias desorbitadas que hacia ellos dirigen la sociedad y sus propias familias.

“La gente joven hoy en día no tiene facilidades para buscar un trabajo y eso conlleva a que tú con veintisiete años estés viviendo todavía en casa de tus padres” (Grupo 1, pág. 7).

“Que la gente joven tiene muchísimos problemas a la hora de encontrar trabajo” (Grupo 1, pág. 7).

Sería injusto, sin embargo, ignorar que el problema no reside únicamente en encontrar un trabajo. Para los jóvenes es también muy importante conseguir que éste se adecue a las aspiraciones de autorrealización de los jóvenes:

“El problema es más bien a la hora de encontrar en lo que quieres trabajar” (Grupo 1, pág. 7).

De manera que cuando aceptan trabajos que no se ajustan a sus expectativas de autorrealización, los toman únicamente como un medio provisional de obtener unos recursos económicos para financiar su consumo de ocio.

Hay que tener en cuenta que en nuestro contexto, el empleo ha tenido tradicionalmente una función emancipadora. Para un joven abandonar el hogar paterno para atender obligaciones laborales o para contraer matrimonio era culturalmente legítimo. Hacerlo al margen de esas dos situaciones no era habitual. Así, convertido el trabajo en un bien escaso y retrasada la edad de las nupcias, a nadie debe extrañar que la presencia de los hijos en los hogares paternos se prolongue más allá de lo razonable. En este contexto, pese a disponer de un capital educativo inimaginable hace tan sólo unas décadas y ámbitos de libertad superiores a cualquier momento anterior, la escasez del empleo priva a los jóvenes de la oportunidad de desarrollar sus inmensas potencialidades.

En segundo lugar, está el problema de la vivienda. En los grupos de discusión con jóvenes, especialmente los jóvenes en activo, fueron abundantes los comentarios referidos a la carestía del precio de la vivienda. Unos justifican su presencia en el hogar paterno aludiendo a los elevados costes de la vivienda:

“No, perdona, yo no vivo en casa de mis padres porque tenga facilidades, yo no. Yo porque se han puesto los pisos a unos precios desorbitados” (Grupo 1, pág. 6).

Otros, los que se han decidido a adquirirla, se sienten agobiados por la deuda contraída:

“Yo sólo para pagar cuatro paredes tengo que trabajar todo el día y no tengo aire ni tengo tele de momento. Sólo para pagar cuatro paredes tengo que trabajar todo el día, porque hoy para vivir en cuatro paredes te exigen una barbaridad” (Grupo 1, pág. 6).

Esta situación tiene poco de excepcional y coincide con la del resto de jóvenes del Estado español: tan sólo dos de cada diez jóvenes han dejado la familia de origen para establecer su propio hogar. La población joven que tiene como ocupación central los estudios, es decir, el grupo más joven, permanece, en mayor medida que el resto, conviviendo con los padres, concretamente en un 94% de los casos. Sólo un 4% de estudiantes comparte vivienda con una o varias personas, lo que hace pensar más en una independencia residencial que económica. De hecho, ocho de cada diez jóvenes estudiantes que no viven habitualmente en el domicilio familiar dependen económicamente de otras personas, principalmente de sus padres. En lo que podríamos considerar el último tramo de la fase de juventud, de los 25 a los 29 años, un 52% de los jóvenes sigue viviendo en el hogar familiar (Iglesias de Ussel, 1997). La familia, por un lado, se ha convertido en un refugio afectivo para las jóvenes generaciones, pero también en algo de lo que económicamente se depende, probablemente en mayor medida que hace unas décadas. De ahí, la creciente importancia de las transferencias intergeneracionales descendentes, de las que hemos hablado en la introducción.

En definitiva, el mercado de trabajo y la política de vivienda en propiedad han prolongado la estancia de los hijos en el domicilio familiar.

Aunque en otros apartados de este capítulo haremos alusión a una democratización y a un incremento de la confianza en las relaciones padres-hijo, la estancia y la convivencia en el hogar paterno es una fuente de tensiones. El motivo suele tener que ver con la necesidad impuesta por los padres de adaptarse a unas pautas de convivencia que en realidad no son más que unas normas horarias:

“Con veintisiete años estás viviendo todavía en casa de tus padres y te tienes que adaptar a unas normas” (Grupo 1, pág. 7).

“Estoy bien, pero claro yo tengo que vivir sus normas. Si ellos me dicen un día: ‘esto’, evidentemente, yo tengo que amoldarme” (Grupo 1, pág. 2).

La relación con sus padres, por tanto, tropieza con ese inconveniente, incomprensible para unos jóvenes socializados en un contexto de creciente individualización. Así, jóvenes que disfrutaban de las mayores libertades de que nunca ha gozado la juventud de nuestro contexto, no pueden entender que dentro del hogar familiar no se les reconozca sus propias opciones:

“Lo més fàcil és dir ‘n’hi ha unes normes i jo me tinc que acatar a eixes normes’ i jo no ho veig així. Vull dir: ¿Per què?. Vull dir, tu quan ja tens una edat que pots triar lo que vols i el que te agrada i com vols viure, és la teua vida. ¿Saps?” (Grupo 1, pág. 1).

Otro aspecto que da una idea del modo como los más jóvenes perciben la relación con sus padres es la constatación de que sobre ellos hay unas elevadas exigencias. Los padres, que exigen unos resultados, y la sociedad, que les exige mucho para reconocerles su autonomía, configuran un entramado de obligaciones de cuyo estrés tan sólo van a poder zafarse, como veremos en otros apartados de este capítulo, por medio de las aventuras del ocio nocturno del fin de semana:

“Vamos con el agua al cuello para pagar el préstamo, la vivienda...” (Grupo 1).

“A los jóvenes se nos exige mucho, se nos exige lo que ellos no han sido capaces de hacer” (Grupo 7).

El registro de esa percepción de presión social tiene ya antecedentes en la investigación sociológica. En un estudio realizado por CIS-INJUVE a finales de la década de los noventa, la frase con la que la propia juventud se encontraba mayoritariamente de acuerdo expresaba la idea de que la sociedad exige cada vez más a los jóvenes, idea con la que se mostraba de acuerdo un 83% de los jóvenes (Cruz y Santiago, 1999: 36).

Y a juzgar por lo que los componentes de otros grupos de discusión manifestaron, no parece que la sociedad no sea consciente y se muestre acorde con esa queja. Las personas de más edad, por ejemplo, reconocieron las mayores exigencias de la sociedad actual hacia los más jóvenes, hasta el punto de que, en ocasiones, llegaban a eximirles de algunas responsabilidades:

“Lo que no me gusta es su forma de comportarse con los mayores, poco respeto, pero también se debe mucho a nosotros, a culpa de la sociedad porque les tiene a la gente muy estresados y todo, y van muy estresados, la juventud. Entonces, para los estudios les exigen mucho, luego si no tienen trabajo pues (...) se tiran a drogas y a todo eso, debido a todo ese estrés que tienen y ¿la culpa quien la tiene?, pues, la sociedad. La misma sociedad que les obliga a vivir así” (Grupo 6, pág. 2).

2.1.2. *Las relaciones padres-hijos.*

El espacio para la conversación entre padres e hijos se ha abierto en los últimos años. Se habla con frecuencia sobre asuntos familiares y, fundamentalmente, sobre el ocio y el tiempo libre. Así, los más jóvenes señalan que tienen una elevada confianza en sus padres. Prueba de ello es que lo que no hace más de treinta años eran tabúes en las conversaciones familiares, hoy son temas de los que se habla y se intercambia información con naturalidad. Dos ejemplos de ello son las relaciones sexuales y el consumo de drogas:

“Porque yo, mi madre ya me conoce y mi madre yo ya, he ido, mi madre tal. “Mamá que va así, que va a venir mi novio y se va a quedar aquí a ver una película”. ¡Bueno, vale!. “Que hoy me voy a dormir con él al campo de no sé cuantos, que tal”. Evolucionando y diciéndole, no te va a decir que no, porque evidentemente con 22 años lo único que va a conseguir es que a los 23 me vaya de mi casa. Entonces mi madre no va a querer eso, quiere una comunicación y yo voy a ir informándola” (Grupo 7, pág. 9).

“Esto es lo que hay, esto es lo que hecho y esto es lo que voy a hacer o dejar de hacer (...) Si yo tengo una confianza con ella, ¿qué pasa?, otros, otros, otros hijos no tienen mis padres. Yo le puedo decir a mi madre “esto” y mi madre no me va a decir no porque no, me va a decir “no, por esto, por esto y por lo otro”” (Grupo 7, pág. 8).

Ahora bien, hay que dejar bien patente que esa confianza es más frecuente con las madres que con los padres:

“Es que una chica con la madre es distinto a una chica con el padre, porque el padre se asusta más de las cosas” (Grupo 7, pág. 11).

“A mi padre ni por casualidad le puedo contar ni la cuarta parte que a mi madre” (Grupo 7, pág. 9).

“Yo con mi madre no le oculto nada, me puedo sentar con ella y hablar de cualquier cosa. Ahora, mi padre, mi padre está aquí y yo estoy aquí y mi padre no se entera de nada. No es que no sepa, no, es que no se entera de nada. No es que no sepa lo que hacemos” (Grupo 7, pág. 11).

Estas apreciaciones han obtenido confirmación en el estudio del CIS-INJUVE ya citado. Según los datos de ese sondeo, la madre es la persona a la que acuden más habitualmente las chicas jóvenes para resolver problemas (27%), seguida de la pareja (26%) y en tercer lugar de un amigo/a (24%). El padre, con un 2% era la persona a la que menos se recurría. En cuanto a los chicos, en primer lugar aparecía un amigo (24%), en segundo lugar, ambos padres por igual (19%) y en tercer lugar, la propia pareja (17%).

Un aspecto en el que coinciden los jóvenes, tanto los varones como las mujeres, es en la percepción de que los padres prefieren mantenerse al margen de los conflictos de los hijos. La armonía familiar se construye sobre el supuesto de un “velo de ignorancia” de los progenitores. En definitiva, lo que mantienen es que “hay cosas que los padres prefieren no saber”, pero también la existencia de una división del trabajo de comunicación por género y de complicidades que lo sustentan:

“Saben lo que hay, pero no quieren saber nada” (Grupo 7, pág. 9).

“Nosotras somos dos chicas y nada, mi padre es, nada mis hijas son superbuenas, mis chicas tal, mi padre nada, es verdad. Mi madre lo sabe todo, lo sabe todo, pero claro es que, por ejemplo, si en la familia hay dos hijas y la madre, es que el padre no se entera de nada (...) La madre ocultándolo todo” (Grupo 7, pág. 9).

Ahora bien, este contexto de apertura y creciente comunicación entre padres e hijos, no puede ocultar la existencia de asuntos tabú, “lo que no se puede contar a los padres”.

Hay, pues, ocultaciones: como es de esperar, afecta a casi todo lo relacionado con los rituales festivos del ocio de fin de semana:

“Se cuenta lo que se puede contar” (Grupo 7, pág. 7).

“Hasta un punto. Yo cuento casi todo. Casi todo, no se puede comentar todo” (Grupo 7, pág. 7).

“Yo, si se lo cuento todo a mi madre, me va a matar” (Grupo 7, pág. 7).

“Padres y abuelos no son para la fiesta” (Grupo 1, pág. 9).

“Con los padres no se puede hablar de las drogas que tomas” (Grupo 1).

Un aspecto a destacar en la forma como se establecen las relaciones padres-hijos es la aparición de un buen número de pautas que recuerdan y se asemejan a procesos de negociación. Procesos de negociación que, en el fondo, suponen una cierta democratización de la vida intrafamiliar.

Efectivamente, en el grupo de discusión con los más jóvenes se pudo comprobar que la mayor confianza en la relación con los padres es producto de una negociación. Los padres se adaptan a las exigencias de ocio y tiempo libre, pero a cambio exigen tres cosas: confianza, sentido de la responsabilidad y resultados académicos:

“A esa edad, pues eso, me he ido de botellón. Antes decías me voy de botellón y te decían: ‘Salvaje, salvaje, el botellón’. Ahora no. Ya es que sale hasta por la tele. Claro, se han tenido que hacer a la idea” (Grupo 7, pág. 13).

“Confianza, yo creo que confianza, por lo menos en mi caso... Ya que te dejan tal, pues por lo menos, tal, ¿sabes?. Dime dónde vas, dime lo que haces” (Grupo 7, pág. 13).

“Responsabilidad” (Grupo 7, pág. 13).

“Resultados, es lo que te piden” (Grupo 7, pág. 13).

“Eso supone que tú, cuando llegas, cuando llegas del cine, tú no te vas a ir de picos pardos, te vas a ir a casa y el lunes y el martes vas a cascar los exámenes y vas a aprobar” (Grupo 7, pág. 13).

“Ellos te dan manga ancha, pero piden algo a cambio” (Grupo 7, pág. 13).

“Sí, te dan libertad, pero con responsabilidad” (Grupo 7, pág. 13).

“Es la única obligación que tienes. Entonces ellos quieren unos resultados, entonces, es lo único que tienes que hacer. Por ejemplo, nosotros que estamos todos estudiando, es lo único que te piden, que apruebes, incluso aprobar es beneficio para ti, porque luego apruebas y tienes tres meses de disfrute para ti, que no tienes que darle cuentas a nadie. Entonces, yo creo que es el único” (Grupo 7, pág. 15).

Así pues, las relaciones familiares entre padres e hijos son un reflejo de las transformaciones que ha experimentado la vida social española en los últimos treinta años, y que han tenido su influencia en una mayor permisividad y sentido de la democracia. Así lo confirman los resultados del estudio CIS-INJUVE citado anteriormente, según el cual un 54% de la población joven consideraba a su padre poco o nada estricto con sus hijos, porcentaje que cuando se preguntaba por las madres ascendía a un 63%. Y así lo confirmaban también los miembros de los grupos de discusión más jóvenes cuando se debatía el grado de libertad que los padres les facilitaban: no dudaban en calificarlos de liberales y permisivos:

“Son liberales. No se meten en...” (Grupo 1).

“Te dejan hacer casi todo” (Grupo 7, pág. 11).

Así pues, la misma sociedad que, mediante el escudo del trabajo y la vivienda, les presenta tantas dificultades para consumir su proyecto de individualización, ofrece a los jóvenes un amplio espacio para el ensayo de su propio proyecto vital: lugares de ocio y el tiempo libre en los que ensayar sus proyectos de socialización y experimentar con las relaciones sociales. Y estas experiencias de libertad llegarán a ser tan definitorias de su propia identidad que acabarán viéndose a sí mismos con unas preocupaciones radicalmente distintas de las de sus padres y personas mayores. A ellos, a los jóvenes, les preocupa el trabajo (tener un empleo estable, bien remunerado que permita una cierta calidad de vida, “no quemarse”) y la vivienda, pero lo que realmente les interesa es el ocio. A sus padres, en cambio, lo que les interesa de sus hijos es el trabajo, mientras que lo que les preocupa es lo que hacen en su tiempo de ocio.

Despejados los intereses de cada generación, la ausencia de tensiones se consigue mediante la estrategia familiar del principio de no injerencia: “Si tu cumples, ellos no se meten en lo tuyo” (Grupo 1). Un principio típico de sociedades tolerantes, democráticas e individualizadas.

2.1.3. *Las relaciones con otras generaciones.*

Un grupo de edad del que se habló espontáneamente en los dos grupos de discusión celebrados con jóvenes es el de la generación siguiente a la suya, es decir, los preadolescentes y adolescentes con edades comprendidas entre los 10 y los 16 años. Y los comentarios vertidos sobre estas cohortes nacidas en la última década del siglo XX no pueden más que sorprender por su tremenda homogeneidad y contundencia. Hay entre los jóvenes de esas edades una pérdida de la autoridad de los padres, pérdida que tiene poco que ver con la democratización de las relaciones padres-hijos y

comienza a afectar a las funciones que, por interés del conjunto de la sociedad, deben activarse en el proceso de socialización de los más jóvenes. Pérdida total de respeto e insultos a los padres y a la gente mayor serían los aspectos más repetidos:

“Hoy en día un chico, los chiquillos pequeños han perdido mucho el respeto hacia la gente (...) por ejemplo, 14, de 10 a 15 años con respecto a la gente de 20 o más o menos. Por ejemplo, cuando tenía 10 años, era incapaz de insultar a un mayor. Veía un mayor y decía ‘un mayor’. ¡Cuidado!. Hoy un chiquillo de 10 años se caga en tu padre” (Grupo 7, pág. 1).

“Yo veo chavales de catorce y quince años que a la gente mayor la trata como basura a los padres prácticamente también y eso, yo en mi época no lo he visto y no soy mayor, soy una chaval, soy un niño” (Grupo 1, pág. 2).

Los jóvenes componentes de los grupos de discusión señalan la existencia de un abismo entre su propia generación y la de estos adolescentes que no sólo desafían a sus padres y a los más mayores, sino también a ellos mismos:

“También hay un abismo con los de dieciséis. Yo ahora tengo veintisiete y hay niños de dieciséis que se llevan un abismo de cuando yo tenía dieciséis años, ahora van sobrados, sobrados totalmente, sobraos, tú no pintas nada, tú no has vivido nada, tú no vales nada, ellos están por encima de ti con catorce años” (Grupo 1, pág. 2).

Los efectos de todo ello son claramente palpables, no sólo en el hogar familiar, sino en el mundo educativo, donde los profesionales se ven incapaces de hacerse con el control de la situación:

“Hi ha una falta de respecte, ja no a la figura ni que sigue el mestre, a les persones majors. Jo passo per davant de l’escola. ‘Eh, tal’. Una manera de parlar, jo mai he parlat aixina, i soc major. Vull dir, en molt poquet temps ha canviat moltíssim i això jo crec que és clarament per culpa dels pares. Segur” (Grupo 1, pág. 2).

En cuanto a las relaciones con las personas de edad avanzada, habría que distinguir dos espacios fuertemente diferenciados: por un lado, las relaciones con personas mayores a nivel extrafamiliar; por otro lado, las relaciones con personas mayores en el interior de la familia:

“Porque las relaciones que tenemos, hay mucha diferencia en sí, entre las personas de diferente edad, son allegados a nosotros o son gente que nos encontramos por la calle” (Grupo 7, pág. 1).

A nivel extrafamiliar, las relaciones intergeneracionales entre jóvenes y personas mayores son consideradas por los primeros como muy difíciles, sino imposibles.

En primer lugar, porque aquellos que trabajan, se autoperciben carentes de tiempo y con otras motivaciones o tareas fundamentales en sus proyectos de construcción biográfica: se ven a sí mismos más individualistas, más ocupados (trabajo, estudios) y prefieren estar con su pareja o amigos. Aquellas relaciones no cubren sus necesidades de crecimiento personal, diseño de vida propia o expresión de identidad.

En segundo lugar, las relaciones con los mayores no sólo les resultan menos atractivas porque están impregnadas de la lógica de la verticalidad, sino que además no les permiten el ejercicio de la libertad y la comunicación, práctica que les compensa de los agobios y exigencias de sus estudios o trabajo:

“Pues, no se le puede decir a un abuelo lo mismo que a lo mejor se le puede decir al amigo abiertamente” (Grupo 1, página 20).

De hecho, la conversación que se puede mantener con una persona mayor, o es intrascendente o está atravesada de elementos formales que dificultan el entendimiento.

Una muestra de ello es que cuando los jóvenes eran preguntados acerca de los temas de conversación que consideraban intergeneracionales, respondieron con tópicos como fútbol o meteorología, que ellos mismos calificaron de genéricos e impersonales. Por otro lado, las ocasiones en las que la relación intergeneracional viene marcada por necesidad, la posibilidad de entablar diálogo no está, ni mucho menos, exenta de obstáculos temperamentales:

“Una relación no es hablar del Barça (...) Es escucharse: pero los mayores tampoco te quieren escuchar (Grupo 1, pág. 29).

“Te pasa algo con el coche, y por cualquier cosa no respetas el paso de cebra o lo que sea, a lo mejor llega un abuelo y se caga en tus muertos y entonces si bajas, si tiene ganas de follón realmente, tú bajas y tienes follón con esa persona” (Grupo 7, pág. 21).

Las relaciones con las personas mayores dentro del ámbito familiar tienen un carácter bien distinto. La palabra más usada por los jóvenes para definir las es cariño:

“Con los abuelos, la relación es de cariño” (Grupo 7, pág. 22).

“Muy buena, los abuelos te tratan, te quieren más que a sus hijos” (Grupo 7, pág. 22).

“Con las personas de la calle podría ser que se sacara el respeto y con la gente de nuestro entorno quizás el cariño” (Grupo 7, pág. 1).

Los jóvenes creen que las relaciones con los abuelos son ahora mejores que las de antes, que estaban excesivamente encorsetadas por fórmulas de respeto que hoy se les antojan distanciantes. Hoy, en la relación con los abuelos prima la confianza:

“Y ha sido un paso muy, muy productivo hacia la relación con nuestros abuelos. Antes, abuelo, mire usted, hasta a tu abuela, le hablabas de usted (...) hoy en día nadie habla en realidad de usted a sus abuelos (...) yo creo que la relación con tus abuelos ha mejorado muchísimo. Porque hay más confianza, no sé, te puedes ir, no sé, le acompañas, tal...” (Grupo 7, pág. 23).

“Hombre yo llego a casa de mi abuela y, o sea, me ceba con tal de poner comida, con tal de que vaya todos los días a comer, me saca de todo lo que yo quiera y nada simplemente se sienta a ver como comes o que...” (Grupo 7, pág. 23).

Los jóvenes dejaron claro que la relación con sus abuelos no es nunca de negociación como con sus padres, sino, como ya se ha señalado, de cariño; hasta el punto de que los llegan a ver como un refugio psicológico que les proporciona cobijo a cualquier precio:

“Lo hacen, sobre todo, para ayudarte, tú te refugias en ellos” (Grupo 7, pág. 23).

“Pero es que yo no sé qué pasa, ellos de ver que los necesitamos son capaces de mentir (...) que se sientan vivos, o sea a ellos les da vida eso de decir...” (Grupo 7, pág. 23).

“Eso es vida para ellos de ver que una persona joven se relaciona con ellos. Son capaces de hacer cualquier cosa” (Grupo 7, pág. 23).

Lo anterior, sin embargo, no es óbice para que los jóvenes reconozcan la existencia de una notable discontinuidad entre su generación y la de las personas mayores. Esta discontinuidad, que podría ser denominada ideológica consiste, a juicio de los jóvenes, en la existencia de unos esquemas vitales y mentales, que hacen cada vez más difícil la comunicación entre ambos grupos en la vida cotidiana.

Pero reducir la distancia a una diferencia ideológica sería trivializarla. Aquella nada tiene que ver con las discrepancias que puedan plantearse en un debate de ideas por más apasionado que éste sea, sino más bien en una ruptura o quiebra histórica entre una cultura (la de los mayores) que se

percibe como obsoleta y disfuncional, y la propia cultura (llena de sentido y, aunque de angustia, también de promesas). En esta cultura de la autorrealización, no parece haber espacio para el trabajo duro de cuidado del otro: los más jóvenes tienen claro que ellos no van a ser los que cuiden a sus abuelos cuando lo necesiten:

“Yo no lo haría, yo no lo haría” (Grupo 7, pág. 25).

Algunos relatan haberse visto en tal situación y, en la actualidad, se reconocen incapaces de volver a hacerlo:

“Yo, sí que he cuidado a mi abuela cuando ha estado enferma y yo desde entonces yo no acudo a ninguna (...) porque no. Me pongo nervioso. Yo no puedo ir con ella al hospital, porque me agobia y me desmayo” (Grupo 7, pág. 25).

“Yo, cuando mi abuela estaba, pues yo iba a verla, estaba con ella, haciendo guardias entre mis tíos, mi madre y yo para estar con ella, pues yo qué sé, de cinco, nueve horas y luego se murió y yo desde entonces yo no puedo pisar un hospital. Yo entro y pum, caigo redondo, no puedo entrar en un hospital” (Grupo 7, pág. 25).

“Veo a un abuelo así, enfermo, me, me, me resulta tan...” (Grupo 7, pág. 25).

En definitiva, no se consideran psicológicamente capaces de soportar esa tarea y aducen aprensión, y ello les conduce a debatir (e incluso defender) la alternativa del internamiento en una residencia, opción que justifican poniéndose a sí mismos como ejemplo y señalando que ese sería el camino que adoptarían en caso de encontrarse en situación de necesidad, antes que convertirse en una carga para sus hijos:

“Hombre, si hiciera falta o aunque sea pagar una residencia, aunque...” (Grupo 7, pág. 25).

“Yo lo tengo claro, en el momento que yo tenga mi dinero y tenga mis posesiones, vamos, lo primero un plan de pensiones y lo primero es pagar mi vejez en la mejor residencia. Soy incapaz de coger y darles esa carga a mis hijos. No, me voy a una residencia que me lo den todo hecho o lo que sea” (Grupo 7, pág. 26).

Todo, al parecer, es una “simple” cuestión de voluntad... y dinero.

Una justificación más elaborada, que se suscita cuando la discusión ya ha entrado en una fase de mayor racionalización es la de tipo profesional. Desde esta perspectiva, el internamiento en una residencia se justifica recordando la necesidad de un cuidado profesional, dada la gravedad de algunas enfermedades degenerativas:

“Hay residencias y, por ejemplo, la enfermedad del Alzheimer. Tú no sabes lo que es convivir con una persona que tenga Alzheimer y que tienes que, es su vida, es que no sabe ni que está ahí, le va a dar igual a ella estar en el hospital, que estar en...” (Grupo 7, pág. 28).

Pero, a medida que el debate se racionaliza, los jóvenes parecen disponer de más razones para justificar el internamiento residencial de las personas mayores: así se llegó a la conclusión de que ésta era la alternativa más adecuada para aquellas personas de edad avanzada que se encuentran en situaciones de pérdida de conciencia:

“O como una persona con ochenta años que, yo qué sé, es que estamos hablando de eso, de una persona, por estar en una silla de ruedas, pues no, pero que tenga una enfermedad así avanzada que ni tú sabes como tratarla o eso, o que es un estado casi vegetal, ni, ni, ni él va a saber responderte, ni va a saber lo que quiere” (Grupo 7, pág. 28).

“Es que es como tener un mueble” (Grupo 7, pág. 28).

En cualquier caso y como colofón a todas estas argumentaciones, la justificación básica es la que surge al final: el derecho a una vida propia les exime moralmente de cualquier obligación de cuidado de las personas mayores:

“Que esté todo el día ahí, porque es que si no te corta mucho las alas. Es que...” (Grupo 7, pág. 25).

“Lo que no puedes hacer tú solo es dedicarte las 24 horas, porque tú tienes tus estudios, tienes tu vida...” (Grupo 7, pág. 25).

Este derecho a tener una vida propia apareció con claridad incluso entre aquellos jóvenes que se mostraron contrarios al internamiento en una residencia. En esos casos, la opción con la que se identificaban consistía en administrar algún tipo de apoyo para la persona mayor que les permitiera a ellos mismos gozar de libertad y a las propias personas mayores, seguir rodeadas de su familia. Para esta generación, no se trata tanto de “ocuparse” de los dependientes, cuanto de “preocuparse por ellos”; es decir, no tanto de realizar por sí mismos las tareas de cuidado, sino gestionarlas:

“Una cosa es decir, yo pongo dinero y le pago una residencia o le pago una enfermera y otra cosa es, estar tú ahí. Tú coge y cambia a tu abuela, ducha a tu abuela” (Grupo 7, pág. 25).

2.2. Los hombres y mujeres de edad media.

En este apartado incluimos el análisis del grupo de discusión número 5, realizado con varones adultos en activo de 35 a 50 años, y del grupo de discusión número 3, realizado con mujeres de 30 a 45 años, que trabajaban tanto fuera como en el hogar. Se trata, por tanto, de dos de los tres grupos de discusión realizados en el transcurso del trabajo de campo de esta investigación con personas de edad media⁵.

Las personas de edad media cuyas entrevistas grupales se analizan en este apartado son personas que ocupan una situación central en la estructura de las relaciones generacionales. Por un lado, están más cerca de los mayores que sus hijos, pero también, por otro lado, están más cerca de sus hijos que los mayores. O dicho de otra manera, para evitar la sensación de perogrullada: son personas partidas, que el cambio cultural de las últimas décadas ha escindido en dos, por eso entre ellos son frecuentes los dilemas y las dualidades. Entre los hombres, los dilemas se suelen presentar cuando tratan de explicar sus relaciones con personas de otras generaciones. En ese momento, sus posiciones se polarizan en torno a dos perspectivas que les impiden encontrar un único ángulo con el que enjuiciar la realidad de las citadas relaciones sociales. En el caso de las mujeres, las dualidades tienen que ver con sus puntos de vista, pero también con la forma como se ven así mismas. Esta última cuestión es, precisamente, la que concita el interés del siguiente apartado.

2.2.1. Las autopercepciones de las mujeres de edad media.

Las mujeres entre 30 y 45 años presentan una dualidad en el modo como se perciben a sí mismas. Por un lado, están las que responden a un modelo más clásico, y por otro lado están las que, en contraste meditado con las anteriores, se ven a sí mismas como la generación de ruptura con los valores tradicionales.

Entre las que responden a un modelo clásico de relaciones familiares hay un énfasis o recreación en las relaciones familiares, los encuentros intergeneracionales, la unión familiar y la plena normalidad y carácter satisfactorio de todo ello:

⁵ *Un tercer grupo de discusión con personas de edad media se realizó con amas de casa de 40 a 55 años que respondían a un modelo tradicional, si bien la especificidad de este colectivo ha aconsejaba que los resultados se examinaran en el siguiente apartado de modo específico.*

“Soy ama de casa, tengo dos hijos ya mayores y yo pues no, no estoy de acuerdo con lo que ellas dicen. Yo, en mi caso estamos muy unidos toda la familia, los abuelos, todos, todos en general. Los hermanos, los sobrinos y o sea mis padres, yo he tenido a mi padre con nosotros. Él ayuda y está con nosotros mucho tiempo y yo no veo esto pues así (...)Estamos muy unidos, incluso pues mis sobrinos, mis sobrinos pues todos, vienen mucho a casa y mis hijos pues de allí no salen, la verdad” (Grupo 3, pág. 1).

Por otro lado, están las mujeres que afirman haber roto de modo más o menos abrupto con los modelos educativos que recibieron:

“Por eso, yo pienso que nosotros somos la generación rompedora y que no tenemos tanta diferencia con nuestros hijos y sí con nuestros padres” (Grupo 3, pág. 8).

“Yo estaba educada como estaba diciendo María antes, o sea primero si mis padres me pedían algo eran primero mis padres y luego nosotros y ahora no, ahora mi viaje primero, aunque a mis padres les guste o no les guste” (Grupo 3, pág. 4).

“A mí me han educado desde un punto muy clásico, muy cerrado. Yo doy las órdenes y tú obedeces. Tú vives bajo mi techo y así es. Hoy en día yo sí que me hablo muy bien con mis padres pero, escucho y luego tomo mis decisiones, creo que es muy importante ser independiente. Esa independencia también la he adquirido pues yéndome a estudiar fuera.” (Grupo 3, pág. 2).

Ahora bien, tanto las que rompieron con ese modelo educativo como las que se resignaron, son conscientes de que aquello las abocaba a no tener vida propia. Teniendo en cuenta que del hogar paterno sólo podían salir para contraer matrimonio, cualesquiera de las dos trayectorias vitales que aquella época les ofrecía les deparaba un horizonte de sumisión: si se quedaban en el hogar paterno debían someterse sumisamente al autoritarismo de sus padres y pasaban a convertirse en reserva de mano de obra para el trabajo doméstico y de cuidado de los mayores:

“Y si te quedabas soltera, a cuidar de los abuelos y de los padres” (Grupo 3, pág. 11).

Por otro lado, si contraían matrimonio, tal y como el clima de la época las empujaba a hacer, y salían del hogar paterno, entonces pasaban a depender de la autoridad de sus maridos:

“Tú tienes otras opciones, tú haces otras cosas, pero ni tu madre ni tu abuela conocían otra cosa y más las aquí presentes que conocemos la historia de las mujeres. Porque tú, como mujer, estabas destinada a casarte y a ser madre y ya está” (Grupo 3, pág. 11).

“Entonces, yo tengo hasta los 19 o 20, yo tengo que obedecer la autoridad de mis padres, pero es que en el momento que yo me caso con 19 ó 20 años, en aquella época, entonces, yo tengo que obedecer o a mi marido o a mis suegros porque van a vivir conmigo porque son mayores y, entonces, ¿cuándo vives tú tu vida?; pero eso ha sido hasta la generación nuestra. Probablemente todas las madres (...) Nosotras hemos roto eso” (Grupo 3, pág. 10).

En esta tesitura, algunas mujeres afirman haberse visto en la necesidad de romper con esa presión familiar para adoptar un camino propio, generalmente marcharse de casa. Pese a todo, e incluso en los casos de ruptura con los padres, se reconoce haber actuado con miedo, escasa libertad y muchas cohibiciones, si bien con el paso del tiempo, las relaciones han encontrado puntos de equilibrio:

“Nos hemos ido de casa, también nos hemos cohibido de otras muchísimas cosas por respeto o incluso por miedo” (Grupo 3, pág. 13).

“Al final, los has ido tolerando y comprendiendo aunque hayas hecho lo que te haya dado la gana. (...), te comprendo, tienes razón, pero hago lo que me da la gana y ellos: ‘No me gusta, no me gusta’, pero que le voy a hacer, o sea” (Grupo 3, pág. 13).

“Pero es que el cambio no se hace en 24 horas, eh. El cambio no se puede hacer en 24 horas. Claro que nos hemos cohibido de muchas cosas. Todavía tienes residuos en muchas cosas” (Grupo 3, pág. 13).

Como consecuencia de este cúmulo de circunstancias vitales que han marcado su socialización, plantean la necesidad de buscar un equilibrio entre un modelo de crianza autoritario, que es el que han experimentado en sus propias carnes, y un modelo de crianza *laissez faire*, que es el que hoy en día ven extenderse peligrosamente.

“Yo pienso que hay dos maneras de actuar: una, la clásica de ordeno y mando y otra que ha sido soltar muchísimo la manga; y no queremos ni una ni otra, porque como nosotros hemos visto qué peligros hay o qué no hay... Yo creo que ahí se encuentran dos formas de educarnos que no era ni una válida ni tampoco la otra. Hago todo lo que tú quieres, ni aquí se hace lo que yo mando” (Grupo 3, pág. 7).

“Ni ahí en plan autoritario total ni en plan libertad total, ¿no?. Es un poco el equilibrio” (Grupo 3, pág. 7).

2.2.2. *Los dilemas en las relaciones con los hijos.*

Uno de los puntos centrales en la visión de las relaciones intergeneracionales, por las personas de edad media, es el deterioro de las mismas entre los más jóvenes y los más mayores, por la pérdida de respeto y normas básicas de educación y urbanidad. La alteración de las pautas de socialización ha traído consigo un fallo en la transmisión de una serie de valores que anteriormente constituían la base sobre la que crecía el respeto y la educación. En el reconocimiento de ese fallo en la transmisión de los valores de respeto y educación hay un autorreconocimiento implícito de culpa generacional, ya que ese respeto ahora no transmitido era, a la postre, el que garantizaba el buen funcionamiento de las relaciones intergeneracionales.

“Se pierden muchísimos valores, y eso dificulta la relación entre las distintas generaciones, la de los abuelos, la de los padres, la nuestra, y la de nuestros hijos. Se han perdido unos valores, pues se ha perdido considero que fundamentalmente el respeto” (Grupo 5, pág. 1).

“El respeto se ha perdido y la educación, yo creo que la educación, porque yo ahora tengo cuarenta y un años y cuando a mí me enseñaban que a la señora mayor había que ayudarlas, con el bolso de la compra, que la pasases de acera, y esas cosas, hoy en día, yo tengo sobrinos con diecisiete años, quince años y si pueden te empujan” (Grupo 5, pág. 1).

“Yo voy conduciendo todo el día con la furgoneta y (...) la educación se ha perdido, no hay nadie que respete un paso de cebra, ni a una persona mayor, ni pequeño y si pueden pasárselo en rojo van y se lo pasan y si pueden, o sea eso es una merienda de negros, que eso es fruto de lo que se está viviendo ahora y la gente joven ahora viene con ese empuje” (Grupo 5, pág. 9).

“Los jóvenes, no hay respeto por los mayores, no hay educación, no hay formas, no creo que se sepa ni siquiera vestir. Creo que ni siquiera piensan en un futuro, en tengo que estudiar o tengo que prepararme, algún día voy a salir de casa de mis padres y tengo que enfrentarme a la vida real y tampoco se preocupan de, si mis padres algún día les pasa algo, son mayores y tal, pues no se plantean, voy a cuidar de ellos. No, no, viven el día, el día de hoy y el día de mañana y no piensan en un día más allá” (Grupo 3, pág. 2).

Ahora bien, el diagnóstico formulado no es global. Hay, según las personas de edad media, una tendencia a la pérdida de respeto como garante de las relaciones intergeneracionales, pero esto es lo que ocurre en un grupo de jóvenes. A otra parte de la población juvenil no se puede aplicar, en absoluto, ese diagnóstico, puesto que se trata de dos grupos muy diferenciados:

“Yo distingo dos grupos de personas, hay gente que tiene niños y saben estar en los sitios, sí que es cierto que hay otro grupo de gente que no tiene esa educación, la gente que dedica los fines de semana a las copas, todo este tipo de gente, para mí no tiene educación, no tiene respeto, pero hay mucha gente que sí” (Grupo 5, pág. 4).

“Yo sigo con lo mismo, hay dos grupos digamos de gente joven, yo te hablo de lo que yo tengo allí, gente que está trabajando y tal y otra gente que por lo que sea por inercia o lo que sea siempre están..., pero hay siempre que distinguir dos grupos” (Grupo 5, pág. 11).

Entre las razones de esta alteración en los mecanismos socializadores hay dos ejes discursivos claramente reconocibles que vertebran el sentir de las personas de edad media entrevistadas. De manera aproximada, esos dos ejes se podrían reconstruir del modo que sigue.

- a) En primer lugar, en la actualidad los padres están desatendiendo la educación de sus hijos. Y ello por dos razones, Por un lado, porque no tienen paciencia para educarlos como se les educó a ellos, circunstancia que atribuyen a un retroceso de la ética del sacrificio, a una cierta confusión de valores, a una mayor tensión psicológica derivada de las exigencias del trabajo o, sencillamente, a la incorporación de la mujer al mercado de trabajo. La consecuencia de ello es que los niños son cuidados, más que educados, por los abuelos o terceras personas. Ahí, por tanto, se produce el fallo en la transmisión de valores.
- b) En segundo lugar, en la actualidad hay una mayor confianza en los hijos, que es valorada positivamente, pero que en la práctica deviene en una elevada permisividad.

Esa permisividad se relaciona, también, con la falta de paciencia y la falta de criterios educativos claros. En última instancia, ese exceso de permisividad abona el terreno para la emergencia de actitudes hiperindividualistas y soberbias. Veamos, pues, todo esto en palabras de los propios actores y con algo más de detalle.

En primer lugar, como se ha indicado, están los grupos que sostienen que los padres actuales no tienen criterios o paciencia para educar a sus hijos: se cede a los deseos de los niños y no se les inculcan aquellos valores que garantizan la cohesión de la comunidad:

“Hemos llegado a un punto de a ver quién es el más fuerte y eso es lo que se está perdiendo: la comunidad. El niño llora, toma; el niño quiere, toma; el niño tal y cual, es un comecocos” (Grupo 5, pág. 6).

Además, tanto los varones como las mujeres añaden a lo anterior la circunstancia o el hecho de que, como consecuencia del incremento del número de divorcios o la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, un elevado número de niños no están siendo educados por sus padres, sino por los abuelos u otras personas:

“Hay muchas parejas que están divorciadas, una gran mayoría de parejas divorciadas. Entonces, se hacen cargo de los nietos el abuelo o la abuela, durante toda la semana. Luego, el domingo le toca al padre y viven con la madre. Entonces, yo veo muchos abuelos también relacionándose con los nietos y son los que están educando a los nietos, eh. No son la gente de una edad de 30 ó 40 años, son personas a lo mejor con 70 años quienes están educando a ese niño” (Grupo 3, pág. 14).

Así las cosas, no se sorprenden de que más que educar, lo que se hace sea simplemente cuidarlos (según las mujeres) o aguantarlos (según los varones):

“Más que educando, están cuidando” (Grupo 3, pág. 14).

“Pero porque los abuelos no educan, no tienen la responsabilidad de educar” (Grupo 3, pág. 14).

“Es que hay un porcentaje muy grande que no están educados por los padres, están educados por abuelos, los abuelos aguantan, no tienen la obligación de educar” (grupo 5, pág. 7).

La ausencia de “naturalidad” en el proceso descrito (a ellos les parece que lo lógico es que los niños sean educados por sus propios padres) les lleva a concluir (no sin un cierto sentimiento de culpa) que ahí se encuentra la razón de muchos de los problemas existentes en las relaciones sociales actuales, particularmente en las relaciones intergeneracionales. Abuelos y cuidadores no educan bien porque son más permisivos y los niños no se forman adecuadamente. El dilema consiste, por tanto, en autoculparse culpando a otros (los mayores):

“Cuidan y miman y de ahí vienen los problemas” (Grupo 3, pág. 14).

“En general, son mucho más permisivos con los nietos que con los hijos” (Grupo 3, pág. 14).

En segundo lugar, tanto los varones como las mujeres de edad media indican que en la actualidad hay más comunicación y confianza entre pares e hijos, algo que también habían señalado los jóvenes anteriormente:

“Sí, tienen más libertad para hablar con nosotros” (Grupo 3, pág. 16).

“Yo, con mi padre nunca he tenido una conversación de tú a tú” (Grupo 5, pág. 8).

“Yo, por ejemplo, yo con mi padre nunca he hablado y para mí lo de mi madre lo he llevado mejor que con mi padre” (Grupo 5, pág. 2).

“En cuanto a mí personalmente yo con mi padre nunca tuve confianza y yo veo que ahora mis sobrinos pequeños tienen ahora otro tipo de relación con mis hermanos. Yo creo que en ese sentido sí que ha cambiado bastante” (Grupo 5, pág. 4).

Las mujeres de edad media incluso llegan a afirmar que esa confianza en sus hijos es tal, que casi se entienden mejor con ellos que con sus padres, las personas mayores.

Al afirmar esto, no ha faltado el recuerdo del modo como ellas fueron educadas:

“Yo me hubiera callao, me hubiera quedado con la...

Mi madre no me lo hubiera consentido.

Nosotras somos las primeras que chocamos con nuestros padres.

Chocamos más con nuestros padres y cuando choquemos con nuestros hijos, los podemos entender mejor; pero tú a tu madre ese vestido jamás se lo hubieses pedido” (Grupo 3, pág. 5-6).

Los varones de edad media, al igual que las mujeres, manifestaron en el transcurso de los grupos de discusión que con sus hijos son más permisivos de lo que sus padres fueron con ellos:

“Hay una circunstancia que una generación y otra, es la cosa que tenemos o que no teníamos, porque ahora la generación que viene ahora, yo lo que decía antes, yo nunca tuve una bicicleta, pues ahora mi hija con 11 años tiene la televisión en el cuarto, televisión, DVD, ordenador, walkman, no sé qué, quiero decir que...” (Grupo 5, pág. 8).

“Sobre todo, porque entre los padres y los hijos, no se da en todos los casos, pero yo creo que hay mucha más permisividad que comprensión” (Grupo 3, pág. 1).

Esa mayor permisividad constituye el centro, pues, del dilema. Para algunos es algo que debe ser atajado, habida cuenta de que su principal consecuencia es que los jóvenes son así mucho más individualistas y soberbios:

“Yo cuando era joven buscaba amigos de mi edad, me iba a la calle, al río a tirar piedras, a hacer..., a jugar en equipo a otras cosas y ahora son individuales” (Grupo 5, pág. 8).

“Crean que lo saben todo, a mí me pasaba que con 18 crees que lo sabes todo y ahora me pasa lo mismo, que estamos tontos. Yo tengo a mi cargo chavales de 25, 23 años y les dices las cosas

y te toman por tonto, pero bueno que yo no me he caído de un pino, te lo estoy diciendo porque lo sé, porque, pero estamos así, la lástima y hasta que no se lastiman ellos no hacen caso o sea, lo hablábamos antes, no hacen caso, y punto pero por que sí, por norma" (Grupo 5, pág. 11).

Para otros, más frecuentemente las mujeres, es algo necesario que debe ir acompañado de un fuerte componente de comprensión, pero que sólo funcionará si hay una aceptación de los procesos de individualización de sus hijos:

"Entonces, están viviendo en otro mundo, otra serie de ideas, de formas de vivir, de consumismo, de, de una serie de cosas que hace también que nos volvamos más individualistas, más egoístas, más cada uno vive su vida, yo me voy a vivir mi vida" (Grupo 3, pág. 8).

Quizás este carácter más comprensivo de las mujeres guarde relación con el hecho de que ellas, más que los chicos de su misma generación, vieron sus proyectos de vida más coaccionados por las actitudes poco flexibles de sus padres:

"Antes se hacía así, antes no se tenía vida propia y sobre todo las mujeres..." (Grupo 3, pág. 10).

De manera tal que, en la actualidad, han enfocado la educación de sus hijos e hijas en términos de rechazo, entendiendo que justamente aquellos modelos autoritarios es lo que hay que evitar:

"Si tú tenías que dormir con tus abuelos, calladita y punto. Hoy en día una niña de 15 años no puede le puedes pedir eso, porque hoy en día una niña de 15 años lo que tú has empezado a saber a los 30 y, entonces, requiere más su independencia" (Grupo 3, pág. 8-9).

"Tú has aprendido que tú no tienes que dejar hacer eso o sea tú no vas a hacer eso con tus hijos porque sabes que si a tus padres les molestaba y a ti te molesta, creo que, cuando cada uno salimos de nuestra casa es dejarnos vivir la vida a cada uno" (Grupo 3, pág. 9).

2.2.3. Los dilemas en la relación con sus padres.

La mayor parte de la discusión grupal con personas de edad media estuvo dominada por el debate en torno a las relaciones intergeneracionales de los jóvenes. Fue ese el tema que espontáneamente se suscitaba una vez que el moderador instaba a los componentes del grupo de discusión a comentar sus impresiones sobre las relaciones entre personas de distintas edades en la sociedad actual.

Al introducir en el debate de los varones de edad media la cuestión de las relaciones con los más mayores, de nuevo y de manera inmediata volvía a surgir otro dilema. Se discutía, en este caso, si la mejor opción para sus mayores era el internamiento en una residencia. Las posiciones se dicotomizaron fuertemente: mientras unos se oponían radicalmente al internamiento en una residencia, otros están convencidos de que esa era la mejor opción.

Los que se oponen al internamiento de sus padres en una residencia indican que se trata de algo indigno de lo que se sienten incapaces y aducen numerosos ejemplos de personas que han usado este tipo de servicios con un notable grado de insatisfacción:

"Hombre, yo, mi padre nunca va ir a la residencia, siempre va a estar conmigo, yo sería incapaz de llevarlo" (Grupo 5, pág. 17).

"Yo conozco a gente que vive en una residencia y te dicen que una mierda..." (Grupo 5, pág. 20).

En cuanto a los que se muestran partidarios de las residencias, manifiestan que esa medida debe ser vista con normalidad, pues cuando uno ya no puede valerse por sí mismo lo mejor para toda la familia es que esté atendido por profesionales en un establecimiento para personas mayores. De lo contrario y en honor a la verdad, afirman los que así opinan, en el domicilio de sus hijos pasan a convertirse en una molestia.

“Yo, a mis padres se lo he dicho y a mis suegros también: en mi casa no van a estar cuando sean mayores (...) Considero que la gente tiene que estar en su casa mientras pueda y cuando no pueda, pues a una residencia. Pero eso no significa que haya que olvidarlos” (Grupo 5, pág. 19).

“Sí, lo normal es la residencia, porque molestan en casa” (Grupo 5, pág. 17).

“En definitiva, donde mejor están cuidados es en una residencia” (Grupo 5).

Los que dicen preferir las residencias para las personas mayores señalan que estos centros son más adecuados por la atención y el cuidado profesional que allí se ofrece, pero, además, suponen un gran alivio de tareas domésticas para sus mujeres, que son quienes, al fin y al cabo, se ocupan casi de manera exclusiva del cuidado de los mayores cuando están en el hogar de los hijos:

“El caso es que quien carga con el mochuelo son las mujeres” (Grupo 5, pág. 20).

Los que se muestran contrarios al internamiento residencial no se separan de un argumento que resulta central. Llevar a los padres a una residencia es romper bruscamente con el principio de reciprocidad paterno-filial, es una actitud insolidaria que soslaya la atención y el cuidado que toda persona ha tenido de sus padres en las primeras etapas de su vida:

“Para nada, para nada, tú cuando eras pequeño y querías comer ¿quién te daba de comer? (...) Igual que te han cuidado a ti ellos, los tienes que cuidar tú a ellos. ¿Que a ti te gustaría que tus hijas te abandonaran en una residencia?” (Grupo 5, pág. 19).

Claro que ese principio de reciprocidad paterno-filial no es interpretado del mismo modo por todos los entrevistados. Si para los detractores de la residencia, los mayores deben ser atendidos por sus hijos del mismo modo que estos últimos fueron atendidos por sus padres cuando eran niños, para algunos de los defensores de ingresar a los mayores en estos establecimientos lo relevante no es que sus padres les cuidaran cuando eran unos niños sino que en la actualidad, cuando ellos están abrumados por el trabajo y otras exigencias, estos padres no colaboran en el cuidado de los que hoy son sus nietos:

“Perdona, pero si a ti no te recogen cuatro veces al día el nene del colegio, por ejemplo, mientras tú llegas a tu casa, que no te digan luego que tú tienes que estar todo el día a disposición de ellos cuando sean mayores” (Grupo 3, pág. 21).

“Si los abuelos quisieran implicarse en colaborar con sus hijos a cuidar a sus nietos, los nietos tendrían un cariño y una relación con ellos que no estaría como está ahora. Entonces, yo por ejemplo en mi caso que tuve que pagar a una persona, que la gente me decía: ‘Es que no tienes a tus padres aquí’. ‘Claro que los tengo’. ‘Ah, que serán mayores’. ‘Pues no’ (...) Que no, es que estaban muy ocupados, con sus enfermedades, con sus no sé qué, que no tengo tiempo y estaban delante de la tele. Entonces, claro, cómo quieren ahora mis padres que mis hijas tengan una relación, constante con ellos y además dicen: ‘Bah, como tu madre no me va a querer cuidar, ¿vosotras me cuidaréis verdad?. Sí, una porra por encima de mí” (Grupo 3, pág. 19).

Consideran que cuando se interna a una persona mayor, dejar de visitarle y olvidarse de él es cosa de meses:

“Si lo dejas, irás el primer mes dos veces; y al segundo, una; y al mes siguiente, ya te lo pensarás” (Grupo 5, pág. 20).

“Depende de quién sea el abuelo y la abuela, si viene de la parte del hombre o de la mujer, si es la parte del hombre y ahora hay que ir a ver a la abuela y no podemos ir al fútbol, y al final lo prolongas y luego” (Grupo 5, pág. 20).

Por ello, creen que lo mejor es gestionarles un apoyo para que puedan seguir viviendo en su propio hogar, algo en lo que también se mostraron muy de acuerdo un buen número de mujeres, conscientes quizá de que siempre ellas cargan con la peor parte:

“Buscas a alguien para que esté en su casa, porque me imagino que ellos estarán mejor en su casa que en una residencia” (Grupo 5, pág. 20).

“Antes ocurría precisamente eso, que había menos sitio y precisamente la gente se hacía más cargo de la familia y, a lo mejor, tenía la habitación, la compartían los abuelos y la nieta, por ejemplo o un sofá-cama. Ahora se les busca un piso cerca y se les mete una asistenta” (Grupo 3, pág. 8).

En su relación con los mayores, las personas de edad media, generalmente las que se encuentran en situación laboral activa, aún se vieron atrapadas por otro dilema más: el tiempo que dedican a sus mayores. Este dilema cobra fuerza toda vez que afirman conocer sus motivaciones y necesidades personales muy directamente, circunstancia inimaginable entre los jóvenes, que se mostraban mucho más alejados de los mayores. Así pues, conocen sus aficiones, son conscientes de sus necesidades de afecto e interacción:

“Les gusta echar una partida a las cartas con gente joven y hablar con ellos” (Grupo 5, pág. 25).

“Había chavales de 16 años hasta abuelos de 80 años y si vieras a la abuela de 80 años que estaba mala en casa sacarla a bailar (...) pegaba unos saltos de miedo” (Grupo 5, pág. 25).

“El afecto, conversación o atención” (Grupo 5, pág. 18).

“Yo pienso que sí, que con tal de que les digas ¿qué tal, cómo te encuentras? Y les das un poquito de atención y tal, pues se inflan. Yo creo que solamente necesitan eso, si de ver lo que han pasado a como están ahora, pues yo pienso que sí. Que solo quieren un poquito de amor ¿no?” (Grupo 5, pág. 18).

Pero, inmediatamente chocan con la sensación de que no tienen tiempo para ello, consideración que les genera una cierta mala conciencia, inexistente entre los más jóvenes:

“O sea, todos, desde los pequeños hasta los mayores, necesitamos todos de todo. Lo que pasa yo creo es que no tenemos tiempo, particularmente repito no hay tiempo de hacer cosas” (Grupo 5, pág. 25).

“Nuestra generación es de lo más egoísta que existe” (Grupo 5, pág. 27).

“Se ha dejado de querer a la gente mayor” (Grupo 5, pág. 18).

2.2.4. Las relaciones mayores-jóvenes vistas por los padres.

La valoración que las personas de edad media realizan de la relación entre los mayores y jóvenes es muy distinta según se refiera al ámbito familiar o extrafamiliar, extremo que ya se pudo apreciar al examinar las opiniones de los jóvenes en el apartado anterior. Así, cuando se pregunta a las personas de edad media acerca de las relaciones entre sus padres y sus hijos, es decir las relaciones abuelos-nietos, la valoración es muy positiva si estos últimos aún no han llegado a la adolescencia. Aparece la idea de disfrute o goce, que como más tarde se verá, también será reconocida por las propias personas mayores:

“También disfrutaban del nieto, porque hay muchos (...) En nuestro tiempo el padre trabajaba y no lo veían casi y, ahora, por ejemplo, un abuelo más que un hijo porque lo están disfrutando. Dicen: ‘Yo mi hijo, con 6 años es que no lo disfruté o con 10 años y yo ahora estoy disfrutando de mi nieto un montón’. Que lo malcría o no lo malcría, habrá de todo” (Grupo 3, pág. 15).

Ahora bien, en el momento que el niño se convierte en adolescente, un gran abismo comienza a abrirse entre las personas mayores y los jóvenes. Este abismo es inicialmente menos perceptible en

relaciones intergeneracionales familiares que en las extrafamiliares. La etapa de adolescencia, de afirmación dramática del yo, por tanto, supone un incremento del alejamiento incluso en el espacio de las relaciones intergeneracionales entre abuelos y nietos:

“Los que más chocan, para mí, son las personas muy mayores, muy mayores con las más jóvenes porque si los muy mayores a los de esta edad más o menos, es difícil que nos entiendan, a los más jóvenes que en muchas ocasiones ni siquiera, nosotras sabemos que es fácil que con una quinceañera no nos entendamos” (Grupo 3, pág. 5).

“El caso es que la mayoría de, de gente mayor, aunque hayan evolucionado no llegan a comprender exactamente la forma de ser de los (...) A ver, sobre todo los adolescentes o los que empiezan a irse de casa” (Grupo 3, pág. 1).

2.3. Las amas de casa tradicionales.

En este apartado, se examinan los resultados obtenidos en un grupo de discusión con mujeres de 45 a 55 años dedicadas a las tareas del hogar. Como en el apartado anterior, se trata de personas de edad media (en este caso, un tanto más alta o madura), que por tanto ocupan una cierta posición central en el espacio de edades de la estructura social.

Su perfil de ama de casa tradicional ha hecho aconsejable una explotación separada de los datos de este grupo.

El tono resignado es una permanente en el discurso de las amas de casa tradicionales y está directamente relacionado con la obligación aceptada de hacerse cargo de todo el trabajo familiar no remunerado (trabajo doméstico y trabajo de cuidado). No es de extrañar, por tanto, que estas mujeres se autodefinan como “trabajadoras sin nómina” al tiempo que insisten en que no son personas dedicadas a “sus labores” sino a “las labores de todos”. Este matiz ya es un indicio de lo que va a ser su percepción básica en materia de relaciones intergeneracionales. Como ha señalado Beck, “el trabajo familiar no pagado se asigna, según el croquis de la vieja sociedad industrial, como la dote natural que se aporta al matrimonio. Quien lo acepta, y ya sabemos quién es, maneja dinero de ‘segunda mano’ y depende siempre del matrimonio como lazo de unión como el autosustento” (Beck, 1998: 53).

2.3.1. La bisagra intergeneracional.

Las amas de casa tradicionales se consideran las auténticas garantes de las relaciones intergeneracionales en una sociedad que también ellas reconocen fuertemente segmentada por edades. Así, la familia pasa a ser, para este público, el único reducto de relaciones intergeneracionales, y ellas, las últimas responsables de su fomento y cuidado.

“Somos las que más nos relacionamos con los unos y los otros”(Grupo 2, pág. 3).

“Nosotras, con esta edad, sí que tenemos más relación con los más mayores, con los jóvenes y con los pequeños” (Grupo 2).

Fuera de toda exaltación familista, su carácter de bisagra lo viven con importantes dosis de agobio, desesperación y resignación:

“Tienes que estar pendiente de tu madre porque necesita de ti, de tus hijos porque necesitan de ti, y de todos a la vez. O sea, que te digo que estamos en medio” (Grupo 2, pág. 10).

“Yo, a veces, he pensado cosas que no sé si debería (...) porque son muchas cosas” (Grupo 2, pág. 18).

Son conscientes de que el cambio social de las últimas décadas ha introducido en su proceso biográfico un doble perjuicio. Cuando eran jóvenes eran “esclavas” de sus padres y en la actualidad

son "esclavas" de sus hijos y, de nuevo de sus padres, que al encontrarse en edades avanzadas necesitan del cuidado de sus hijas.

"Nosotras, pues no hemos tenido la independencia económica, no hemos trabajado por ahí, hemos estado en casa, hemos estado más con los padres, con los abuelos" (Grupo 2).

"Pues, claro, todo este cambio que a nosotros nos tendrían que hacer un monumento porque lo hemos sabido aguantar y soportar y llevarlo para delante" (Grupo 2, pág. 8).

"Nosotras, hemos vivido reprimidas" (Grupo 2).

Así, tienen la sensación de haber sido el soporte para los diversos cambios sociales y de haber realizado un esfuerzo para educar a sus hijos de modo completamente diferente a como ellas fueron educadas:

"Les hemos dado todo lo mejor que hemos podido" (Grupo 2).

"Desde pequeños los hemos enseñado que sean independientes" (Grupo 2).

"Nos ha tocado el cambio de que los hijos estudien, nos ha tocado el cambio de la vivienda" (Grupo 2).

Son conscientes de que constituyen una especie de "reserva estructural de trabajo doméstico", y de que se encuentran en una encrucijada de cambio en la que les ha tocado la peor parte: no pudieron tener un proyecto de vida cuando eran jóvenes, puesto que eran mujeres y eso les estaba vedado, y ahora tienen que ocuparse de los más mayores, tienen que tener a sus hijos en situación laboral activa pero no emancipados en su hogar, o tienen que hacerse cargo de sus nietos (porque sus hijas o esposas de sus hijos, trabajan fuera del hogar). Con todo ello, no es de extrañar que, para su escaso tiempo libre, prefieran también relaciones homoetarias:

"Yo, cuando salgo, salgo con gente de mi edad" (Grupo 2).

2.3.2. *Las relaciones con sus hijos.*

Las relaciones de las amas de casa tradicionales con sus hijos varían en función de la edad y situación laboral de los mismos. En cualquier caso y a grandes rasgos, estas mujeres coinciden en una idea central: sus hijos son mucho más independientes e individualistas, si bien algunas participantes en el grupo de discusión fueron capaces de diferenciar la tendencia individualizante de cualquier consideración de tipo moral:

"Ellos son muy suyos" (Grupo 2).

"Son muy individuales, se dedican sólo a sus cosas, a su mundo" (Grupo 2).

"Son muy independientes y muy egoístas por muy buenos que sean, porque tienen otra manera de ver las cosas" (Grupo 2, pág. 3).

Respecto a aquellos que tanto si se encuentran estudiando en la universidad como si trabajan, siguen viviendo en el hogar paterno, el aspecto en el que más insisten las entrevistadas es la sensación de que sus hijos viven al margen de ellas y de que sólo acuden a ellas en caso de necesidad:

"Separan a los padres y ya sólo, como han dicho aquí, sólo somos unas personas físicas que estamos ahí para apoyarles en lo bueno y en lo malo y echar mano de nosotros como cuando necesito un diccionario. En los problemas gordos pues vienen a nosotros pero si son problemillas de ellos se le quedan a ellos mismos y entre ellos quedan, y ni nos enteramos" (Grupo 2).

Así, pese a que viven en el hogar paterno, la comunicación con ellos está restringida y ellas ni saben ni pueden acceder al universo interior de sus hijos, que se comportan como si su vida tuviera lugar fuera del ámbito familiar:

“No cuentan nada” (Grupo 2).

“Entonces, ellas se cuentan sus cosas y viven en su mundo. Entonces nos separa un poco, inconscientemente, y nos separan” (Grupo 2).

“Su vida (de su hija) está fuera, ella vive cuando sale de casa” (Grupo 2).

“Con sus amigos sí tienen buen rollo” (Grupo 2).

Frente a esa indiferencia emocional con la que son tratadas por sus hijos, ellas deben ocuparse de todas sus necesidades de alimentación, limpieza del hogar y la ropa, e incluso apoyo económico. O dicho de otro modo, estas mujeres piensan que se encuentran en una situación tal que sus hijos pueden disponer y apoyarse en ellas a conveniencia, aunque ellas ni se pueden apoyar en ellos ni se sienten aliviadas por su colaboración en las tareas del hogar:

“Prepararles la comida, lavar la ropa” (Grupo 2).

“La que está para ellos soy yo” (Grupo 2).

“Ha coincidido que mi hija compró la casa al lado mío, la pequeña arriba o sea, vivimos en el mismo bloque y eso, pues, ellas viven su vida, son independientes para lo que quieren y para lo que no, no les interesa, ahí está la mamá. A la, la mamá (...). O sea que sí que nos relacionamos y bien pero ellas son muy suyas, lo mío es de ellas y o sea lo mío es de ellas y lo de ellas es suyo” (grupo 2).

Así pues, se comportan como si estuvieran en un hotel. El hogar familiar es el lugar donde se come y se duerme. Pero no el lugar donde se interacciona con los demás y donde se coopera:

“Toman la casa como hotel: ‘aquí hay una casa, pero yo vivo cuando salgo de aquí’. Esto es un hotel aunque ellos tengan su piso pero bueno, viene a mi casa y se queda a estudiar, incluso se levanta y está muy cansada porque corriendo a la Facultad, a tomarse un cigarro la que fuma y la otra no, (...) lo que sea, no quitan ni el plato y hablan lo menos posible o sea, te cuentan lo menos posible de lo que es la vida que ellos hacen, en su trabajo” (Grupo 2).

Esta sensación de que sus hijos viven al margen de ellos pese a encontrarse en el mismo hogar familiar es agudizada por el uso que los jóvenes hacen de sus habitaciones. En ellas disponen de todo lo que se puede necesitar: televisión, ordenador, teléfono, mesa para estudiar y posibilidad de estar allí con amigos o amigas. Lo necesario para consolidar la separación de los demás miembros de la familia:

“Se mete en su habitación y se aísla” (Grupo 2).

“Tienen su televisión, se ponen sus películas, se conectan a Internet” (Grupo 2).

Así, la habitación individual equipada permite la creación de un espacio individual y consolida la ruptura intergeneracional. Este cambio en la disposición de los espacios del hogar es uno de los aspectos en los que insistieron las amas de casa tradicionales, que en una muestra más de resignación llegaron a afirmar ser culpables del comportamiento de sus hijos en el hogar paterno:

“Antes en una habitación se meían dos o tres hermanos” (Grupo 2).

“La habitación la teníamos siempre compartida con el hermano...” (Grupo 2, Pág. 8).

“A lo mejor se encierran porque nosotras, cuando tienen un año o dos, les ponemos la alfombra en su habitación y se la llenamos de juguetes (...) luego tienen quince años y les compras un aparato de música, más tarde el ordenador...” (pág. 6-7, Grupo 2).

Por último, respecto a aquellos hijos que ya han abandonado el hogar de los padres. En este sentido, se señala que la emancipación y, sobre todo, la paternidad o maternidad les vuelven más comprensivos hacia los padres, si bien también recurren a ellas para el cuidado de sus nietos.

2.3.3. Las relaciones con las personas mayores.

El otro gran grupo en la vida de las amas de casa tradicionales son las personas más mayores, es decir sus propios padres. Aunque aparentemente se han resignado a su cuidado, la dedicación a los mismos les genera un elevado grado de estrés, sobre todo si se trata de personas en situación de dependencia y con una necesidad de atención permanente:

“También nos toca cuidar de los mayores (...) te amargan la existencia” (Grupo 2).

“Y ellos se encuentran pendientes de que nosotros les solucionemos sus problemas” (Grupo 2).

La convivencia con las personas mayores la describen hartos problemática habida cuenta de que la edad y la situación en que se encuentran les ha vuelto cómodos y egoístas y la convivencia con ellos resulta difícil. Así, se desprende de los calificativos a los que recurrieron para describirlos:

“Se ha vuelto una persona muy cómoda, tienes que estar encima de ella” (Grupo 2).

“Bueno, ya te digo, en este caso, superegoístas, que yo, yo, yo y yo y tú tienes que estar detrás del yo” (Grupo 2).

“A los mayores les molesta todo” (Grupo 2).

En cuanto a las relaciones de los mayores con sus nietos, éstas son consideradas por las amas de casa tradicionales muy frías. Estas mujeres consideran que hay un choque cultural importante entre sus padres y sus hijos. A los primeros, los ven quejarse de la escasa atención y cariño de sus nietos:

“No hace más que decirme que no vamos a visitarla” (Pág. 9, Grupo 2).

“Siempre está: ¡qué pena que no venís a visitarme!” (Pág. 10, grupo 2).

A los segundos, como ya se ha indicado, los ven centrados en sus estudios o trabajo y relacionados únicamente con sus amigos.

“El trabajo que tienen les tiene muy ocupadas y en su vida, no tienen otra cosa, eso es lo que yo veo porque yo tengo a mi madre y a mi suegra siempre diciéndome: Pero las nenas ni me llaman, es que ni las veo. Es que tengo una foto para acordarme de su cara’. Se relacionan poco, por ejemplo, la gente más joven con la más mayor y con los padres se relacionan como les interesa” (Grupo 2).

2.4. Las personas mayores.

Las personas mayores, categoría en la que se unifica la información procedente de un grupo de discusión con mayores de 65 años con estudios superiores y de otro grupo de discusión con mayores de 65 años con estudios básicos, presentan trayectorias vitales y experiencias de socialización muy diferenciadas, pero coinciden sustancialmente en su diagnóstico de la sociedad actual en cuanto a relaciones intergeneracionales.

Ambos grupos son conscientes de las profundas transformaciones que ha vivido la sociedad y señalan la necesidad de adaptarse al nuevo entorno y buscar nuevas vías de entendimiento:

“Se ha transformado la vida de una manera que todo ya es distinto” (Grupo 6, pág. 4).

“Hay un bache grande entre nosotros y ellos” (Grupo 4, pág. 13).

“Los tiempos han cambiado y las relaciones han cambiado y es lógico” (Grupo 4, pág. 8).

“Y queremos mantener nuestra estructura social en un mundo que nos desborda. Es que es imposible. Entonces habrá que buscar otros caminos. Habrá que establecer otras rutas, otras vías” (Grupo 4, pág. 14).

“Sabemos que está todo lo de casa, que los mayores no estamos de acuerdo en muchas cosas pero las tenemos que aceptar” (Grupo 6, pág. 3).

Ahora bien, aquellos con estudios básicos son más escépticos e insisten en la idea de que el camino emprendido es irreversible y el entendimiento intergeneracional no es fácil:

“Hemos llegado a un extremo que es muy difícil enderezar el camino” (Grupo 6, pág. 4).

2.4.1. *Los fallos en la dinámica socializadora.*

La principal percepción que tienen estas personas, tanto los mayores con estudios superiores como los que tienen estudios básicos, de las relaciones intergeneracionales hace referencia a los problemas de las familias en la educación de los hijos. Así, mientras unos insisten en que los padres no han ejercido una tutela real de sus hijos, otros señalan que los padres no han sabido inculcar la idea de respeto hacia los mayores:

“Yo creo que es que estamos en un colectivo en donde el sentido de la familia nuclear lo hemos vivido y lo hemos transmitido de alguna forma a nivel nuestro, de esto subsiste. Yo creo que si nos desplazamos ya de una forma más extensa, es decir, a lo que pudiera ser la relación de la familia, no ya de nosotros, sino de la sociedad en general yo creo que es una relación muy pobre. Es decir, nosotros hemos, los siete de aquí, siete, ocho, hemos tutelado mucho a nuestros hijos, nuestros nietos y estamos ahí pero si nos vamos nosotros a un análisis externo yo creo que la disensión, la disparidad que hay entre padres e hijos es muy fuerte” (Grupo 4).

“El respeto es lo principal de la persona, sobre todo del pequeño al mayor y lo principal, lo principal es el respeto a la familia. La familia es primordial. Todos tienen que respetarse, mutuamente. Si hay ese respeto a la familia, en la calle existe ese respeto” (Grupo 6, pág. 1).

Las personas de más de 65 años que participaron en los grupos de discusión han coincidido al señalar que la autoridad ha dejado de ser el principio ordenador de las relaciones sociales, tal y como lo fue en las fases de socialización de sus vidas:

“Nosotros vivimos desde un sistema de autoridad” (Grupo 4).

La pérdida del principio de autoridad ha conducido a una situación de libertinaje que ha terminado afectando a un buen número de criterios de organización de la vida social. Los que han desafiado ese principio de autoridad como criterio de organización social son las generaciones jóvenes, que han abandonado o alterado las normas de urbanidad y comportamiento con los mayores o los horarios para los tiempos para el ocio y las comidas:

“Entonces, había un principio de autoridad y creo que se ha pasado a un principio, el contrario de autoridad que (...) podríamos llamar libertad. Lo que ocurre es que creo que se llega a unos límites de excesiva libertad donde se desentiende uno del concepto de libertad pues para llegar al libertinaje o para decir: ‘Aquí cada uno hace lo que le da la gana’ o ‘Yo no acepto ningunas normas’ y (...) se ha ido a alguna situación completamente opuesta. Yo pienso que hoy día en general, la generación siguiente o las dos siguientes a nosotros, el despiorre (...) que existe, eh, pues es muy grande. Es decir, no se respetan unos criterios de horarios, no hay unos criterios de normas lógicas, la convivencia va a exigir que por el día vivamos y por la noche durmamos (...) Entonces, se llega a una serie de ritmos que descompensan totalmente la vida social y creo que eso supone un exceso de libertad, un ir cada uno por su lado y eso al final supone libertinaje” (Grupo 4).

Así, pese a que de estos jóvenes valoran la sensación de libertad en la que se han educado y la naturalidad con que han enfocado sus relaciones con los demás, inmediatamente advierten de que esa libertad ha sido tomada en exceso:

“Yo encuentro que tiene, hoy en día la juventud muchas cosas buenas y otras no tan buenas. Me encanta la libertad que tienen para sus trabajos, para dirigirse a las personas, para defenderse ellos mismos, cosa que yo cuando pequeño no tenía, porque siempre teníamos un respeto tal a las otras personas, no, no era respeto era miedo y eso nos impedía un poco dirigirnos a ellas libremente, cosa que hoy día lo hacen los jóvenes con toda naturalidad. Eso me encanta” (Grupo 6, pág. 1).

“Hay exceso de libertad. Ha venido de golpe” (Grupo 6).

“Los jóvenes se han pasado, se han pasado en todo (Grupo 6, pág. 14).

“Lo que piden ellos, se cede porque se cree que se les tiene que dar la libertad que no nos han dado a nosotros” (Grupo 6, pág. 12).

El resultado ha sido doble. Por un lado, se ha producido una pérdida de respeto por parte de los más jóvenes en sus relaciones intergeneracionales con personas de mayor edad:

“Hay otras cosas que no me gustan, por ejemplo, la falta de respeto. No es que yo quiera que haya un respeto riguroso hacia las personas mayores, pero un mínimo hacia las personas mayores yo pienso que sí y más que si las personas mayores (inaudible) a los jóvenes. A ver si me comprendes... Lo que pasa es que hoy día la gente, la generación actual está degenerando un poco, no sé si es debido a la prensa, a los programas televisivos pero veo que hay demasiado pasotismo. Hay jóvenes que son formalísimos y se dedican a los estudios, que es una minoría. Hablando en general no me gustan los derroteros que está tomando la juventud actual. Debido a eso, al pasotismo, no respetar leyes ni de circulación, el trato hacia otras personas, hacia ellos mismos, enseguida está la bronca, está la tal, está el sacar navajas. Siempre ha habido follones entre generaciones, yo recuerdo que yo no le comprendía a mi padre. Mis padres a mi tampoco me comprendían, yo para ellos era algo raro porque mis pensamientos eran perfectamente opuestos a los de ellos debido al cambio de generación. Sin embargo, en lo que se refiere a respeto, yo encuentro que era, era muy bonito. El respeto de la persona joven tiene cierto respeto a la persona mayor, sin ser un vasallaje” (Grupo 6, pág. 1).

Y por otro lado y como efecto más indirecto pero igualmente relacionado, se ha producido una debilitación de las vinculaciones entre las personas:

“Hoy se juntan y luego se desajuntan” (Grupo 6, pág. 2).

“El matrimonio cada vez dura menos” (Grupo 6, pág. 4).

Así, el espacio de las relaciones sociales ha perdido intensidad y calidad relacional, tanto en el plano vertical (intergeneracional) como en el horizontal (intrageneracional).

Las vinculaciones son más flexibles y precarias.

2.4.2. *Las relaciones con las generaciones jóvenes.*

Las relaciones con la gente joven son poco frecuentes, pero cuando las hay son tremendamente insatisfactorias. Uno de los escasos espacios sociales en los que aún se produce el encuentro intergeneracional es el transporte público y en la carretera.

Aunque se trata de escenarios en los que las relaciones intergeneracionales necesariamente han de ser fugaces y forzosas, son los ejemplos favoritos de las personas de mayor edad para fotografiar a la juventud. En el transporte público, los más mayores certifican lo que ellos consideran una pérdida de educación y la falta de respeto hacia ellos por parte de los más jóvenes que no ceden asiento a los más mayores. En la carretera, las interpretaciones de las señales y normas de circulación no son exactamente iguales:

"Hay demasiada libertad, si no libertinaje, y no tienen respeto por nada. Vas en un autobús y no te hacen sitio. Eh, a lo mejor vas conduciendo y si uno detrás está muy junto pues a veces, incluso sueltan una palabrota, es una mujer y esas cosas la verdad es que no. No, eso no me gusta, no" (Grupo 4).

"Nosotros vamos en un autobús y, como han dicho antes, y estamos padeciendo de no podernos levantar pero entre nosotros pensamos: '¿Por qué no se levanta esta criatura?'. Con los 18 años, 20 años y ahí está, no hace caso. Aunque lleve un gaiato, que el hombre (...) O sea que esa es mi opinión. Es distinto y es muy difícil enderezar esto..." (Grupo 4, pág. 4).

Los que en su vida profesional se han dedicado a la enseñanza indican que en los últimos años de dedicación profesional ya percibían los efectos de esa pérdida de respeto en la indisciplina y falta de interés de alumnos:

"Entonces, lo que antes, era decir: 'Siéntate'. Se sentaban. 'A ver, empecemos la clase' y te hacían caso. 'Entra y cierra la puerta', se levantaban, se sentaban, sacaban los libros, ahora nada. Están mirando por la ventana, mirando al compañero con esa cosita y eso, la verdad es que, hace perder a uno la moral y las ganas de trabajar" (Grupo 4).

Acusan de todo ello a la excesiva permisividad de los padres y a la condescendencia con que la opinión pública ha saludado las subculturas juveniles que encarnaban valores antisistema:

"Los padres tienen que ejercer más, o sea educar de otra manera que: 'No hagas esto que te castigo' pero tienen que darles libertad, pero educarlos que me parece a mí más importante" (Grupo 4).

"A mis nietas, eso que usted dice, no atienden, no obedecen, están en sus, con sus rollos. Yo tengo de todas las edades de 17, 15, de 16, ya hacia abajo. Bueno, lo que yo he oído es esto, en las aulas, mucho, mucho desastre" (Grupo 4).

"Los profesores se quejan de eso de los niños, pero que los padres apoyan a esos niños" (Grupo 4).

"Es que antes, por ejemplo, veías en las clases alumnos que sacaban sobresaliente y notable, digamos, ocho o diez en sobresalientes y notables o tal vez veinte pero es que ahora, lo saca uno si te lo saca y la conversación de los alumnos: '¿Cuántos suspensos te han puesto?' o '¿Cuántos insuficientes?'. 'Yo cuatro'. 'Yo seis'. 'Ah, yo todas' y se alegran, es que parecen tontos" (Grupo 4).

2.4.2. Las relaciones con sus nietos y sus hijos.

La dedicación a sus nietos la ejercen con agrado sobre todo cuando estos son pequeños y sus hijos o hijas les reclaman apoyo:

"Estoy casado, tengo dos hijas, una es religiosa, la otra está casada y tiene dos hijos y yo entre mis actividades placenteras y lúdicas que corresponde a la jubilación pues hay otra también placentera y lúdica que es ejercer de, de abuelo" (Grupo 4).

"Estoy casado, tengo tres hijos y dos nietos y también ejerzo de abuelo. Voy a recoger al mayor, el otro como vive más lejos, pues, de vez en cuando" (Grupo 4).

Sin embargo, apenas entran en la adolescencia, los grupos de pares, la televisión, las nuevas tecnologías y las subculturas imperantes les separan de sus abuelos y se gesta la escisión que va a tener como resultado un enorme cisma intergeneracional, una tremenda separación entre jóvenes y mayores:

"Estos niños de ahora son muy distintos, lo tienen todo más fácil que nosotros, pueden aprender las cosas mejor porque la televisión, los ordenadores, todo eso les enriquece más, en algunas cosas, puede que también les perjudique porque de sumar o restar o hacer logaritmos, a tener que coger ahora la maquinita y hacerlo más rápido, pues, posiblemente no hace que la inteli-

gencia trabaje de la misma manera pero llegan al mismo resultado y es más rápido también ¿no?. Yo creo que habría que cambiar un poquito la situación moderna actual donde sobre todo la gente joven, pero también los, no sé cómo..." (Grupo 4).

"Entre nuestra generación, nosotros de sesenta y tantos años y la generación de nuestros hijos de cuarenta y tantos y no de nuestros hijos de los hijos que hay por ahí de cuarenta y tantos años hay una disparidad muy fuerte porque los valores que nosotros considerábamos buenos y que creo que corresponden a una sociedad normal, esos están totalmente desvaídos" (Grupo 4).

En cuanto a las relaciones con sus hijos, en términos generales, y sobre todo entre aquellos con estudios básicos, las personas mayores no se sienten queridas por sus hijos:

"Porque la gente joven no quiere a sus mayores. ¡Que rollo! dicen. No es que no los quieran, me refiero, no es que no los quieran, es que no quieren, se despreocupan por completo. No quieren responsabilidades. No se dan cuenta que nosotros hemos trabajado toda la vida" (Grupo 6, pág. 20).

Esta realidad es percibida por la mayoría, si bien sólo algunos la aceptan. Un buen número de personas mayores excusa a sus hijos aduciendo que disponen de poco tiempo para ello ya que deben trabajar mucho:

"¿Y cómo quiere usted que se ocupen los hijos de los mayores si trabajan los dos?" (Grupo 6, pág. 21).

"El problema es ese, que trabajan las dos personas a tiempo completo" (Grupo 6, pág. 21).

"Ese es el problema, ese es el problema principal hoy en día. Tienen que trabajar los dos porque tienen que pagar el piso, tienen que pagar el coche y un sueldo para..." (Grupo 6, pág. 21).

De hecho y para fundamentar aún más la disculpa a sus hijos, se refieren a otro aspecto en el que ya insistieron las amas de casa, esto es, el efecto ciclo vital, según el cual, los hijos convergerán con ellos con el paso de los años:

"Conforme van pasando los años, los que tenían veinte años y hoy tienen treinta y cinco, cambia también su forma de pensar" (Grupo 6).

"Y vuelven, vuelven un poquito atrás y que todo ese libertinaje, esa locura, esas fantasías" (Grupo 6).

Así, las relaciones con sus familias atraviesan dos fases diferenciadas. En una primera fase, cuando aún no logran entenderse con sus hijos tienen unas relaciones satisfactorias con sus nietos, que en esos momentos aún no han alcanzado la etapa de adolescencia. Posteriormente, en la medida en que sus nietos crecen se produce un gran distanciamiento de ellos, al mismo tiempo que una convergencia con sus hijos:

"Nos comprendemos mejor con los hijos que con los nietos ¿por qué? Pues porque hay otra generación que son los nietos que tienen otros pensamientos muy diferentes al padre, más libres que el padre y más que se alejan de nosotros. O sea, conforme van pasando las generaciones, la diferencia es bastante" (Grupo 6, pág. 24-25).

3. Los síntomas del declive de las relaciones intergeneracionales.

Establecido ya el diagnóstico según el cual, los diversos grupos de edad se avienen a la tesis de que las relaciones tienen un carácter homoetario y que las intergeneracionales se encuentran seriamente afectadas por este proceso, en este apartado se realiza un análisis global de los síntomas de lo que se considera como un declive: se enumeran y examinan con detalle los aspectos transversales clave que los actores han propuesto como reflejos de la ruptura intergeneracional.

En concreto, son los siguientes:

- La pérdida del diálogo familiar,
- La progresiva desaparición de los encuentros intergeneracionales familiares,
- La dispersión de los intereses y la falta de un lenguaje común,
- El deterioro de la comunicación personal,
- La reducción del número de espacios de interacción comunicativa,
- La pérdida del respeto,
- La desorientación y permisividad con los adolescentes,
- El descuido de los niños,
- La reclusión de los mayores.

3.1. La pérdida del diálogo familiar.

Al hablar de pérdida de diálogo familiar, se hace referencia a una cierta conversación espontánea entablada entre padres e hijos.

“Los jóvenes estamos teniendo cada vez más libertad, la vida se hace más fuera de casa que dentro de la familia, la familia a lo mejor, lo que es esto de la familia, los mayores, las conversaciones, se están perdiendo más y yo creo que por eso vamos, no sé a lo mejor los jóvenes hoy en día tenemos menos relaciones, no estamos acostumbrados a tener una conversación con nuestros padres o con personas mayores o con otras personas” (Grupo 7. pág. 2).

“Se pierde diálogo en casa” (Grupo 2).

“Siempre están igual, déjame oír la tele que estoy oyendo” (grupo 2).

“Hoy en día la gente joven, es que, como te descuides no sabes ni con quien andan, quienes son los amigos” (Grupo 2).

“Les tienes que preguntar. Y si te lo dicen, porque mi hija ahora está, ella es odontólogo y ahora está haciendo muchos cursos de reciclaje y tal, pues tengo yo que sacarle las palabras con (inaudible), no sé : Y nene ¿qué es lo que vas a hacer?. Y ¿nena que..?. ¡Mamá! y siempre con prisa” (Grupo 2).

Lo mismo ha sido señalado por los varones adultos:

“Y le gusta leer y para comunicarse con ella es imposible, porque enchufa enseguida la tele y puedes hablar y ni te escucha y cuando está leyendo lo mismo. Que normalmente no está y luego la chiquilla es muy comunicativa, luego, ¿qué te pasa? y te cuenta y hemos ido con los amigos y lo justito también como hemos hecho todos . Pero la comunicación real, creo que el individuo, o sea ellos se aíslan más y se lo pasan bien” (Grupo 5, pág. 8).

Así, cada vez es más difícil la convivencia familiar, sobre todo cuando hay mayor diversidad de edades:

“La convivencia es muy, muy difícil entre personas de todas las edades y más cuando hay (...) distintas edades, es muy difícil. Es muy bonito llevarse bien, es muy bonito (...), pero es difícilísimo convivir con otras personas” (Grupo 3, pág. 4).

Los de más edad enfatizan la importancia de recuperar el diálogo familiar:

“Yo pienso que más diálogo en la familia para que se comprendan mejor, escuchar a la juventud también porque tan bueno es hablar como escuchar y entonces pienso que habría más entendimiento del que hay porque parte de la juventud también está perdida porque lo creen en su casa o por el trabajo de los padres que están siempre trabajando los pobres y no dialogan con ellos, no tienen ese punto de encuentro. Pienso que eso es lo que trae muchos problemas a la familia y

a la juventud, por supuesto. Sabemos que está todo lo de casa, que los mayores no estamos de acuerdo en muchas cosas, pero las tenemos que aceptar" (Grupo 6, pág. 3).

A ello, ha contribuido la mejora de los equipamientos del hogar, que han permitido la creación de "hogares dentro del hogar": "Pero, es que ahora para ver a mi hijo que está metido en la habitación, tengo que ir allí y es que nadie se iba a las habitaciones porque se helaba de frío, porque el calor estaba en el hogar, en el lugar donde estaban todos reunidos y ahora hay calefacción por toda la casa y entonces, o sea" (Grupo 4).

3.2. La progresiva desaparición de los encuentros intergeneracionales familiares.

Fundamentalmente, los propios de los domingos y festivos, generalmente articulados en torno a una comida. En concreto, se ha hecho referencia a la cada vez menor frecuencia con que se realizan las paellas familiares de los domingos. Diversos elementos son citados por los actores para explicar esta circunstancia: por un lado, el hecho de que cada vez es más frecuente trabajar en días festivos; y por otro, la dificultad de asistir a esas comidas por parte de aquellos jóvenes que trasnochan y regresan a sus casas a avanzadas horas de la madrugada del sábado al domingo, circunstancias ambas que, en el fondo, guardan relación con un mismo hecho: la emergencia y consolidación de una potente industria del ocio que constituye una fuente de trabajo y un espacio de consumo para los jóvenes.

"La familia, ya no se reúne como antes se reunía. Los chicos se meten en los coches, en la tele, en el baile, en las drogas, en el beber, en el no sé qué, no hay la unión esa" (Grupo 4).

"Se ha abandonado a los abuelos, se ha roto el esquema de toda la vida, está roto. La familia que lleva 2 ó 3 mil años o más, siendo un esquema de vida, eso se ha roto, ahora son familias monoparentales, hablo en general, se ha roto y entonces las personas mayores igual que..." (Grupo 5).

3.3. La dispersión de los intereses y la falta de un lenguaje común.

Los intereses son cada vez más divergentes, hasta el punto de que no existen temas de conversación. Así, lo afirmaba los participantes más jóvenes:

"El problema es no tener cosas en común" (Grupo 1).

"Es que es también la forma de hablar" (Grupo 7, pág. 20).

"Eso también, que encima hablamos de temas diferentes" (Grupo 7, pág. 20).

"Los mayores y los más jóvenes no tienen de que hablar" (Grupo 1).

También los varones adultos confirman la existencia de esta diferencia, de ese gap:

"Es que estoy pensando en la gente mayor, por ejemplo, mi padre, si en su vida no ha hecho nada, qué coño va a hacer ahora, ahora que actividad va a hacer. Si no ha hecho nunca nada, ha dedicado toda su vida a trabajar" (Grupo 5, pág. 33).

Estos últimos señalan esa creciente diversidad o heterogeneidad que guarda mucha relación con la aparición de subculturas juveniles.

"Ayer concretamente, estuve viendo una cosa, un vídeo que me llamó la atención. Estuve viendo un concierto en el Hyde Park de Londres de los años 80, tocaban los Rolling Stones y tal, y estuve viendo la gente que había ahí ¿no?, los jóvenes que había, había quinientos mil, un millón o sea una auténtica burrada. Y esta gente no tiene nada que compartir al menos culturalmente con sus padres, sus abuelos, sus vecinos, se ha creado como una especie de tribu urbana y eso creo que lo da la diferencia generacional, por eso pienso que aunque tengamos una diferencia entre unas edades, entre la primera, segunda y tercera, y choquemos porque no nos podamos entender o comprender" (Grupo 5, pág. 8).

Las amas de casa también insisten en el problema de la falta de intereses comunes:

“No hay temas en común” (Grupo 2).

“Son dos mundos muy distintos” (Grupo 2).

“La mayoría de esa gente no tiene cultura, sus medios de vida no fueron iguales, tampoco tienen muchas cosas que decir” (Pág. 20, Grupo 2).

Los más mayores son conscientes de esa diferencia en los gustos e ideas:

“Nos agrupamos por edades. Nos juntamos por edades. El contacto es difícil por la diferencia. La diferencia de gusto. La diferencia de pensamiento” (Grupo 6, pág. 19).

“Por su parte, los mayores, también buscamos un grupo nuestro. Es que las afinidades es lo que hace que la gente se junte” (Grupo 6, pág. 28).

Así mismo, insistieron en la idea de que falta un lenguaje común:

“Creo que también hay un problema fuerte que es el de la falta de un lenguaje común, es decir, no nos entendemos los jóvenes y los mayores porque el lenguaje que hablamos nosotros es totalmente dispar y esto que debíamos a lo largo de la historia se ha ido produciendo siempre pues yo creo que en estos momentos, está más acuciante” (Grupo 4).

Así, los encuentros son fugaces, superficiales (y pueden no ir más allá del saludo) “Pues, yo, si encuentro por ahí alguna persona mayor alrededor de los 70 es porque me pide la hora o me he cruzado con él o es un tío abuelo mío tal y cual y le tratas con respeto, despacio para que él me entienda y ellos van a hablar igual, si les tratas con respeto. A mi nunca me han tratado con falta de respeto si no los he tratado yo primero sin falta de respeto” (Grupo 7, pág. 20).

3.4. El deterioro de la comunicación personal.

Lo anterior ha producido un deterioro de la comunicación personal a varios niveles no sólo en el intrafamiliar).

“Con el ritmo de vida que llevamos hoy en día, es que llegas, haces la cena, ves un poco la tele para dormirte y a dormir y a veces ni con tu propia pareja, quiero decir, ni te apetece hablar, te apetece que te deje tranquila” (Grupo 1, pág. 10).

“Me estaba acordando de mi trabajo, trabajábamos en el mismo sitio antes, pero vaya, pero los tengo en casa todos los días y siempre pasa lo mismo, no te escucha la gente o sea la gente no escucha. Ahora con mi marido el disgusto ha sido porque no me escuchaba” (Grupo 3, pág. 2).

“Siempre llego al mismo punto, la gente no se escucha, los padres queremos dar cosas a los hijos pero no escuchamos lo que ellos nos están pidiendo. Nuestros padres a veces nos piden ayuda, les decimos que sí, les decimos hasta donde podemos o como veíamos nosotros la solución al problema pero ellos se encierran en que no les hacemos caso y les estamos diciendo que sí, que queremos ayudarles, que nos vamos a poner con ellos a solucionar el problema y se encaran, la gente mayor que otros a lo mejor lo tienen igual” (Grupo 3, pág. 2).

“Es que jo veig que la falta de comunicació avui dia es total. ¿Saps?. En casa i en tots els puestos i la gent va como a la suya i tu ja tens el teu dia organitzat. ‘Ara m’ en vaig d’ací a la faena, de la faena a casa i no se ...’ ¿Saps?” (Grupo 1, pág. 9).

En cualquier caso, la falta de comunicación es un diagnóstico en el que incluso los más jóvenes coinciden:

“Yo, por ejemplo, trabajo en una peluquería y yo tengo todo tipo de clientela. Clientela joven y clientela más mayor y (...) lo que pienso es que la gente, lo que veo es que tiene mucha carencia de que

se le escuche. Tanto la gente mayor, como la gente joven, quiero decir. No solamente es la gente mayor la que está mal y la que tiene una serie de problemas o está viviendo unas circunstancias sino que la gente joven, también. Quiero decir, la gente joven también tiene unos problemas y también necesita que la gente le escuche. Yo esto lo veo, que la gente te viene y unos te cuentan. La gente joven tiene unas preocupaciones y la gente mayor tiene otras" (grupo 1, pág. 6).

3.5. La pérdida del sentido de comunidad.

"Es muy difícil enderezar el camino porque es que ahora somos distintos todos. Ya no, ya no es aquella Pepita que la conocías antes y la saludabas. Ahora es distinto, ahora no sabes quién vive en tu casa, quién es, quién es quién, no lo sabes, lo ignoras, o sea que tu saludo se pierde porque no te lo contestan. Eso a nosotros los mayores nos sienta mal (Grupo 6, pág. 4).

"Una madre que no trabajaba, un contexto más limitado en el sentido de que vivía en un pueblo, Valencia estaba más pequeña, más reducida, todo estaba cerca, la tía, la abuela, todo" (Grupo 4).

3.6. La reducción del número de espacios de interacción comunicativa.

En los grupos de discusión, hemos encontrado base empírica para sostener que la conocida tesis de Fukuyama referida a la "miniaturización de la comunidad" (Fukuyama, 2000: 179-185) tiene su impacto en las relaciones intergeneracionales. En los grupos de discusión se ha podido apreciar que hay un contraste entre las relaciones extrafamiliares de los más jóvenes y los más mayores. Estos últimos aún interactúan con otras personas de distinta edad en el ascensor de su domicilio, con el vecindario, en el transporte público o en las colas de los supermercados. Por el contrario, los más jóvenes afirman no mantener conversaciones o intercambios verbales a esos niveles.

"Se pierde relación con los vecinos" (Pág. 13, grupo 2).

"Aquí nadie se para a saludar al vecino, aquí en la escalera te cruzas con el vecino y cuando llegas de trabajar, no te quieres calentar la cabeza" (Grupo 5, pág. 10).

"Cuantas veces baja uno en ascensor de un octavo piso, con un vecino y no le preguntas cómo está" (Grupo 5, pág. 10).

"La gente no habla. Ni siquiera en la cola del cine" (Pág. 14, grupo 2).

"Todo el mundo se calla y cada uno va a lo que vamos y ya está" (Grupo 2).

Esta reducción del espacio local de relación, sin embargo, contrasta con la ampliación de relaciones a escala global. El espacio de interacción comunicativa es ahora "glocal"

"Las tecnologías no son la causa de que nos comuniquemos menos, yo ahora conozco gente de Estados Unidos gracias a Internet (Grupo 1).

3.7. La pérdida del respeto.

La mayoría de grupos insiste en la falta de respeto. Desde los más jóvenes ("Yo pienso que a veces hay falta de respeto en las relaciones entre las personas mayores y la gente joven" (Grupo 7, pág. 1), hasta los más mayores, para los cuales es el gran cambio experimentado por las relaciones intergeneracionales.

Es menester resaltar que, en términos generales, todos los grupos consideran que la generación siguiente es menos respetuosa con los de más edad que ellos mismos. A esta afirmación general habría que añadir dos matizaciones. La primera, que las amas de casa tradicionales son las únicas que no hablan de ese tema. La segunda, que los jóvenes libertos son conscientes que muchos jóvenes de su edad no trata respetuosamente a los mayores, es decir, los jóvenes libertos son conscientes de su falta de respeto hacia los más mayores, pero también de la de los más jóvenes hacia ellos:

“Yo creo que también hay carencia de respeto, pero no ya sólo de nuestra generación sino de generaciones de gente más joven yo lo veo y estoy con lo que dice él. Antes eras joven, pequeño y alguna persona mayor que no conocías de nada te decía: ‘Pues no hagas esto’, porque habías molestado con la pelotita o algo, simplemente sin conocerlo, como era un persona mayor le guardabas cierto respeto. Hoy en día, vas por la calle y a un niño le dices, ‘ten cuidado con la pelota’, cualquier cosa y es quej... pues te insulta o quiero decir, yo lo veo” (Grupo 1, pág. 2).

Si bien algunos indican que quien falta al respeto es la gente mayor que no lo tiene por los más jóvenes a los que a priori cataloga:

“También hay gente mayor que no respeta a la gente más joven porque se piensa que por ser mayor sólo se merece respeto sin pensar que debes el respeto también, si quieres recibir el respeto. Es que mucha gente mayor, se cree que por el hecho de ser mayor” (grupo 1, pág. 2).

“Es que hay abuelos y abuelos; porque hay unos abuelos que tienen una mala ostia que no se aguanta” (Grupo 7, pág. 19).

Otros consideran que lo que ha habido es una diferenciación de prácticas que no es aceptada por los más mayores:

“No, yo no creo que sea una falta de respeto, sino que todo eso son diferentes costumbres” (Grupo 7, pág. 3).

“Yo pienso que el respeto es el mismo” (Grupo 7, pág. 3).

Algunos adultos varones creen que lo que hay no es una pérdida de respeto sino un declive del autoritarismo “Pero yo creo que el respeto no se ha perdido. El respeto de padres a hijos, lo que sí que hay, lo que sí se ha perdido es esa autoridad que había antes de, esa distancia entre un padre y un hijo ¿no?, ahora son más iguales, hay bastante más confianza que antes y las cosas se llevan de otra forma ¿no?. Bueno en resumidas cuentas yo no creo que se haya perdido respeto” (Grupo 7, pág. 2).

“Es bueno que se haya perdido esa distancia entre ese padre y el hijo que le hablaba de usted al hijo. A mí eso me parece algo aberrante que un hijo le llame a su padre de usted y sin embargo era un síntoma, era algo de, autoridad, el respaldo y el respeto” (Grupo 7, pág. 2).

Claro que la autoridad no tiene un componente negativo para todos. Algunos creen que sin ejercicio de la autoridad las cosas no pueden ir bien:

“Siempre ha habido un conflicto intergeneracional, es decir, cuando yo era joven con respecto a mis mayores había conflicto. Ahora que soy mayor, lo veo desde otra perspectiva. Pienso que ya hablaremos más, que nosotros lo que es el colectivo es de una edad muy parecida, nosotros vivimos desde un sistema de autoridad y lo respetábamos y cuando ahora queremos un poco aplicar que se mantenga también un poco este mismo criterio de autoridad, pues, se rompe por la base, es decir, no existe la situación y creo que esto conlleva a otras cosas” (Grupo 4).

“La gente tiene más nivel de estudios, pero se ha perdido la autoridad de padres e hijos. Autoridad como distancia, ahora son más iguales y tienen más confianza” (Grupo 5, pág. 2).

Así mismo, según otros jóvenes, lo que ocurre es que los mayores actúan muy desconfiadamente con los jóvenes:

“Se está perdiendo el respeto por los mayores, incluso los mayores al pensar que no respetamos actúan de una forma, de otra forma más (...) y eso hace que actúen hacia nosotros como viéndonos inferiores y tratándonos como nos tratan y eso hace que nosotros los tratemos a ellos como seres....” (Grupo 7, pág. 1).

Y a la defensiva:

“Pero es que yo creo que a veces que sí, y yo creo que pasa eso si a lo mejor hace una persona mayor te habla con poco respeto o así a la defensiva es muy difícil que, que se siente, no asustados, pero sí como si fueran a la defensiva porque ven que nuestra forma de ser. No les hablamos de usted, no les decimos cosas interesantes” (Grupo 7, pág. 20).

Y se indican que los estereotipos que relacionan a los jóvenes con las drogas condicionan las relaciones de los más mayores con los más jóvenes:

“Puede ser también, puede ser que, que a raíz de toda esta basura de las drogas, la gente mayor esté muy, muy quemada con la juventud, que no sé, que sea verdad, que sea cierto” (Grupo 1, pág. 12).

“Y piensa que uno está metido ahí y piensa que es toda la juventud” (Grupo 1, pág. 12).

Los adultos también indican que los más jóvenes han perdido el respeto hacia los mayores:

“No hay mucho respeto hacia la gente mayor. Las generaciones más jóvenes no tienen respeto a la gente mayor” (Grupo 5, pág. 3).

Ahora bien, desde el punto de vista de los más jóvenes, el respeto del que hablan los mayores no era tal, sino temor, como muestra por ejemplo, el hecho de que a los mayores se les tratara de usted:

“Antes era respeto pero también miedo (...) la autoridad se basaba en el miedo” (Grupo 3, pág. 12).

“Hombre está claro que hay que respetar, pero ellos tenían un respeto que era ya temor, lo que tenía porque aparte de que, por aquí y ellos tenían que estar, había que hacer esto y les hablaban de usted y ahora mismo son cosas que se han perdido” (Grupo 7, pág. 1).

“Antes se tenía miedo y ahora esa falta de miedo se considera falta de respeto” (Grupo 7, pág. 3).

Por otro lado, desde los grupos más jóvenes también se ha insistido en la idea de que los mayores no siempre han entendido que el respeto tiene una doble dirección, a que lo han entendido únicamente como una aceptación de una jerarquía en la que el más mayor era el que determinaba cómo había que hacer las cosas, las normas, etc.:

“Y qué piensas que puede sentir un joven cuando les están diciendo: ‘Es que los jóvenes no sabéis conducir, es que los jóvenes no sabéis tal’ y luego tienes a gente mayor ahí que está provocando unos accidentes y que no tiene un respeto por el jovencito que pasa por ahí y le pega un empujón. Que va al banco y se cuele porque tiene mucha prisa y el otro pobre a lo mejor necesita el dinero porque tiene que salir o porque tiene que ir al colegio y el otro ya tiene mucha prisa. Ese ya está creando ahí ese señor mayor una rivalidad con el joven, que no es ni su padre ni su madre pero que le está amargando la vida (...) El respeto tiene doble dirección pero la gente mayor, la mayoría, piensa que sólo tiene un dirección que es de joven a mayor” (grupo 3, pág. 18).

El trato de usted es un tema recurrente. Para los jóvenes, no utilizarlo con los mayores les ocasiona problemas:

“En general, la mayoría de veces es lo que decía ella. Cuando tú hablas con una persona directamente decirle: ‘Es que tienes que hacer esto’ el no utilizar el usted para ellos, es ya, vamos. Un simple, un simple descuido como no utilizar el usted, vamos, que ellos llamaban de usted a sus padres pues que tú, un desconocido no le llames de usted, vamos, para ellos es de vamos, de, de (...), un delincuente” (Grupo 7, pág. 21).

Sin embargo, la siguiente generación, la que puede tener la edad de sus padres, les indica que no deben usarlo. El caso más habitual es el de los profesores de los jóvenes:

“Sí, pero si a un profesor que vas a hablarle de usted, tú todo educado, vas a hablarle de usted y dice: ‘No, no me hables de usted’. Entonces yo creo que también mucha gente ha perdido el hablar de usted por eso” (Grupo 7, pág. 22).

“Yo, por ejemplo, llega el padre de mi novia y le digo de usted y dice: ¿Pero que haces llamándome de usted?” (Grupo 7, pág. 22).

Las mujeres de edad media, sin embargo, no están de acuerdo con el desuso del usted:

“Y después están en la Universidad y muchas veces me comentan que le hablan al profesor y que el profesor mismo le dice que le llame de tú, yo no digo que haya más educación, más respeto con el tú o con el usted pero a nosotros siempre se nos ha enseñado a tratar a una persona cuando tiene más años que tú hablarle de usted. Yo creo que el usted hace que haya como una barrera, entonces tanta cercanía, que está muy bien la cercanía y la confianza pero que ahí, ahí también demuestra un poco que tú eres el profesor, yo soy el alumno, a lo mejor mañana yo voy a ser el profesor, pero hoy por hoy, yo soy profesor y tú eres alumno” (Grupo 3, pág. 4).

Una de ellas señalaba esta circunstancia:

“Y le digo: ‘Tú dile a esta persona de usted y él cuando comiendo te diga de tú en la paella, rectifica’. Y ella me dice: ‘Pero mamá es que nadie se lo dice’. Entonces, yo por ejemplo recuerdo otras formas aunque en la sociedad ahora esté que al profesor le puedas decir ahora de tú, a mí no me gusta personalmente, no me gusta y por ahora nada más” (Grupo 3, pág. 4).

Los adultos también indican que el usted se utiliza para marcar una distancia:

“En mi trabajo te hablan de usted. ‘Usted coja esa mesa y tal’. Hay gente que tiene educación, unos estudios, y para mantener las distancias pues, de usted “usted haga esto, haga lo otro y ya está” (Grupo 5, pág. 24).

“También me han obligado a hablar de usted. “El mismo respeto que le tengo a usted, téngamelo usted a mí”. Y así, a partir de ahora me llama el señor de usted” (Grupo 5, pág. 24).

Así, los propios adultos señalan que “Yo creo que el respeto no está en el usted” (Grupo 5, pág. 24).

“¡Ahí está!. Yo creo que se puede hablar de tú con más respeto que hablando de usted. El respeto es una manera de ser educado a la hora de relacionarte con los demás, no tiene que ver ni con la forma ni con el protocolo. Yo creo que se puede ser un maleducado diciendo gracias también: ‘Gracias’ o cambiando de tono gracias ‘Gracias’. He dicho gracias pero con un recochino que no veas” (Grupo 5, pág. 24).

3.8. Desorientación y permisividad con los adolescentes.

Los adultos señalan que han intentado educar a sus hijos en un esquema opuesto al que ellos recibieron de sus padres:

“Yo he estado educado en una familia muy severa ¿no?, a mí no se me decía siéntate a cenar, si no te sentabas ibas así ibas de lado ¿no?, me levantaba a las cinco de la mañana para ir a trabajar todos los días. Claro, yo intento todo eso no transmitirlo a mis hijos, intento que haya diálogo, intento que ellos hagan lo que ellos realmente quieren hacer, nunca..., a mí me han educado a hacer una serie de cosas que no he querido hacer” (Grupo 5, pág. 4).

“Puede ser que como con nosotros han sido un poco demasiado autoritarios en muchas cosas pues a lo mejor ahora nosotros veamos bien que sean ellos un poco independientes, que hagan lo que quieran. Yo lo veo así” (Grupo 3, pág. 12).

Pero, esto es percibido por las generaciones más mayores como un exceso de permisividad en el modo como sus hijos han educado a los más jóvenes:

“Como nosotros carecimos de tantas cosas a los nuestros les hemos dado todo a veces sin merecerlo. No les hemos exigido nada a cambio de lo que les hemos dado” (Grupo 6, pág. 5).

Este exceso de permisividad ha generado actitudes soberbias entre los jóvenes y les ha llevado a no responsabilizarse ni querer madurar:

“De facilitarles todo el camino, caminito de rosas a todos y entonces se engrandecen en todo, en todo se engrandecen y se sienten superiores a, a, empezando por los mayores. Se sienten superiores a ellos” (Grupo 6, pág. 6).

“Pues, que les hemos facilitado el camino para ser como son, los mayores, nosotros porque les hemos dado toda clase de facilidades en la vida. Todo abierto y eso no es bueno, todo lo contrario (Grupo 6, pág. 5).

Las personas de más edad consideran que se ha pasado de un extremo a otro:

“Ni lo nuestro ni lo de ahora. Un beso repugnante. Sexo sin amor. Se ha perdido la decencia” (grupo 6, pág. 20).

Por tanto, para ellos es necesario un punto medio:

“Esa franqueza puede llegar hasta el desenfreno. Y sería bueno el freno (Grupo 6, pág. 11).

Los más jóvenes tienen una cierta sensación de que sus padres no han tenido unos criterios muy claros al educarles, habida cuenta de que les han intentado dar lo que ellos (sus padres) no tuvieron, es decir, libertad y diálogo:

“Quizás ellos nos han intentado dar lo que ellos no han tenido. Lo que pasa es que se les ha ido de las manos” (Grupo7, pág. 4).

Esta constatación es particularmente clara cuando se refiere al tema del ocio nocturno del fin de semana, donde más se detecta la falta de criterios de los padres:

“Mi madre me dice un sábado que me ve en mi casa y me dice, un sábado que me ve en mi casa, y es capaz de pegarme para que salga a la calle: “Nena. Yo a tu edad no podía hacer nada. Aprovecha y vete, o cualquier cosa siempre me está diciendo y mi madre” (Grupo 7, pág. 6).

Así, los jóvenes son conscientes de que sus padres no saben cómo actuar ante los problemas relacionados con el ocio nocturno del fin de semana:

“Yo la primera borrachera que pillé fue con trece años y me pillé una exagerada lo que pasa es que, lo típico llegas borracho a tu casa y te crees que tus padres no te oyen. Pues que vayan afinando el oído, porque te ven, o sea tienen como una cámara. Por mucho que no hagas ruido, te oyen, te lo digo. Encima con lo exagerado que” (Grupo7, pág. 10).

“Es que se hacen los locos. Te haces mayor y no, no porque pasan y dicen, bueno esto lo hacen todos los chavales de toda la edad” (Grupo7, pág. 10).

“Eso es que no quieren ver” (Grupo7, pág. 10).

“No quieren saber ni verlo, pero verlo sí que lo ven” (Grupo7, pág. 10).

En realidad, los propios padres, según sus hijos, huyen del conflicto, no quieren aceptarlo, no saben como actuar o temen enfrentarse a sus hijos:

“Yo creo que lo saben todo, pero no te lo dicen por no tener un conflicto contigo” (Grupo7, pág. 10).

“O porque no saben como aceptarlo” (Grupo7, pág. 10).

“Porque no saben por dónde salir (...) Yo creo que sí que lo saben todo” (Grupo 7, pág. 10).

3.9. El descuido de los niños.

Hay una cierta idea de que los niños están cada vez más descuidados:

“Es decir, ¿qué pasa con los niños?, ¿Qué nos pasa con los niños? Pues que como vivimos muy deprisa y no tenemos tiempo, la casa, y no sé qué, no sé cuánto, pues el colegio, video, la consola, es decir, la (inaudible), para hacer la cena, te relacionas cada vez menos con ellos” (Grupo 3, pág. 14).

Pero esa desorientación educativa no sólo tiene que ver con los jóvenes adolescentes, también son habituales los comentarios relativos a lo mal que se educa a los niños pequeños:

“Pero en cambio los niños, yo veo que, yo no soy padre, y a pesar de que no tenga mucha química con los niños, no les tiro piedras ni mucho menos. Me da el presentimiento que por lo general están bastante mal educados, yo creo que algunos padres toman la postura de decir bueno, pues ahora estoy cansado de aguantarlo todo el día, que haga lo que quiera y puedes llegar el momento de estar en una terraza y llega un niño que está tirando cosas y el padre no le dice absolutamente nada” (Grupo 5, pág. 3).

De hecho, muchos adultos insisten en la idea de que los padres delegan en la escuela la educación de sus hijos en un sentido global:

“Hay mucha gente que piensa que la educación se la van a dar en el colegio” (Grupo 5, pág. 5).

Todo ello redundando en un déficit de educación no formal “Es que cada vez lo que, es que tenemos más cultura, cada vez la gente estudia más pero sin embargo cada vez, yo creo que hay más déficit de, no sé, de educación” (Grupo 1, pág. 3).

“Jo treballo en la educació, joestic tots el dies en xiquets menuts. Jo ho veig, n’hi ha gent que als xiquets els tracta com a un moble, o com a un animal de companyia o pitjor i n’hi ha gent que s’ho curra, però n’hi ha de tot i ixos xiquets, pues van a l’escola, he treballat en escoles, les pautes que marca l’Estat que n’hi ha de donar en classe, no sé, moltes coses que se estan perdent. Avans s’educava en casa i lo de més ajudava. Ara no, ara la gent porta els xiquets a l’escola i que me lo eduquen” (Grupo 1, pág. 4).

“es que es, tú lo has dicho, te lo quitas de encima. Lo apuntas a judo y a nadar y ya te lo has quitado todo el día de encima. Lo que pasa es que a los dieciseis años cuando el crío se te quiere ir de fiesta, entonces lo quieres parar” (Grupo 1, pág. 4).

“yo creo que las relaciones irían mejor si tuviésemos más tiempo para, a ver, los que son padres dedicarse a los hijos, para dedicarte a los amigos. En según que países terminan de trabajar a las cinco, ya han cumplido toda la agenda de trabajo y tal” (grupo 1, pág. 10).

3.10. La reclusión de los mayores.

Los mayores se aíslan, no saben estar en esta sociedad y buscan espacios de aislamiento.

“Pero los abuelos ya, viven solos o están en una residencia, el padre y la madre trabajan y entonces de alguna manera no se pueden hacer cargo de los abuelos pero, o otras personas mayores. La sociedad actual, pues, pues ha cambiado respecto a eso ¿no? Entonces, sí me parece que está más alejada la relación con los mayores ahora que, que por ejemplo hace diez o quince años” (grupo 3, pág. 1).

“Eso lo que produce es que la gente de la tercera edad se sienta más sola, se sienta inútil, se sienta más abandonada” (Grupo 3, pág. 14).

“Nosotros, los mayores nos vamos apartando poco a poco de la sociedad sin darnos cuenta, no intervenimos. La gente, la juventud ha creado un grupo por sí mismo para ellos mismo o sea que

si ellos están en un sitio y nosotros vamos, nosotros, no hay como antes que la juventud, íbamos nosotros los mayores y la juventud nos recibía. Ahora, no, ahora no se pide, ahora eso, se han formado dos grupos, eso es" (Grupo 6, . Pág. 4).

"La juventud no se quiere relacionar con mayores. Van a su rollo" (Grupo 6, pág. 27).

"Huyen de nosotros porque tienen otra manera de vivir. Ellos se ven más fuertes" (Grupo 6, pág. 29).

"Hay una separación, como si fuera un abismo" (Grupo 6, pág. 29).

"La gente mayor, soledad y necesidad. La gente joven está metido en su grupo, si tienes 15 años puedes relacionarte con un grupo que tiene 15 años, pero si tienes 80 años, que primero tienes una paga seguramente de mierda, que estás jodido por todos los lados y además no tienes facilidad porque estás cansado de relacionarte con nadie y nadie viene a tu casa, pues esa gente yo creo que si que lo demanda" (Grupo 5, pág. 24).

Los adultos confirman que esta sociedad abandona y separa a los mayores:

"Yo esta sociedad de hoy en día, lo que estamos hablando de que se ha abandonado a los abuelos, se ha roto el esquema de toda la vida, está roto" (Grupo 5, pág. 15).

"La verdad es que los mayores están abandonados en general, eh. La sociedad los utiliza cuando le hace falta y cuando realmente hay que ayudarles a ello, entonces ya no caben en casa y entonces ya se apartan" (Grupo 5, pág. 16).

4. Los detonantes de la escisión intergeneracional.

En los grupos de discusión se ha aludido en numerosas ocasiones a la lógica del sistema socioeconómico como causante de las escisiones homoetarias de la sociedad actual. La lógica del sistema económico sería la principal causante de la progresiva desaparición de los tradicionales escenarios de encuentro o convivencia intergeneracionales como quedaría demostrado, por ejemplo, en la fragmentación de los espacios de ocio. En dependencia directa del sistema económico se encontraría también el subsistema educativo. La escuela organiza a los individuos por edades con lo que, habida cuenta de que los procesos de instrucción formal cada vez comienzan más temprano y se prolongan más en el tiempo, los individuos llegan a la edad adulta habiendo pasado la mayor parte de sus etapas de socialización con sus pares. Así pues, la investigación empírica ha confirmado las hipótesis apuntadas en el primer capítulo de este trabajo. Aunque no es algo de lo que los actores sociales sean plenamente conscientes, su impacto se deja sentir en los comentarios de los jóvenes y los adultos.

Pero los efectos de la instrucción educativa sobre las relaciones intergeneracionales no concluyen ahí. Los niveles educativos adquiridos por las primeras generaciones beneficiadas por la generalización de la educación han acabado marcando una brecha con las de los más mayores.

4.1. La democratización de las relaciones personales.

Giddens ha señalado que dos, de las tres tendencias que empujan la transformación de la familia, hacen referencia a la sustitución de la comunicación vía jerárquica por la comunicación emocional horizontal y a la democratización de los procesos de decisión dentro de la familia. Estos cambios se perciben con claridad en los grupos de discusión con personas jóvenes. Para los de edad media, las relaciones intergeneracionales son las propias del ámbito familiar, mientras las intrageneracionales son las que están fuera de ese ámbito. Las primeras son verticales, mientras las intrageneracionales u homoetarias son horizontales. Las primeras se articulan mediante flujos de autoridad-dependencia, son relaciones "no elegidas", "impuestas" por la situación específica de cada cual en la estructura familiar.

“Yo creo que han cambiado mucho las relaciones como han dicho todas pero no estoy muy segura de que antes fueran mejor, simplemente se basaban en relaciones de dependencia y de obediencia, mucho más que en la comunicación” (grupo 3, pág. 5).

Los escenarios corrientes de este tipo de relaciones son el propio hogar familiar y los encuentros y las celebraciones familiares. En el exterior de la estructura familiar existen relaciones intergeneracionales verticales en aquellas parcelas de la estructura social impregnadas de la verticalidad del modelo familiar de autoridad.

“Yo creo que la he respetado más en ese caso que mi madre a mi me hubiera respetado callándome yo y aguantándome su autoridad. Pienso que ha habido un mal respeto de mi hacia ella que en el caso de mi madre yo me hubiera callado, muy educadita y hubiera dicho sí mamá” (Grupo 3, pág. 7).

Frente a las relaciones intergeneracionales, las intrageneracionales u homoetarias son horizontales, en el sentido de que constituyen el espacio de relación de los pares.

Por eso mismo, su principal característica es que son elegidas y juegan un papel fundamental en el proyecto de construcción vital de cada individuo. Constituyen un campo de experiencias, de espontaneidad, de ejercicio de la libertad (elegir relaciones y crear amistades) y de comunicación (es el espacio donde existen preocupaciones comunes, por tanto es el espacio idóneo para el intercambio verbal).

4.2. Individualización y sentido de la independencia.

Percepción de la vida propia como un proyecto a construir Un principio rector de la vida de los individuos es “tener la propia parcela”.

“Y es que ahora cada vez nos estamos volviendo, como vivimos bien e independientemente de que el trabajo te impide más cosas, evidentemente, cuidar a tus padres o a tus abuelos, también nos estamos volviendo muy cómodos. Es decir, queremos nuestra independencia, que quizás es un poco egoísta o será como se llame, pero yo creo que tendemos a que con la excusa del trabajo o de tal y yo también me incluyo.... (Inaudible) estar con mi familia, estar con mis amigos, pero me gusta tener mi parcela” (Grupo 1, pág. 3).

“Yo creo que cada vez todo va más dirigido hacia la individualidad, de hecho uno se pone a hacer deporte y a dónde va, es cierto que hay fútbol y tal pero hay un montón de gimnasios, dónde tú te entrenas, y vas tú sólo. Ahora ya el trato, a lo mejor antes, querías charlar un ratito con gente y te ibas al bar y... (Grupo 5, pág. 29).

“Entonces, yo creo que más de uno y más de una nos hemos ido de casa de nuestros padres por diferentes motivos que no han sido casarse que era antes por lo que se salía. Entonces, lógicamente, claro, nos hemos hecho mucho más individualistas y probablemente eso significa más egoístas” (Grupo 3, pág. 3).

Este proceso de individualización se interpreta en clave moral (egoísmo⁹ y como una amenaza para la solidaridad. Frente a la relacionalidad, la primacía del yo. Pero el debate en el grupo muestra también cómo se establecen las diferencias: una cosa es el egoísmo (que también puede existir en una sociedad familista como la precedente donde los individuos son subordinados al grupo) y otra muy distinta la autonomía (o la construcción de la propia individualidad, del proyecto personal existencial):

“Yo estoy casada pero el problema que yo veo mayormente es el egoísmo, creo que lo ha citado Yolanda. Creo que hay mucho egoísmo por parte de los jóvenes y de todos, o sea, egoísta yo ante mis padres, egoístas mis hijos ante nosotros y veo mucho egoísmo en lo que es la relación o sea, primero yo” (Grupo 3, pág. 4).

Sin embargo, estas mismas mujeres señalan que el verdadero egoísmo era el de las personas autoritarias que cortaban sus proyectos de vida, sobre todo a las mujeres.

“Yo quiero decir una cosa, hemos hablado algo de egoísmo y que el egoísmo era sobre todo de los jóvenes y a mi inmediatamente me ha venido, lo que pasa es que me he puesto a escuchar y se me ha ido, pero me ha venido a la mente lo que yo sentía que eran egoístas mis abuelos, por ejemplo, y mis padres, o sea eran egoístas. No había derecho, que a una mujer (...) Sí. No había derecho, incluso cuando mi madre se quejaba no de actuaciones de sus padres o de mis abuelos, o sea de sus suegros y tal, de que esa gente quisiera llevar una forma de vida determinada o no se hubiera cuidado de joven y ahora de mayores estuviera hecha una castaña, que le coartaran otra persona fuera hija, nuera o lo que fuera, su vida, su propia vida. Eso era un egoísmo” (Grupo 3, pág. 9).

“No, no tú te quedas aquí y si no te casas, no te casas; o si te corto las salidas con tus hijos, te aguantas. Porque yo soy mayor y tú me tienes que cuidar y tú tienes que estar aquí para lo que yo quiera” y fue lo que produjo muchas salidas de casa de mucha gente y muchas rupturas familiares. Ya la gente era egoísta antes, era muy egoísta y eso va con la persona yo creo. Pero no es egoísmo, es salir a vivir tu vida” (Grupo 3, pág. 9).

En la actualidad, las personas son más autodirigidas “Y que se ha roto la barrera esa de lo que van a pensar los demás o qué me va a decir o qué me va a hacer si yo tomo mi propia decisión. Ahora dicen: “No, yo hago esto te parezca bien o mal” (Grupo 3, pág. 12).

Se ha producido una separación vital: cada uno va por su lado, las vidas se separan:

“Quitarse de encima a las personas: a los niños (actividades), a los mayores” (Pág. 2, Grupo 1).

“Llevar al hijo al judo y al abuelo al asilo” (Grupo 1, pág. 10).

Para las mujeres de edad media, es obvio que el proceso de individualización ha afectado considerablemente a las relaciones intergeneracionales:

“La independencia tan grande y la individualidad que cada vez somos más individualistas y más...” (Grupo 3, pág. 15).

Y la edad es un criterio que establece grandes fracturas entre los individuos:

“Hay un abismo de edades (los adolescentes van sobrados), carencia de educación, de valores familiares, de sentido de autoridad, antes se trataba a los mayores en general de otra manera: al maestro, a la persona adulta en la calle” (Grupo 1, pág. 2).

“Cada uno va al seu rollo: treball, busque la meua comoditat; jo preferia estar al meu rollo, jo no busque una relació perquè sí en algú” (Grupo 1, pág. 14-15).

“En casa hay unas normas, pero es tu vida” (Grupo 1).

“No quiero vivir pillado por la vida” (Grupo 1, pág. 17).

4.3. La incorporación de la mujer al trabajo.

Según las amas de casa tradicionales, se ha pasado de un predominio de las relaciones familiares a las relaciones sociales externas. Así, antes, había un modelo predominante según el cual la vida social se organizaba en parejas que formaban familias con hijos que eran cuidados y atendidos por una madre que no trabajaba fuera del hogar, que se encargaba de organizar un núcleo familiar con fuertes vínculos con los abuelos y el vecindario. Este papel de la mujer garantizaba la existencia de relaciones intergeneracionales en el seno familiar (vínculos con abuelos) y extrafamiliar (relaciones con el vecindario).

“Antes, una pareja tenía unos hijos, esos hijos pues iban al colegio, las chicas no trabajaban y seguían en contacto con los abuelos, con los padres, no salían de la casa, su único objetivo era casarse, a los 23 años irse (...), la familia había un núcleo mucho más unido y había más porque había mucha más convivencia con los vecinos, de abuelos, de padres, de tal” (Grupo 2).

En la actualidad, por el contrario, la mujer trabaja fuera del hogar con mucha frecuencia, de tal manera que ha dejado de desempeñar su papel de garante de las relaciones intergeneracionales. Consiguientemente, la socialidad de adultos y mayores se ha resentido, así también como el universo sociomoral de los hijos: los niños apenas cumplen un año ingresan en las escuelas infantiles y a partir de entonces sus relaciones ya empiezan a ser homoetarias.

“Ahora un hijo, cuando lo tienen todo, vamos al medio año los tienes en la guardería (...) ellos se crían en el ambiente, crean un círculo de amistades por la calle que para ellos, yo creo, que hasta que no son más mayores y se casan y vuelven ellos a los suyos, no entienden que quizás lo más importante sea la familia” (Grupo 2).

“La estructura de la sociedad es que los dos trabajan, los niños van a la escuela desde que nacen, bueno van a la guardería o lo que sea, entonces, en un aula donde hay 25 niños, a ver quién se entretiene con ellos si están todos gritando” (Grupo 4).

“Un hijo necesita amor de madre y ahora los llevan a la guardería. Porque tienen que trabajar” (Grupo 6, pág. 6).

Las mujeres de edad media también coincidían a este respecto “La gente está bastante sola (...) eso ocurre desde que las mujeres nos hemos integrado más al trabajo” (Grupo 3, pág. 14).

“Eso es porque la mujer se ha incorporado al trabajo y entonces, ahora todo el mundo trabaja y la relación muchas veces, también los abuelos se sienten importantes cuidando a los nietos, muy importantes porque la mayoría de los colegios, de la puerta del colegio y a llevarlos son los abuelos quienes les llevan” (Grupo 3, pág. 14).

4.4. La corrosión del carácter en el mundo del trabajo.

La revolución industrial y el modo de producción capitalista despojaron a los trabajadores de los medios de producción, así como de poder sobre su actividad y autonomía sobre su tiempo de trabajo. Este cambio conllevó la creación de una ética del trabajo cuyos principales pilares eran la productividad, la responsabilidad y el ahorro.

En la llamada Nueva Economía, ligada a la revolución de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, se está produciendo otro gran cambio social cuyas principales características son la flexibilidad laboral y la inestabilidad en el trabajo.

Refiriéndose a las repercusiones personales de los cambios en el mundo del trabajo, Richard Sennet (1998) ha realizado un diagnóstico sobre las consecuencias de este cambio social en el mundo de las personas y ha señalado su preocupación por el proceso de corrosión del carácter al que conducen la ansiedad y la incertidumbre por el futuro personal. En el capitalismo flexible, los individuos deben adaptarse continuamente, reformarse sin descanso, cambiar de actividad, de horarios, de compañeros y muchas veces, también de lugar de trabajo, lo que implica dificultades para establecer lazos sociales comunitarios o participar en asociaciones cívicas y obliga a cambiar el colegio de los hijos. En una vida en la que no hay espacio para las relaciones estables se resquebraja la familia y se desmorona la autoridad y pierden sentido valores como el compromiso, la responsabilidad o la entrega. La inestabilidad, vestida de flexibilidad destruye el nosotros. El trabajo, en suma, deja de ser un medio de construcción de la identidad y se convierte en un disgregador de los lazos comunitarios.

En los grupos de discusión con personas jóvenes ha quedado bien patente el carácter disgregador del trabajo y sus efectos sobre la comunidad. Uno de los principales efectos, también subrayado por el propio Sennet, es el modo como la "crisis del valor de la experiencia" afecta a las relaciones intergeneracionales:

"Sí, porque por ejemplo en el trabajo ahora con esos despidos que están haciendo también gente de una edad madura que antes se consideraba mucho la experiencia y tal, pues hace que esa gente mayor, mayor, lo está viviendo con una rabia contra ese jovencito que viene con tres titulaciones y que es un pipiolo. En la época de mi padre un señor con 55 años era el rey de la empresa porque tenía experiencia, por que tal. Ahora nadie valora esa experiencia" (Grupo 3, pág. 17).

"Las experiencias de cada uno son muy distintas, los hechos que nos han llevado a esas experiencias son muy distintos y todo se complica sobre todo porque no queremos entendernos los unos a los otros y es mucho más cómodo vivir la vida personal" (Grupo 5, pág. 1).

Así, los padres no entienden las trayectorias erráticas de sus hijos y dejan de ser una guía para sus hijos. Estas circunstancias han aparecido con claridad en los grupos de discusión con personas jóvenes:

"Nosotros en general estamos bastante quemados. Si es a nivel de trabajo, las relaciones, horario, competitividad, no te saben reconocer el trabajo, simplemente" (Grupo 1, pág. 5).

"Contínuamente, quiero decir, la sobrecarga que llevas, las malas caras, falta de, de incluso de respeto, no sé, todo se apunta, no sé, incluso a nivel de compañeros, la competitividad" (grupo 1, pág. 5).

La experiencia laboral es descrita como extenuante, psicológicamente agotadora, invalidante de cualquier otra relación social no placentera:

"Y encima pretenden que me comuniquen cuando acabo de trabajar" (Pág. 17, Grupo 1).

Las amas de casa tradicionales también consideran que el trabajo ha sido un detonante de la reducción de las relaciones intergeneracionales.

4.5. La fragmentación de las coordenadas espacio-temporales del ocio.

En las sociedades occidentales uno de los elementos básicos a la hora de concebir y valorar las condiciones de vida es el tiempo disponible para el ocio y las formas de utilizarlo. Este ocio ha sido objeto de un interés preferente para describir algunas de las características de la estructura social. Tanto Veblen (1900) como Elias (1993, 1994) dirigieron su atención hacia el ocio porque lo consideraban un parámetro importante en el estudio de las sociedades. Se trata, por tanto, de uno de los ejes articuladores de la sociedad de consumo y referente básico en la vida de los jóvenes. Norbert Elias afirmó que sería el ocio, y no el trabajo u otro tipo de relaciones sociales, lo que conduciría el proceso de individuación de occidente hasta sus últimas consecuencias (1994).

Pero además, el agotamiento de los esquemas fordistas de consumo de masas dio paso a la aplicación de las estrategias comerciales y publicitarias de segmentación.

Junto a otros, uno de los criterios de segmentación a los que con mayor frecuencia se recurre es el de la edad. Con los años, el consumo registra grandes especificidades relacionadas con la edad. La oferta de productos de alimentación, bebidas, coches, viajes o ropa se ordena y clasifica en función de la edad. La edad es, pues, uno de los criterios de la arquitectura de la sociedad de consumo. Cada edad tiene unas coordenadas espacio-temporales en las que inscribe su ocio.

"De todas las edades, hay una temporada que la gente es mucho más jovencita '¡Pero Dios mío si estos chiquitos!'. Hay unas horas determinadas que yo paso y digo: "¡Madre de Dios! si estos chi-

quitos y chiquitas...’ Pasan unas horas y son otras edades. pero las horas siguen pasando, cuatro, cinco, seis, siete y los que luego cierran las puertas de los, por el horario municipal” (Grupo 4).

“Es lo que hay” dicen los adolescentes a sus padres. La sociedad ahora está organizada así y ellos no van a ser menos que sus amigos “Quizás, es que las costumbres de ahora te las marca la sociedad en general o lo que está diciendo ella porque ahora, por ejemplo, tú sales a las doce y prácticamente no encuentras nada. O sea a lo mejor no es porque tú no quieras, sabes, es porque la sociedad está así porque cuando sales de casa por lo que sea y a lo mejor a las doce no hay nada. Entonces, te marcan ya” (Grupo 7, pág. 4).

“Es como que te marca. Tienes que salir ya a partir de una hora, si quieres pasártelo bien y tal. No sé” (Grupo 7, pág. 4).

Así, el ocio nocturno de los fines de semana se convierte en el gran conflicto familiar. Aquellos hombres y mujeres con hijos que se encuentran en la etapa de adolescencia, señalan que el principal tema de conflicto son las discusiones en torno al ocio nocturno de los fines de semana.

“Tengo la lucha de las salidas, el alcohol, el fin de semana, las broncas. No estamos en la misma onda” (Grupo 2).

El disfrute del ocio se segmenta, hasta el punto de que como ya se señalaba en párrafos anteriores, incluso las fiestas populares, que siempre fueron “familiares” (es decir, intergeneracionales) ahora se han segmentado:

“Pues es que yo ya, yo ya no conozco fiestas familiares. Yo me acuerdo de las fiestas populares de mi pueblo cuando era pequeña que se que íbamos los padres, los niños y tal pero ahora ya fiestas populares, ¿dónde quedan fiestas populares?” (Grupo 3, pág. 16).

Curioso que mientras las personas de edad media se quejan de la desaparición de las fiestas familiares, la industria del ocio haya introducido recientemente el concepto de “ocio familiar” para posicionar parques temáticos y otras propuestas comerciales. En realidad, podríamos decir que éste último no es más que un ocio para jóvenes parejas con hijos pequeños, muy lejos por tanto, de espacios en los que también tuvieran cabida adolescentes y padres de más edad.

Estos últimos han señalado que en la sociedad del ocio segmentado, ellos son los que no encuentran su espacio propio:

“Por ejemplo, vamos a suponer ahora que van a ser próximas las fiestas de aquí de la ciudad. Oyes que el Ayuntamiento ‘Oh fiesta, toda marcha para los jóvenes y tal’. Incluso ‘Un baile para los mayores’ y los del medio que somos el nexo de unión entre los jóvenes y los mayores. ¿Dónde nos vamos? Porque a la pachanga de los jóvenes se supone que no podemos ir y a hacer un pasodoble con los mayores tampoco nos apetece. ¿Dónde nos quedamos? En vez de ser fiestas populares, ya no son fiestas populares, ya son fiestas políticas para coger gente joven o, o fiestas políticas para que los mayores estén todos muy contentos, pero ya no contempla la unidad familiar que, que era una fiesta popular que era toda la familia a disfrutar esto a disfrutar de lo otro” (Grupo 3, pág. 16).

Y la influencia del criterio edadista como vertebrador de la sociedad de consumo se ha dejado notar en muchas actuaciones de las administraciones públicas. Las políticas públicas edadistas tienen cada vez mayor importancia en los planes de las administraciones públicas. Así, cada vez es más fácil encontrar planes y acciones referidos a grupos sociales cuya única característica es su pertenencia a un mismo grupo de edad, fundamentalmente la infancia, la adolescencia y juventud, y la edad avanzada.

Ahora bien, estos criterios edadistas no sólo impulsan políticas destinadas a obtener una mayor cercanía con grupos específicos de edad. También se dejan sentir en las más diversas actuaciones de

las administraciones públicas. En el grupo de discusión de Castellón, por ejemplo, se comentó que el propio Ayuntamiento de Castellón había fragmentado la organización de las fiestas de la Magdalena por edades:

“El ayuntamiento ha fragmentado la fiesta por edades” (Grupo 1, pág. 25).

La conversión del ocio en una parte sustancial de nuestras vidas es algo relativamente reciente. Las cohortes nacidas en el primer cuarto del siglo XX fueron socializadas en la ética del trabajo hasta tal punto que cuando se jubilaron no sabían muy bien qué hacer con su ocio recién conquistado. Posteriormente, aparecieron unas cohortes que aprendieron a desear un ocio escaso ya que fueron socializadas en la importancia de gozar de un cierto ocio, pero a la vez tenían que reivindicarlo frente a sus padres que no acababan de aceptar ese cambio cultural. Por último, la actual generación de jóvenes está siendo socializada en la centralidad del ocio y se permite mucho ocio porque, al menos en parte, la anterior generación proyecta sus deseos insatisfechos sobre la nueva generación.

Así, el ocio ya no es el tiempo de descanso, sino el conjunto de ocupaciones (frenéticas, a veces) a las que puede dedicarse un individuo después de haberse librado de todas las obligaciones profesionales, familiares o sociales. Y sin duda que los jóvenes participantes en el estudio, tanto los que se encuentran en situación laboral activa como los que estudian en la universidad, participan de los rituales de ocio del fin de semana que escenifican el proceso descrito por Elias: las relaciones que mantienen el fin de semana tienen para ellos una importancia capital, muy por encima de las que mantienen en el ámbito laboral, escolar y, por supuesto, familiar. Véase, sino, el contenido de los siguientes comentarios:

“La festa es la festa i tot el que està associat a les festes, les drogues. Això no es pot parlar amb les pares ni amb els abuelos i no es pot anar amb ells de festa, et pots anar amb gent més jove” (Grupo 1, pág. 9).

4.6. El efecto desarraigador del proceso de urbanización.

El proceso de industrialización originó un crecimiento de las ciudades, mediante el trasvase de población activa de la agricultura a la industria y los servicios, en forma de éxodo rural y de flujos migratorios desde el campo y los pueblos pequeños a las grandes ciudades. Este proceso de urbanización ha erosionado los lazos sociales y ha producido una reducción de las relaciones intergeneracionales. El propio Simmel ya lo percibió en las ciudades europeas de principios del siglo XIX: el individualismo, la búsqueda de dinero y un cierto orden orientado al crecimiento económico, producen “una personalidad urbana cuya vida psíquica implica una forma particular de desocialización” (Simmel, 1908).

“Lo que pasa es que nuestro país está dejando de ser rural y más o menos... De todas formas, en los pueblos hay un buen ambiente, los abuelos se juntan todos se van a caminar” (Grupo 5, pág. 15).

“Pero aquí no, porque no conoces a nadie, cuando vas al bar del pueblo y a las diez almuerzan todos, todos, los albañiles, el del tractor, el dle campo, y se juntan unas mesas impresionantes y hay gente joven, chavales de la granja y están de puta madre todos juntos, con su botella de vino y el abuelo pues cuenta un chiste, luego juega con ellos a las cartas y luego en el pueblo hay mucha soledad ¿eh?, en los pueblos no hay problema” (Grupo 5, pág. 14).

4.7. La diversificación de los flujos de socialización

La socialización presenta hoy un perfil muy distante de lo que las actuales generaciones de edad media y avanzada conocieron. La socialización estaba entonces fundada sobre la identificación del adolescente con el estatus y el rol del padre, y sobre la transmisión de una generación a otra de representaciones, valores y estilos de vida. La socialización por tanto era vertical, de arriba hacia abajo, es decir, de padres a hijos.

Esa situación de socialización ha sido reemplazada por otra que se caracteriza por la diversificación de los flujos socializadores. Estos otros flujos socializadores establecen una tendencia clara de desverticalización. Así, una vez neutralizadas las transmisiones jerárquicas descendentes, las nuevas generaciones se enfrentan a una multitud de opciones diferentes entre las que deben elegir bajo la propia responsabilidad y por propia decisión. En ese contexto, Merelman (1986) propuso el concepto de socialización lateral para englobar esas situaciones en las que las influencias le llegan al individuo no tanto desde arriba (padres, profesores...) sino de los grupos de pares o en todo caso, horizontalmente, de otras personas que están en su mismo nivel.

Esa pérdida de peso de los flujos de socialización vertical ha conducido a que determinados agentes de socialización que antes operaban verticalmente, se encuentren en la actualidad tratando de influir horizontalmente. Los casos más claros son la familia, es decir, los padres y los profesores. Y esa puede ser una de las razones por la que ambos han renunciado a que sus hijos y alumnos les traten de usted⁶.

La horizontalidad se ha proyectado en otros ámbitos en los que se dan relaciones intergeneracionales formales, como por ejemplo en centros de trabajo y educativos. Ahí, prácticamente se ha perdido el uso del "usted". Esta pérdida ha generado un debate en los grupos de discusión. El asunto puede parecer anecdótico, pero en realidad es sintomático.

Dentro de las familias, un hermano puede llegar a actuar como referente más que los padres:

"Mira, por ejemplo, yo quería decir que mi hermano, tengo un hermano de de 15 años, pues mi hermano no le cuenta nada a nadie y a mí llega y me cuenta todas las historietas que ha tenido con las chicas. Que si ha aprobado no sé qué, que si se ha ido de botellón y se ha bebido no sé cuántas copas, que si esta noche ha salido y, claro, mi madre sabe que él me lo está contando a mí. Entonces, mi madre prefiere no meterse porque sabe que yo le voy a aconsejar bien, sabe que tiene una persona mayor que le está guiando y mi hermano se siente muy bien porque sabe que yo no voy a chivarme a mi madre" (Grupo 7, pág. 15).

Pero el verdadero factor horizontalizador se encuentra en la influencia de los grupos de pares sobre los jóvenes. Normalizan un estilo de vida y de conducta que se impone por sí mismo.

"Es que si tu amiga vuelve a las cinco de la mañana y a ti te hacen volver cuando empieza la noche, no es lógico. O sea se hace más o menos lo que hace todo el mundo en la sociedad. Entonces es una lucha" (Grupo 7, pág. 4).

Y también hay una inversión de los flujos verticales de arriba abajo. Los jóvenes, merced a una mayor confianza en los padres, argumentan sus posiciones y logran influir en los padres, sobre todo en las madres, y generalmente en cuestiones que tienen que ver con el ocio o las salidas nocturnas:

"La relación no sólo está de padres a hijos, sino de hijos a padres. Si, por ejemplo, tú vas un sábado por ahí y te (inaudible) con tu madre con las tías de dónde sea, con veinte botellas con una mierda de aquí a Lima y te dice tal y cual, pues dice: ¡Madre mía del Señor; mi hijo es un drogadicto, es un tal, es un cual, castigado en casa tal y cual" pero en cambio si tu poco a poco de pequeño, tu vas: "Mamá, hoy me han dado a probar un whisky, tal". "Pero hijo, mi hijo drogadicto tal y cual. Si (inaudible). Si un día se levanta por la mañana y te encuentra en el portal de tu casa" (Grupo 7, pág. 7).

⁶ Se dedica un apartado específico a examinar la transformación de los usos del "usted".

“Una cosa puntual, si os sirve de aclaración. Hace poco me pidió una de mis hijas que le comprara un vestido y yo miré el vestido: ‘Madre mía cuando lo vea su padre. Yo salgo de casa y tal’ y la niña me dijo: ‘Mamá, a ver si tú me puedes entender’. Dice: ‘Tengo 19 años y el cuerpo Danone. Si no me lo compro y me lo pongo ahora, ¿Cuándo me lo voy a poner y me lo voy a comprar’ y, claro, visto desde ese punto a mi se me olvidó lo de su padre, lo del escote y se me olvidó todo porque la niña tenía razón. Si ahora no puede disfrutar un modelo un pelín más atrevido, que la cosa no iba a ningún sitio tampoco.... La niña lo dijo de tal manera, viendo que yo no la entendía y yo estaba dispuesta a escucharla y se acabó. Yo, ni siquiera se lo hubiese planteado a mis padre” (Grupo 3, pág. 6-7).

Y los padres, especialmente las madres, reconocen que aprenden de los hijos:

“Pero que ellos también te enseñan, los más jóvenes y los más mayores a mí, por lo menos, me enseñan, me enseñan y creo que es la madurez de cada uno, que te hacen comprender, es (inaudible), relaciones, relaciones de unos o de otros” (Grupo 3, pág. 9).

4.8. El efecto desocializador de la televisión y las nuevas tecnologías.

La presencia de la pantalla de televisión en los hogares ha supuesto grandes cambios en la dinámica de las relaciones familiares. El televisor, en sus inicios, tenía un carácter aglutinador familiar. El televisor venía a ser el equivalente del tradicional fuego de chimenea, y en torno a ella se articulaban las conversaciones y las comidas familiares.

Había un único aparato por hogar y un canal único, por tanto, propiciaba la convergencia en torno a él. Así, se señaló en los grupos de discusión cuyos componentes eran de mayor edad “Se sentaban todos alrededor del televisor” (Grupo 4).

Pero el uso actual del televisor es el que corresponde a cualquier tecnología en contextos de individualización, es decir, individual⁷ :

“Es que ahora hay un televisor en cada habitación” (Grupo 4).

Para las personas de más edad, la televisión es una de las causas de la reducción de las relaciones intergeneracionales, tanto dentro, como fuera, del hogar:

“No se puede ni hablar cuando están viendo la tele” (Grupo 2).

“La televisión quita mucho tiempo a las relaciones” (Grupo 2).

“Antes la gente salía a la calle. Eso se ha perdido. Ahora, con la televisión en casa no hay conexión” (Grupo 6, pág. 22).

Las personas mayores con estudios universitarios culpan en gran medida a la televisión de la pérdida de valores:

“Pienso que a lo mejor los valores se han ido perdiendo, la televisión ha hecho un daño muy fuerte. Desde la televisión por aquello de que si aquello ha de ser simplemente información, o educación, o documentación ¿verdad?, se ha quedado simplemente en una cuestión de manifestación pero a media pila. Es decir, yo aceptaría que se dijera: ‘Hombre, la televisión no tiene porque formar’, puede ser, no vamos a discutir, pero indudablemente lo que no debe aceptarse que la televisión tenga que desinformar o deshonorar o deseducar y esa serie de situaciones se han ido produciendo, en el cine, en la televisión, en una sociedad que ha querido abrirse y abrirse con un snob, en donde los valores humanos no se han respetado” (Grupo 4).

⁷ En una encuesta reciente del CIS (E-2349), se detectaba que en un 38% de los hogares con más de un televisor, uno de ellos estaba dedicado a los hijos.

La valoración de la televisión también es negativa entre los mayores de 65 años con estudios básicos, sin embargo, estos se ubican en una estricta ambivalencia, pues consideran que la televisión ha aportado información y apertura mental a un buen número de personas.

“La televisión, que ha abierto los ojos a muchas cosas que antes estaban ignoradas” (Grupo 6, pág. 4).

La inexistencia de televisor “Es muy importante pero no hay una conversación, no hay por eso porque está el coche, está el televisor. El televisor para mi es muy importante. Antes no había televisiones y teníamos unos, los cuentos de Calleja, una cosa más guapa que guapa y entonces o a las siete de la tarde estabas en casa metida, porque no veas el frío que hacía que ahora también ha cambiado” (Grupo 4).

Y con la televisión, han ido llegando, impregnando el hogar, las otras tecnologías que contribuyen claramente a la individualización y el aislamiento:

“Tampoco teníamos los cascos” (Grupo 4).

“¡Cuidado! y hay un teléfono en cada habitación. Y un móvil. Sobre todo el móvil” (Grupo 4).

En cuanto a los ordenadores, les atribuyen un fuerte efecto desocializador:

“Los ordenadores lo que hacen es encerrar a los chicos en sí mismos y entonces resulta que lo que es bueno por un lado es por otro lado malo” (Grupo 4).

Significativamente, no apareció una visión más ponderada de las nuevas tecnologías, que tienen un carácter interactivo, a diferencia de la televisión; ni tampoco el papel que ha jugado el teléfono, al propiciar la “intimidad a distancia”, es decir, el fomento de relaciones, vía virtual, entre unidades familiares en hogares independientes.

4.9. El efecto individualizador de la cultura.

La adquisición de cultura produce individualización “Hoy el estudio es la base, la cultura hace mucho a la persona, pero a la misma vez nos separa entre personas porque se meten a estudiar, cuando están solos estudiando se meten a estudiar y la relación..., yo juzgo por los míos ¿no?” (Grupo 2)

El hogar se convierte en “un centro de estudio”, por tanto, no se les puede molestar cuando están estudiando y eso reduce las interacciones familiares:

“Si se meten en mi casa a estudiar en su habitación ni puedes poner música, ni puedes hablar. Algunas veces no he podido ni hacer de comer: “ ¡No hagas ruido!. Pero digo: “¿Pero tendré que estar en la cocina?. Entonces, se aíslan de tal manera, que están solos, cuando salen, como dicen ahí, es la relación con sus compañeros, quiero decir, su, su, su misma edad, su círculo de su misma edad” (Grupo 2).

En definitiva, a lo largo de la exposición precedente de los contenidos desarrollados en los grupos de discusión, de los análisis efectuados por los miembros de los mismos, se muestra claramente la existencia de una conciencia de creciente distanciamiento entre las generaciones. Las explicaciones varían en función de las posiciones que se ocupan en la escala generacional, del capital educativo con que se halla dotada una cohorte o un segmento de la misma, de la posición en el mercado de trabajo, pero los elementos coincidentes no son menos incuestionables: se ha producido un cambio desde una concepción vertical, autoritaria, de las relaciones, hacia una visión horizontal, democrática; donde primaba antes la autoridad, ahora lo hace la libertad y la autonomía; donde se imponían los intereses del grupo, ahora lo hacen los del individuo (vivir su propia vida); donde funcionaba una socialización descendente, predomina una lateral; donde la solidaridad proxémica tenía un inequívoco componente vertical ascendente (alguien debía sacrificarse para cuidar a los ancia-

nos), ahora domina una solidaridad vertical descendente (los padres hacen esfuerzos ingentes para proporcionar estudios y vivienda a los hijos).

Todo esto son rasgos de una sociedad de edades, donde la homoetariedad se constituye en lógica hegemónica de las relaciones sociales. Es en este contexto donde debe plantearse la posibilidad de tender puentes de intermediación intergeneracional, asunto que abordamos en el siguiente capítulo.



IV. La mediación intergeneracional

Durante la realización de los grupos de discusión, una vez efectuado el diagnóstico sobre la situación de las relaciones intergeneracionales, se planteaba a los presentes que expresaran su opinión sobre la existencia de una demanda social a favor de la figura de los mediadores intergeneracionales, en tanto que profesionales dedicados a fomentar la recomposición de la vinculación entre generaciones. La respuesta obtenida es bastante unánime en todos los grupos: No existe demanda y no parece previsible que vaya a producirse ésta en un futuro inmediato. Después, entraremos en detalle en el análisis de este dato; previamente, efectuaremos una reflexión sobre la figura social del mediador en el contexto contemporáneo; e inmediatamente presentaremos la argumentación que desarrollan los grupos al respecto.

1. La sociedad de la mediación

Uno de los rasgos que definen a la sociedad contemporánea se encuentra en la institucionalización de procesos de resolución de conflictos y la creación de figuras profesionales para ello. Podemos encontrarlos en los diversos campos y esferas de la acción social, en definitiva, allí donde actúan factores de estratificación y procesos de intercambio: relaciones de clase, espacio político, intercambios comerciales, dimensión familiar, pluralidad cultural.

La sociedad industrial es una sociedad de clases que ha experimentado grandes conflictos durante el siglo XIX y XX; que ha visto surgir el poderoso movimiento obrero, las luchas sociales por la jornada de 8 horas, contra el trabajo infantil, etc. La confrontación revolucionaria (burguesía – proletariado) del siglo XIX y parte del siglo XX fue sustituyéndose progresivamente por procesos de concertación y de negociación, en los cuales han intervenido mediadores en numerosas ocasiones. Para abordar esta problemática se ha desarrollado el derecho del trabajo y han aparecido profesiones como diplomado en relaciones laborales y licenciado en ciencias del trabajo.

La sociedad contemporánea es una sociedad del comercio y del intercambio generalizado, pero dadas las diferencias culturales e institucionales entre las diversas partes que participan en los intercambios, el distinto nivel alcanzado por la regulación legislativa sobre el cumplimiento de los contratos, etc., el mundo del comercio ha generado instituciones de mediación a las que se apela para dirimir los conflictos cuando estos se producen.

Del mismo modo, la propia estructuración del campo político en las sociedades democráticas contemporáneas constituye una institucionalización de la representación de intereses y de la mediación del conflicto.

Pero, especialmente una figura profesional del mediador se ha ido gestando recientemente en dos campos nuevos de especial interés para esta investigación: el mediador intercultural y el mediador familiar.

En la medida en que la sociedad contemporánea es una sociedad pluricultural o multicultural, en ámbitos como la escuela, pero también en otros marcos institucionales (hospitales, cárceles, etc.) y muy especialmente en los espacios de la vida cotidiana se hace preciso la presencia de profesionales capaz de instaurar espacios de negociación pragmática de las diferencias y de generación del consenso pragmático, dado que será imposible el acuerdo sobre valores y opciones culturales.

Del mismo modo una transformación profunda de las relaciones y de la vida familiar (tan profunda que ha llevado a algunos autores a hablar del fin de la familia, de la desestructuración familiar, etc.), como consecuencia de nuevas prácticas (divorcio, separación, cohabitación, etc...), y la necesidad de garantizar los derechos de los niños, ha llevado a la creación de una figura profesional, conocida como mediador familiar que actúa en estos puntos de conflicto con el fin de intermediar entre las partes y remediar los efectos indeseables.

Todos los datos que acabamos de presentar indican que la sociedad contemporánea institucionaliza la resolución de tensiones o conflictos mediante un mismo tipo de figura que recibe el nombre de mediador. Por tanto, proponemos que en caso de que exista la demanda y la necesidad de fomentar las relaciones intergeneracionales y de favorecer la integración entre los grupos de edad, la denominación de la figura profesional encargada de abordar esta necesidad sea la de mediador intergeneracional. Ahora bien, ¿en qué medida existe conciencia de esta demanda? ¿qué plantean al respecto los grupos de discusión? ¿qué discurso elaboran? ¿qué otros datos corroboran o ratifican lo que aparece en la conversación?

2. Las diferencias generacionales en sí no se perciben como problema

Las reacciones de los grupos cuando se plantea la posibilidad de crear una figura de mediación intergeneracional no puede ser más expresiva, pese a haber diagnosticado certeramente la segregación de edades como un rasgo prototípico de la sociedad contemporánea: sus manifestaciones traslucen escepticismo, ironía, distancia, suspicacia, prevención.

Las ideas generales pueden sintetizarse en los puntos siguientes:

1. Existe necesidad de relaciones intergeneracionales;
2. Pero no hay demanda de un mediador intergeneracional para que las facilite.
3. La falta de comunicación es una "enfermedad" endémica de los distintos grupos y categorías sociales, porque la comunicación lograda se da entre el grupo de pares, allí donde imperan la voluntariedad de la elección y la afinidad credencial;
4. Pero, de dicha constatación no se deriva un imperativo para institucionalizar procesos que favorezcan la comunicación intergeneracional.
5. Por otra parte, la necesidad de relaciones intergeneracionales se atribuye inmediata y fundamentalmente, por todos los grupos, a las personas mayores. Ellos son esencialmente el sujeto carencial en esta dimensión de la vida humana.
6. Son éstos quienes padecen soledad y dependencia; y, por tanto, necesitan a) comunicación y b) atención. Es importante diferenciar ambas necesidades porque siguen lógicas y demandan recursos diferentes.
7. Para solventar las necesidades de comunicación se han creado los centros de sociabilidad, que se fundan en la lógica homoetaria de los procesos de comunicación en esta sociedad.
8. Las relaciones intergeneracionales de la sociedad contemporánea han quedado reducidas a encuentros fugaces y coyunturales, que se producen en contextos instrumentales (como en el gimnasio, en el campo de fútbol) o en áreas de paso de la vida social (en la cola del auto-

bús, en el tren, en el bar), que podrían ser categorizados más bien, de acuerdo con Marc Augé, como “no lugares”.

9. Cualquier proyecto de institucionalización de relaciones intergeneracionales, debe tener en cuenta, pues, que la voluntariedad y la afinidad de los miembros del grupo, son condiciones ineludibles para fundar la vinculación.
10. Dadas estas condiciones, se dice que podrían desarrollarse relaciones intergeneracionales en contextos lúdicos. No obstante, se añade de inmediato que estos espacios también están segregados. Por ello, se suele concluir que la figura del mediador intergeneracional a) puede ser útil, b) pero poco viable, c) nadie la percibe como necesaria, d) nadie está dispuesto a “invertir” esfuerzos en lo que procura.
11. Para solventar las necesidades de atención, que fueron tratadas tangencialmente en los grupos de discusión, se requieren otro tipo de recursos. Llama la atención que cuando se piensa en las personas mayores siempre se hable más de la soledad que de la dependencia. Los dependientes parecen excluidos de la vida social. Son invisibles. ¿En qué medida este hecho tiene que ver con a) una lógica social general basada en la actividad, la productividad y la autonomía, y b) con una estrategia correlativa de las personas de edad avanzada autónomas para distanciarse de todo lo que pueda “oler” a vejez y senectud?

3. La perspectiva de los grupos de discusión

A continuación, vamos a efectuar un recorrido por el discurso de los grupos, en relación con la institucionalización de procesos y figuras profesionales, que puedan favorecer las relaciones intergeneracionales. Para ello, seleccionaremos algunos fragmentos, con el fin de presentar de forma más directa el tono de las argumentaciones:

En el **grupo 1**, formado por jóvenes trabajadores, no sólo se consideraba inexistente la demanda social de una institucionalización de relaciones intergeneracionales mediante la creación de una figura profesional para favorecerlas, sino que se ironizaba sobre ello. Uno de los miembros del grupo afirmó: “Le digo a mi madre que me voy a un intermediario y me dice: ¿Dónde vas? ¿A una secta, hijo mío?”. Otro de los presentes atribuía la reticencia a la novedad del fenómeno: “En primer lugar creo que serían reacios porque a todo lo que es nuevo y, no sé, en principio la gente sería muy reacia.

Muy reacia a recurrir a.., a eso. A lo mejor, una vez, con los años, que eso ya estuviera implantado y vieran cómo funciona, pero al principio...”.

Otro de los asistentes a la reunión, derivó significativamente el tema hacia los centros de sociabilidad: “...de hecho ya se está dando esto a nivel de gente mayor, ya se está dando a nivel de centros de jubilados que tienen actividades deportivas, de baile y tal. A nivel de gente mayor, esto se está haciendo porque mi madre es viuda y está en un centro y tiene infinidad de actividades y no hace más porque ella no quiere y le ha venido muy bien, el relacionarse con más gente. Yo creo que a nivel de gente mayor se está haciendo aquí. El problema es de gente, digamos, más joven relacionarla con gente mayor, no. Para gente sólo mayor está, pero mezclado, no. Ese es el problema, y eso es lo que veo realmente difícil, buscar una cosa intermedia que a todo el mundo le llene porque si no te llena. Si no me llena, yo no voy a ir, ni la persona mayor va a ir”.

Es decir, que sólo se confía en que pueda funcionar un proceso de fomento de las relaciones intergeneracionales si todas las categorías participantes obtienen algún beneficio (“que te llene”). Y no parece claro, qué es lo que puede encontrar en esos espacios la gente joven. Lo que se viene a decir es que las preferencias no se pueden organizar “externamente”, pero son éstas las que determinan la constitución de los grupos con los que se pasa el tiempo libre y los espacios que se frecuenta. En segundo lugar, se añade, las preferencias siguen una lógica homoetaria: se tiende a constituir gru-

pos entre iguales en edad con los que se comparte afinidad. En este contexto, la figura del mediador intergeneracional "podría" verse con simpatía, pero dadas las condiciones actuales tiene pocas probabilidades de implantarse.

Sobre la segregación homoetaria de los espacios, uno de los miembros del grupo dice: "Abans, les zones d'oci estaven totes juntes i anavem tots de festes majors, menuts i grans. Ara, si vols un rollo, t'en vas a una punta; si vols un altre rollo, t'en vas a l'altra punta. La gent va de festa en la gent que li agrada eixe tipus de festa. No n'hi ha un ambient d'oci general".

Por otra parte, se aduce la dificultad de sincronizar calendarios. La gente no tiene tiempo: "tu, per a això necessites un temps per a poder acudir ahí i poder relacionar-te en la gent i avui en dia ese temps no hi ha".

El **grupo 2**, formado por amas de casa, de 45 a 55 años, señala que los jóvenes no quieren dedicar tiempo a estos procesos, pero que los mayores sí los necesitan. En la sociedad contemporánea, el problema central se encuentra en la comunicación.

Predomina la segregación por edades y afinidades: "Cada oveja, con su pareja". Existen diferencias en la visión del mundo que hacen inconciliable la relación. Por ello, no ven futuro al fomento de las relaciones intergeneracionales: "Ni las demanda nadie, ni le apetecen a casi nadie. Lo mismo a los jóvenes que a nosotros, porque prefieren estar con los que han estudiado lo que ellos".

"- Tendemos a buscar gente con la que que tenemos cosas en común.

- Vemos que no tenemos muchas cosas en común, pues cada uno en casa. Una persona más joven pues suele hablar de un montón de cosas pero una persona mayor ya, algunas cosas no te va a entender mucho. Las otras no te va a escuchar, las otras las va a ver desde una óptica muy distinta a la tuya. Entonces, tú como que no te gusta eso, pero yo en general no paso de ninguno.

- Yo creo que es como van y tenemos las (relaciones) que tenemos y no van porque a lo mejor no podemos caminar juntos. La relación que tenemos es decir cómo de personas mayores ayudarles lo que podemos, estar con ellos lo que podemos, pero cada uno por su lado porque no podemos caminar juntos. Cada uno lleva un paso. Entonces no sé si..."

Como dicen estas amas de casa con cierto sentido de la resignación, los jóvenes no acudirán a un lugar, si piensan que allí se encontrarán con "su mamá", rehuirán la convivencia lúdica intergeneracional.

El **grupo 3**, formado por mujeres de 30 a 45 años, conviene en similar diagnóstico:

No existe conciencia de una necesidad de relaciones intergeneracionales y, por tanto, no se produce una demanda de una figura profesional de mediación.

- Yo creo que no, no hay, vamos a ver, yo creo que no hay demanda porque normalmente la gente joven quiere relacionarse con gente joven. La gente mayor tiende a relacionarse con gente mayor, eh, no sé por qué pero esto es así. Entonces, a lo mejor, habría que preguntarle a la gente mayor si realmente se quieren relacionar con la gente joven, si quieren, para qué y cómo; y a la gente joven, si quiere también y para qué y cómo, porque tendría que...Vamos a ver, tendría que haber algo, una motivación para que la gente joven se relacionara con la gente mayor, por ejemplo, porque habrá gente que a lo mejor le..., le guste relacionarse con la gente mayor porque les gusta oír las batallitas que cuentan o yo que sé o porque cada persona tiene una determinada forma y le guste esa relación; pero yo pienso que para que haya esa relación, primero tiene que haber una motivación para eso.

Si bien no existe una demanda, el grupo sí que registra la existencia de una necesidad para las personas mayores:

- Yo creo que hay más necesidad por parte de los mayores de estar con la gente joven, de estar acompañados, de gente joven, de niños (inaudible) pero es necesidad de los mayores. Si existiese un mediador, que sería muy importante, aunque creo que los jóvenes es una minoría los que quieren estar con los mayores o sea los mayores sería la gran mayoría los que quieren estar con jóvenes, pero los jóvenes, a su vez, una minoría los que quieren acercarse a la gente mayor, porque algunos los cansan hablando, contando las batallitas, te cuentan una vez la batalla, pero cuando vas un mes seguido y te cuenta la misma....

- Yo creo que no hay demanda, creo que no hay demanda porque básicamente todos nos sentimos... Yo creo que la gente quiere comodidad y creo que la gente quiere encontrar la comodidad en, en un círculo próximo de gente que más o menos tenga tu edad, que más o menos piense lo mismo, que más o menos tenga sus vivencias, que es la gente que realmente te comprende y también creo que hay bastante miedo a lo desconocido, en todo, en todo... Yo, prodríamos hablar del racismo, del lado desconocido y muchas cosas más, el miedo a viajar, la gente cuando viaja, a mí me encanta viajar y yo veo que la gente, cuando viaja, va buscando lo que tiene en su casa. Es decir, a nadie le gusta lo desconocido porque le hace sentir incómodo, le hace sentir fuera de lugar. Entonces, en las relaciones pasa igual, es decir, yo creo que la gente se siente fuera de lugar y se siente incómodo con gente que no es de su edad, que no piensa como ella, que no tiene sus vivencias y por eso, no hay, no hay demanda, quieres relacionarte con gente de tu edad y para eso no necesitas ningún intermediario, en general, eh, salvando las excepciones. Que sería bueno, es otra cosa.

Los miembros del **grupo 4**, mayores de 65 años con estudios superiores, afirman que existe mucha soledad, que las personas mayores están solas, que hay mucha viudedad y que la revolución tecnológica ha provocado que la gente se encierre más "en sus casas" (Aunque, al tratar estos temas, no parecen hablar tanto de sí mismos, como de "otros" mayores). Desde ese punto de vista, cualquier instrumento para fomentar las relaciones entre generaciones es valorado como positivo. Pero, de ese asentimiento y reconocimiento ideal no se deriva una viabilidad para el presente. Los espacios están segregados y expulsan y excluyen a quienes no son "pares", "iguales" o "afines": "Hay espacios por edades, y ahí no encajas". Al respecto, el siguiente fragmento del diálogo es muy ilustrativo del diagnóstico realizado:

"- Yo no la veo acuciante (la demanda de relaciones intergeneracionales). Sería conveniente, pero nada más.

- ¿Quién es el guapo que a los mayores nos pone en contacto con los que tienen cuarenta años y eso, y la guapa que pone a los de cuarenta años y los pone con los de sesenta y tantos?. Eso, creo que queda muy encasillado una cosa y otra y eso tendría que, tendría que ser más bien cultural. De todas formas, el consejo de los mayores, si de los señores ancianos, la generación actual ni, ni lo quiere, ni lo entiende, ni lo sabe, es decir, todo lo contrario lo que quiere es que nos jubilemos cuanto antes, para seguir ellos entrando.

Las expresiones que fueron apareciendo durante el debate en este grupo son las más contundentes de todos los grupos de discusión. La jubilación es un proceso de suplantación intergeneracional y, en estas condiciones, la figura del mediador intergeneracional "no se ve operativa". "A nivel intelectual sí, pero poco práctica" –dice uno de los asistentes. Y otro añade: "Interesante, pero difícil, una utopía". Y un tercero afirmó que se trataba de una necesidad "muy genérica".

"-Yo lo veo difícil y muy difícil, es decir, cuando el mediador pone en contacto a dos personas o a un pequeño grupo y tal, eso es posible pero una generación de sesenta y tantos muy consolidada ya con sus problemas de jubilación y todo esto y una generación de cuarenta y tantos con afanes de trabajo, donde hemos dicho que hay poca dedicación. Esa conexión entre una generación y otra la veo muy difícil".

Para que funcionen espacios de relación generacional se requieren puntos de encuentro. Sin embargo, los mayores se sienten desplazados. De ellos se dice que “están out”, fuera de juego, que están “amortizados”, que son “porcelana”: “Porque ahora después de unos años de separación del trabajo, pues, la gente ya no querría estar contigo. ‘Es que no entiendes mamá, las cosas no son así ahora’. Entonces hablar ya va acompañado de una premisa: de que yo estoy out”.

El **grupo 5** estaba conformado por varones adultos en activo, de 35 a 50 años. El tema central de conversación de sus miembros giró en torno a la pérdida del respeto y de los valores en general y muy especialmente por parte de las cohortes más jóvenes, que se han vuelto consentidas e insolentes. En segundo lugar, aparece la individualización que ha eliminado los lugares genéricos de encuentro en donde distintas personas podían encontrarse e interactuar sin un fin instrumental preestablecido (“Antes querías charlar un ratito y te ibas al bar”).

Al igual que en otros grupos, se remarca la soledad de las personas mayores y la demanda de comunicación implícita subyacente en su situación:

“- La gente joven está metida en su grupo; si tienes 15 años, puedes relacionarte con un grupo que tiene 15 años, pero si tienes 80 años, que primero tienes una paga seguramente de mierda, que estás jodido por todos los lados y además no tienes facilidad porque estás cansado de relacionarte con nadie y nadie viene a tu casa, pues esa gente yo creo que si que lo demanda”.

Los mayores se juntan mucho entre ellos: en la calle, en el club de jubilados. Sin duda, estarían encantados –se afirma– en compartir actividades con jóvenes (lo que tendría para ellos un efecto rejuvenecedor): “Les gusta echar una partida a las cartas con gente joven y hablar con ellos”. Algunos rechazan acudir al centro de jubilados y a los viajes del IMSERSO porque consideran que “ir con viejos te avieja más de lo que eres”. Otros, por sus hábitos anteriores, “han dedicado toda su vida a trabajar” y no han desarrollado aficiones particulares-, encuentran ahora dificultades para participar en las actividades programadas.

En los clubes de jubilados hay celebraciones ocasionales en las que participan personas de distintas generaciones. Uno de los asistentes al grupo refiere así uno de estos encuentros: “Había chavales de 16 años hasta abuelos de 80 años; y si vieras a la abuela de 80 años que estaba mala en casa sacarla a bailar, todos ellos y no sé que. Y la abuela pegaba unos saltos de miedo”. Al referir este encuentro intergeneracional, concluye que todos tienen necesidad de relación: “O sea, todos, desde los pequeños hasta los mayores, necesitamos todos de todo”. Sin embargo, inmediatamente añade que para quienes trabajan existe un problema que dificulta la participación en estos encuentros: “Lo que pasa, yo creo también, es que no tenemos tiempo, particularmente repito no hay tiempo de hacer cosas, porque yo antes, por ejemplo, fíjate, sacaba tiempo y me juntaba con toda esa gente ¿eh? y nos íbamos a pasar unos días al campo o a lo que fuera, y ahora no tengo tiempo para nada”.

En los fragmentos anteriores, aparecen dos asuntos que conviene mirar con algo más de atención

- a) Las personas de edad avanzada autónomas rechazan ir con los que denominan “viejos” porque si lo hacen se sienten ellos mismos “más viejos” de lo que se consideran. Aquí se da una manifestación típica del rechazo de los mayores autónomos a todo lo que pueda identificarlos o recordarles la vejez. Por tanto, existe un conjunto creciente de personas de edad avanzada que adoptarán pautas de comportamiento, estilos de vida, claramente diferenciados de los mayores dependientes, aunque sólo sea para evitar la contaminación con los signos de la vejez y para combatir las formas de la decrepitud.
- b) Por otra parte, la cohorte de los adultos, inserta en el mercado laboral, considera que no dispone de tiempo. Los requerimientos del trabajo (“es que tengo muchas cosas que hacer”) y del cuidado de la familia, le permiten justificar su ausencia de los contextos de interacción con personas de edad avanzada.

- c) Frente a ellos, los jóvenes “no casados”, “van a la suya” y “viven en su mundo”: “Ellos tienen que vivir su vida y tienen que salir a la vida y tienen que ver sus cosas”.

En resumidas cuentas, vemos cómo operan dos lógicas homoetarias y segregadoras. Al constatar su carácter implacable, uno de los miembros del grupo, replica que en definitiva no es tanto cuestión de cantidad (de tiempo), cuanto de calidad y de voluntad de encuentro: “Tienes tiempo para ir al bar, ¿y no tienes tiempo para ir a tus padres?. Que no vas porque no te sale de los huevos”.

En este momento del debate, la confrontación entre las dos posiciones, muestra la ambivalencia de las situaciones y de los roles en que se encuentran estos hijos adultos frente a sus progenitores jubilados y crecientemente dependientes.

Cuando finalmente se introduce en la conversación el tema de la figura del mediador intergeneracional, los miembros de este grupo consideran que las relaciones intergeneracionales son necesarias, mediante ellas puede ponerse en contacto la inexperiencia y la experiencia. “Debería ser como una rueda”; la gente mayor te enseña; la gente joven, te refresca. Por tanto, si se trata de un imperativo cultural (que haya buen rollo intergeneracional) el consenso está servido. Ahora bien, “- ahora le dices a un chaval joven que se tiene que juntar con una persona de 60 años para divertirse y por mucho mediador que haya, como no haya un punto en común en lo que los atraiga a los dos, no hay nada que ...

- No es tan fácil, porque ¿qué punto de unión?, un chavalillo de 18 años lo que piensa es buscar una chavalilla de su edad y no aguanta estar ahí, pues bueno, con el abuelo.

- Imagínate que se juntan un abuelo con un amigo suyo de la mili, de hace ya no sé cuantos miles de años que no se han visto, ¡joder!, pues igual hacen migas - Sí, pero entre ellos”.

Existen innumerables dificultades, como consecuencia de la individualización, de las diferencias generacionales. Uno de los miembros sostiene que existen dos fracturas de edad más allá de las cuales la relación no le parece viable:

“- ¡Hombre!, yo pienso que hay dos picos importantísimos, que es digamos hasta los veintipocos años, que pues hombre tienen un poquito más difícil, y luego a partir ya digamos de los sesenta y pico, digamos esos dos grupos, a partir de ahí, yo lo veo difícil.

- Por debajo de 20 y por encima de 65...

- Yo lo veo difícil. Luego entremedias evidentemente que si tengo 38 y puedo relacionarme con uno de 25, pues claro que sí y con uno de 55 también, y con uno de 65 también, eso es evidentemente, pero ahí no hace falta ningún mediador.”

Una vez efectuadas estas consideraciones, se impone una conclusión: el mediador intergeneracional no es viable ni necesario. Su función no aparece clara.

El **grupo 6** estaba conformado por personas mayores, de 65 y más años, con estudios básicos. Su visión general, sobre la posibilidad de fomentar de manera regular las relaciones intergeneracionales, coincide con la del resto de grupos, pero fue formulada con sentido literario (es como “querer plantar semillas en el desierto”) y añade algunas especificaciones sobre las posiciones específicas de esta categoría social (mayores sin estudios) que conviene resaltar. En primer lugar, extraeremos fragmentos que expresan la visión general de la segmentación y que, de ella, derivan la conclusión de que no son posibles las relaciones intergeneracionales; posteriormente, presentaremos las peculiaridades del grupo.

Las generaciones son mundos comunicados (“Hay una separación, como si fuera un abismo”). Partiendo del físico (los jóvenes son más fuertes), todo son diferencias. Y los grupos se rehuyen y “van a su rollo”. No sólo es que los jóvenes “no se quieren relacionar con mayores”; es que, por su parte,

los mayores “también buscamos un grupo nuestro”, porque, en definitiva, la gente se une por afinidad. La afinidad es el principal factor de vinculación en una estructura social individualizada.

En este contexto estructural, los espacios de relación intergeneracional genéricos, como por ejemplo los bares, desaparecen. Mientras que los mayores prolongan en ellos su concepción tradicional del casino:

“- Es que ocurre otra cosa muy importante que para mi es, es que hay otro modo, otro método, otro sistema que, es decir, hoy día existen los bares, existen los bares en que vas, no, o sea, la juventud no entra. Entran las personas mayores. Las personas mayores tienen lo que han tenido siempre, sus juegos, su dominó; las mujeres, las cartas, esto, esto, lo de allá y de ahí no salen. Llevar a una persona joven a un sitio de esos a ver qué pasa, no se meten. El que entra, lo repele”.

Ahora bien, las personas mayores son las que: por un lado, tienen necesidad de relaciones, porque de lo contrario les amenaza la soledad; pero, por otro, se consideran fuera de juego de la dinámica social y tienden a conformarse con su situación, a desvincularse, a desengancharse. El fragmento que transcribimos a continuación refleja bien ambos aspectos: la necesidad y el desenganche. La percepción del “abismo” generacional, del cambio histórico, de la “inseguridad” en las calles, les lleva a “arrinconarse”.

“La gente mayor lo necesita (las relaciones) más que los jóvenes porque tienen más problemas. Tenemos más problemas que la gente joven. La gente joven tiene donde reunirse, pero nosotros no tenemos gente que nos diga: ‘No quedaros en casa, venid aquí que hay una tertulia, que aquí hay un teatro, que aquí actúa una variedad, que aquí hay un cante, que aquí se canta, que..’. Yo, hay que encerrarse, la gente nos encerramos en nuestras casas como si estuviésemos en una prisión, igual. Menos mal que tenemos una televisión y un sofá y a pasar el rato, allí hasta que se acabe”.

Como han mostrado numerosas encuestas, éste es el grupo que más televisión consume. Para ellos, la televisión se convierte en el corazón de la vida. Organiza la existencia, reemplaza actividades anteriores, constituye la principal distracción. Es la tabla de salvación para llenar esa sobreabundancia de tiempo en que se convierte la edad avanzada: “Menos mal que tenemos la televisión y un sofá”.

Dado el siguiente diagnóstico de situación y la propia ubicación en dicho horizonte, nada tiene de extraño que se considere inviable la posibilidad de fomentar las relaciones intergeneracionales. El siguiente fragmento del diálogo mantenido revela además, la especificidad de este grupo, ante los procesos de segregación, es decir su asunción de una actitud resignada.

“No, no, no. Lo encontramos un poco imposible. A mí me agradaría, lo que pasa es que es muy difícil...”

- Es que la misma sociedad lo impide.

- Claro.

- No, no. Yo pienso que, por ejemplo, yo por ejemplo, si yo por ejemplo, viene un chiquito, mi hijo o lo que sea, a verme, estoy deseando que salga a divertirse porque todos tenemos la idea de que ellos vivan mejor que nosotros.

- Claro.

- Entonces, tampoco les pedimos que estén con nosotros. O sea, nosotros no le pedimos nada. Nosotros nos conformamos con vivir la vida así. Tampoco quiero que se preocupen. Los mayores no lo pedimos. Ahora, de pronto, (inaudible).

- Yo estoy fuera de juego y lo comprendo perfectamente como la juventud me puede... la juventud me puede, ¿por qué?. Por el motivo de que todo ha cambiado y ha cambiado de una manera muy grande, vamos a poner con las películas. Las películas estas que las van a verlas. Hoy en día hacen unas películas tan anormales que, que llegan al final...

- Yo no las entiendo.
- ..y sales y no las entiendes y esta juventud lo entiende perfectamente todo.
- Todo.
- Y sabe, yo estoy acostumbrado a "Que verde era mi valle".
- (Risas).
- "La señora Gilbert", el no sé qué no sé cuantos que ya sabíamos desde el principio cómo iba a terminar y te agradaba. Hoy en día me tienen que explicar.

En este grupo, se hace patente una interpretación de la distancia generacional como distancia cultural. El caso ejemplar que se pone sobre la mesa para expresar esta divergencia es el cine. Nada extraño, aunque podría haberse recurrido también a la música, prácticas en las que las diferencias de lenguaje entre generaciones se hacen muy manifiestas.

Ante las novedades y el cambio, este grupo dice a) sentirse fuera de juego, y b) expresa sentido de conformidad. Mientras que en el grupo de mayores con estudios se afirmaba que eran los jóvenes quienes los etiquetaban como out y los desplazaban, y se expresaba una cierta protesta frente a ello, en este grupo de mayores sin estudios se da autoidentificación y conformidad. De ello, se deriva su actitud ante la propuesta de fomentar relaciones intergeneracionales: que los jóvenes, para los que quieren algo mejor que para sí mismos en la vida, hagan su propio camino; el presente y el futuro les pertenece; ellos, en cambio, son el pasado.

La comparación de los dos grupos (mayores con estudios universitarios y mayores sin estudios) permite captar tanto la heterogeneidad actualmente existente en la categoría de los mayores, derivada de su divergencia en la dotación de capital cultural, como la creciente diversidad de pautas de vida que se producirá en el futuro en la medida en que lleguen a la edad de la jubilación personas que han pasado por la escolarización masiva y que han tenido acceso a distintos niveles y ramas de formación universitaria.

Por otra parte, ayuda a comprender mejor el carácter estrictamente circunstancial de las teorías que interpretaron la vejez como un proceso de "desenganche" o "desvinculación social", cuando en realidad reflejaban las pautas de determinados grupos, desbordados por la lógica de la aceleración histórica.

Finalmente, el **grupo 7** estaba constituido por jóvenes universitarios. Éstos piensan en términos de libertad, independencia y autosuficiencia, incluso ante la familia.

Residen en el hogar familiar, pero su vida "está en la calle". Como el resto de los grupos, registran la segregación de las relaciones sociales por edad, muestran su reticencia a compartir el tiempo con "abuelos" (a quienes asocian en la conversación con toda una serie de rasgos negativos), aunque en el espacio de la facultad encuentran a estudiantes de edad madura con los que comparten, con limitaciones, conversaciones, tiempos en el bar e incluso fiestas.

También como el resto de los grupos, atribuyen la necesidad de relaciones intergeneracionales a las personas mayores. En concreto, a quienes llaman "abuelos".

Pero imaginan que esta necesidad desaparecerá en el futuro, "cuando nosotros seamos viejos", porque entonces mantendrán un círculo amplio de relaciones (igual que, dicen, ya lo hacen ahora). En la discoteca, afirman, se encuentran igual a chavales de 15 años que a personas de 30, a su hermano pequeño como a su madre. Éste parece ser el alcance máximo de sus relaciones intergeneracionales y con dicho relato se sienten justificados y satisfechos.

Cuando se les plantea la posibilidad de crear la figura del mediador intergeneracional, responden que podría ser útil, pero no necesaria. Existen diferencias de "historia" entre las generaciones que

hacen inviable su finalidad. En cualquier caso, y esto se repite en distintos momentos del debate del grupo, tiene que fundarse en la libre elección: “tiene que salir de nosotros”, “eso tiene que ser uno mismo”; “no puede imponerse”. Es decir, tiene que ser expresión de la libre voluntad, voluntariado. Luego retornaremos sobre esta opción.

El carácter voluntario se debe entender en doble dirección, o sea, para todos los posibles implicados en la relación. Estos jóvenes se ven a sí mismos en relaciones que “eligen”. La libertad de elección es un valor incuestionable. Libertad implica reciprocidad y, por ello, del mismo modo consideran que tampoco se puede forzar a las personas mayores: “no puedes coger a un abuelo y ‘ahora, de fiesta juntos’ ”.

Las relaciones resultan difíciles por la distancia cultural. Esta distancia se ejemplifica acudiendo a los temas de estudio que les ocupan en la vida diaria: sus abuelos no entienden de los asuntos que tratan las asignaturas de la facultad. Pero, sobre todo, porque no tienen tiempo: durante la semana estudian; el fin de semana se van de marcha. Y cuando, durante la comida familiar del sábado o del domingo, el abuelo trata de entablar conversación con ellos, están derrotados de cansancio y se impone el silencio: “Claro, yo salgo de marcha, me voy al día siguiente al pueblo y estoy fatal porque estoy durmiéndome, bostezando, mi abuelo lo nota. ‘Pero cuéntame cosas, dime’. – ‘Nada, nada, nada’ ”.

4. La percepción social de la problemática: Comunicación y Dependencia

Hemos visto cómo nuestros interlocutores han diagnosticado la existencia de un giro histórico en las formas de vinculación social; que la dinámica principal de la sociedad contemporánea es el proceso de individualización; qué las implicaciones y consecuencias de éste son vividas e interpretadas de forma diferente por distintas cohortes, de acuerdo con las manifestaciones de los miembros de los distintos grupos de discusión; que la lógica de la individualización conduce a grupos homoetarios, basados en la elección y en la afinidad; que esta lógica define los límites del campo de acción para cualquier propuesta de institucionalización de relaciones intergeneracionales.

Hemos visto también que los miembros de los grupos de discusión cuando piensan en relaciones intergeneracionales, tienden a centrarse fundamentalmente en la familia; y que ésta, entendida en sentido amplio, es el espacio por antonomasia de toda relación intergeneracional; que es el prototipo y el yunque contra el cual se forjan los pensamientos sobre la intergeneracionalidad. En ese marco, las dificultades y carencias en la comunicación aparecen como el (inevitable e inevitado) problema principal de los encuentros en el hogar.

Del mismo modo que nuestros interlocutores identifican relaciones intergeneracionales con relaciones familiares intergeneracionales, también reducen y circunscriben el círculo de los sujetos necesitados de tales relaciones a las personas mayores.

Procedimientos de reducción e identificación

Relaciones intergeneracionales	Relaciones familiares intergeneracionales
Sujeto débil de la relación	Personas mayores
Debilidad fundamental	Soledad

Finalmente, opera una tercera reducción: los problemas de las personas mayores son esencialmente problemas de soledad. Si bien, en determinados momentos, los debates se polarizan en la dependencia, la pérdida de autonomía y las necesidades de cuidado, y en los dilemas morales que estas necesidades plantean al resto de cohortes, de generaciones y de géneros, el asunto más socorrido es el de la soledad. Y en consecuencia, su correlato de la comunicación.

En lo que sigue, vamos a abordar en primer lugar la concepción de la solidaridad familiar; en segundo, la problemática (y recursos) para la dependencia. Y finalmente, nos centraremos en el asunto de la comunicación y la reconstrucción del vínculo social.

5. La solidaridad familiar

Como hemos comentado anteriormente, en la sociedad española existe una cultura familista, más en concreto, un familismo dulce. Existe una elevada satisfacción con la familia y ésta se encuentra relacionada con la transformación experimentada por la estructura familiar.

Por otra parte, tradicionalmente a la familia se ha asignado el rol de cuidar a las personas dependientes de la red familiar. En concreto, dicha tarea recaía en las mujeres con una vinculación más próxima con la persona atendida. En toda familia, de acuerdo con la lógica del ciclo vital, se pueden distinguir dos tipos de dependencias "normales", por decirlo así "biológicas": las de los niños y las de los ancianos. Así, en la fase inicial de la familia, dedicada a la reproducción, las madres se ocupan de sus recién nacidos; mientras que, más tarde, familias adultas se han de ocupar de atender a los padres ancianos. Idealmente, la familia debe operar como una red intergeneracional de solidaridad.

Desde otro punto de vista, también puede decirse que en el seno de la red familiar sus miembros buscan autonomía y seguridad; y que estos dos aspectos cambian su peso e intensidad a lo largo del ciclo vital.

Ahora bien, más allá de este planteamiento general (y en cierta medida ideal o normativo, en tanto que discurso emic familista o lo que dice la familia de sí misma), en la sociedad contemporánea una lógica atraviesa toda clase de procesos y de formas de vinculación social y en consecuencia una cultura de la autorrealización se impone sobre la tradicional cultura familista, basada en el sacrificio y la entrega al grupo. En estas condiciones ¿qué sucede con la solidaridad familiar? Esta investigación no tiene por objeto explorar dicho fenómeno, pero tampoco puede progresar sin establecer unos trazos genéricos sobre su situación.

Podemos aproximarnos al mismo por una doble vía. La Encuesta de Empleo del Tiempo que recientemente ha efectuado el Instituto Nacional de Estadística nos permite captar cómo se aborda el cuidado a la dependencia en el seno de la familia. En segundo lugar, una encuesta reciente del CIS permite observar actitudes y opiniones sobre la solidaridad familiar.

Cuadro 13: Porcentaje de personas que realizan la actividad en el transcurso del día y duración media diaria dedicada a la actividad Ambos Sexos

		Ambos sexos		Varones		Mujeres	
		% de personas	Duración media diaria	% de personas	Duración media diaria	% de personas	Duración media diaria
Cuidado a niños		15,0	1:55	11,2	1:27	18,6	2:11
	Menores 25 años	4,0	1:38	2,2	1:10	5,8	1:50
	24 a 44 años	34,3	2:02	24,3	1:32	44,3	2:19
	45 a 64 años	6,0	1:11	5,7	1:05	6,3	1:16
	65 y más años	1,1	1:18	0,8	1:24	1,3	1:15
Ayuda a adultos miembros del hogar		3,5	1:32	2,5	1:36	4,5	1:30
	Menores 25 años	1,1	1:16	0,9	1:20	1,4	1:14
	24 a 44 años	2,5	1:22	2,1	1:37	2,9	1:12
	45 a 64 años	5,7	1:27	3,4	1:28	7,9	1:27
	65 y más años	5,2	1:53	4,4	1:51	5,9	1:54
Ayuda informal a otros hogares		6,7	2:06	5,2	2:05	8,1	2:06
	Menores 25 años	2,8	1:46	2,5	1:54	3,2	1:39
	24 a 44 años	5,0	1:56	4,1	1:57	5,8	1:54
	45 a 64 años	9,8	2:19	6,4	2:16	13,0	2:20
	65 y más años	9,9	2:04	9,2	2:06	10,5	2:03

Fuente: INE, Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003, 2004

En la *Encuesta de Empleo del Tiempo* del Ine para los años 2002-2003, se contemplan varias actividades de cuidado a otras personas. En concreto, se distingue entre cuidados en el hogar y ayuda fuera del hogar. En el primer caso, se diferencia entre los cuidados ofrecidos a los niños y la ayuda a adultos. En el segundo caso, dentro del apartado dedicado al trabajo voluntario y reuniones aparece la ayuda informal a otros hogares. Veamos los resultados globales: un 15% de las personas entrevistadas dedican un tiempo de casi 2 horas diarias a cuidar a niños; un 3,5% dedican en torno a 1 hora y 32 minutos a cuidar a adultos en el hogar; y un 6,7% entregan dos horas diarias a la ayuda informal a otros hogares, que en parte consideramos que deben ser hogares de familiares próximos.

Estas actividades presentan variaciones significativas cuando se efectúa un análisis de los resultados de acuerdo con las variables de edad y sexo. En concreto, el cuidado a los niños se da predominantemente en la cohorte adulta de 25 a 44 años, siendo las mujeres las que se encargan predominantemente de ello (44% de mujeres frente a 24% de hombres). Y es la cohorte de 65 y más años la que menos cuida a los niños en el hogar.

El porcentaje de personas que cuidan a adultos en el hogar es muy inferior en relación con el cuidado de niños: 3,5%. Por otra parte, este tipo de trabajo de cuidado sigue una pauta, por edad y sexo, bastante distinta. En primer lugar, la cohorte que presenta una frecuencia menor de cuidados a adultos es la de menores de 25 años y el porcentaje asciende con la edad, si bien la cohorte de edad más avanzada (65 y más años) presenta una frecuencia ligeramente inferior a la cohorte madura (45 a 64 años). Pero la correlación es perfecta cuando analizamos el tiempo de dedicación, siendo las personas de mayor edad las que dedican un tiempo diario mayor a cuidar a adultos.

Cuando se analiza la variable sexo y su relación con la edad, el dato más significativo se encuentra en el hecho de que son las mujeres de entre 45 y 64 años (por tanto, en la mayoría de los casos bien como hijas o bien como esposas) las que de forma más claramente destacada asumen esta tarea.

En tercer lugar, podemos estudiar las prácticas de cuidado a personas mediante el análisis de la ayuda informal a otros hogares. El porcentaje de personas que dedican tiempo con una frecuencia diaria de unas 2 horas a este tipo de actividad es de 6,7. De nuevo el porcentaje inferior se da entre los jóvenes, y las cohortes de mayor edad son las que se dedican a ello con una frecuencia mayor. Hay que tener en cuenta que aquí no se especifica si la ayuda se destina a adultos o también a niños, por tanto cabe la posibilidad de que entre el 9,9% de personas de 65 y más años que practican esta actividad se encuentren también los abuelos que cuidan a sus nietos. Esta hipótesis concordaría bien con los resultados, ya que aquí se da un mayor equilibrio en las cohortes de edad avanzada (mayores de 65 años) al analizar la ratio por sexos. Por otra parte, la correlación con la edad es completa, mientras que en el caso de la ayuda a las personas adultas en el hogar, los porcentajes más elevados se dan no en las cohortes de edad avanzada, sino en las maduras (45 a 64 años).

Pero desde luego, en los tres casos, el porcentaje de mujeres que cuidan es superior a los hombres cuidadores en todas las cohortes. Y las mujeres que cuidan son, excepto en el caso de niños en el hogar (donde como es lógico cuidan más las propias madres), las pertenecientes a la edad adulta y madura, la cohorte femenina que más cuida es la de 45 a 64 años.

Una segunda forma de aproximarnos a la solidaridad familiar en la familia española actual (y, por tanto, valenciana y murciana) se encuentra en las opiniones vertidas en una reciente encuesta del CIS (barómetro de febrero de 2003). A los encuestados se les presentaban cuatro frases para que expresaran su grado de acuerdo con ellas. La escala de opciones iba desde muy de acuerdo (1) a muy en desacuerdo (4).

La solidaridad en el seno de la familia

Grado de acuerdo con que...	1	2	3	4	5
Cuando uno no pueda valerse ya solo, es preferible recurrir a los Servicios Sociales, antes que a la familia	8,2	21,1	43,1	22,1	5,4
Si se necesita pedir dinero prestado, es preferible pedirlo a un banco, antes que a la familia	12,9	32,0	33,4	15,0	6,6
Los mayores deberían gastar sus ahorros en vivir bien, antes que dejarlo en herencia sus hijos	34,8	41,0	15,3	3,1	5,7
Es mejor que los niños vayan a una guardería o los cuide una chica en casa, antes que recurrir a los abuelos o a otros familiares	15,2	32,9	30,6	12,5	8,9

Fuente: Cis, *barómetro 2481*, febrero 2003.

Nota: 1. Muy de acuerdo; 2. De acuerdo; 3. En desacuerdo; 4. Muy en desacuerdo, 5. Ns/Nc.

La encuesta abordaba cuatro afirmaciones referidas a otras tantas dimensiones y necesidades de recursos personales y familiares (cuidado en la vejez, cuidado en la infancia, dinero, herencia). Respecto al cuidado de los niños se produce una división relativa de la muestra en dos posiciones: a) la más numerosa, aunque no alcanza el 50%, a favor de que los niños vayan a la guardería o los cuide una persona contratada (48%); b) la favorable a que se encargue su cuidado a los abuelos, con un 43%.

Una situación similar se produce cuando se aborda el tema del préstamo de dinero. La pregunta planteaba el dilema de pedirlo a los bancos o a la familia. La población entrevistada se divide en dos bloques y ninguno llega a alcanzar el 50%. Los favorables a recurrir a la familia son un 45%, mientras que los favorables a recurrir a una institución bancaria son un 48%.

Obsérvese que en los dos casos citados se ha puesto a los entrevistados en la tesitura de elegir entre el "tradicional" marco familiar de relaciones y un marco institucional "nuevo", "moderno", externo a la familia, bien sea la guardería (para cuidar a los niños) o los bancos (para obtener dinero). Un porcentaje importante comienza a pensar que el marco tradicional debe ser sustituido por el nuevo y externo. La red familiar debe circunscribir sus funciones y los individuos han de encontrar respuestas a sus necesidades en los marcos institucionales de la modernidad.

Pero si son significativos los resultados obtenidos en las frases anteriores, no lo son menos los que aparecen en las dos siguientes: que se centran fundamentalmente en el modo de vida a seguir por las personas mayores.

En cuanto a la transferencia intergeneracional de recursos económicos (la herencia), se da una posición mayoritaria a favor de que las personas mayores dediquen sus ahorros a cuidarse a sí mismos (individualización frente a familismo). Así piensa el 76%. Mientras que quienes sostienen que los ahorros se han de transformar en herencia para los hijos sólo son un 18%. Se profundiza, por tanto, la posición favorable a la individualización.

Más significativa es la respuesta a la cuarta frase sometida a valoración: cuando uno no pueda valerse ya por sí solo, es preferible acudir a los Servicios Sociales, antes que a la familia. Pues bien, en

contra de lo que cabría esperar en abstracto y a la luz de las posiciones anteriores, aquí las frecuencias mayores no son las favorables al marco institucional externo y nuevo (los Servicios Sociales), sino las que postulan el recurso a la familia. Así, el 65% se manifiesta a favor de acudir a la familia, mientras que un 29% piensa que debe buscarse apoyo en los servicios sociales.

El resultado obtenido en este ítem es totalmente congruente con los que arrojan numerosas otras encuestas y con las opiniones que hemos escuchado en los propios grupos de discusión. De hecho, en la cultura española se piensa que los Servicios Sociales son el último recurso para quienes carecen de los restantes. Una persona debe cuidar de sí misma mientras puede; después, debe ser atendida por la familia; sólo si carece de ésta o se ve desbordada, debe acudir a la "beneficencia" pública. Los Servicios Sociales están estigmatizados como prestaciones para "pobres". No existe una concepción normalizada de los mismos como un derecho ciudadano del que se hace uso a lo largo de la vida. Por ello mismo, también, no suelen ser las propias personas afectadas, los mayores dependientes, quienes acuden a ellos, sino a) los servicios sociales quienes se los "encuentran", cuando carecen de red; o b) los parientes próximos quienes solicitan su intervención, si se encuentra "desbordados".

Sin embargo, esta cultura puede estar cambiando y puede cambiar rápidamente. Las circunstancias de la transformación estructural de la familia y su vaciamiento de recursos de cuidado para dependientes llevan en dicha dirección. Por otra parte, la individualización de los jóvenes les puede llevar más a "preocuparse por" sus mayores (es decir, a gestionar la ayuda) que a "ocuparse" de ellos (realizar directamente las tareas de cuidado).

En estas condiciones, sería necesario poner en marcha una política normalizadora de los servicios sociales como el cuarto pilar del Estado de Bienestar y que, por tanto, los definiera y presentara como un derecho ciudadano regular. Hemos constatado que la lógica de la individualización está llevando a un cambio en las concepciones culturales: porcentajes crecientes de población se muestran partidarios de sustituir los recursos familiares por agencias institucionales externas (guarderías, bancos, servicios sociales) y son partidarios de individualizar el uso de los ahorros en vez de metamorfosearlos en herencia.

6. La dependencia en la tierra prometida de la autorrealización.

Uno de los datos más llamativos para el analista social contemporáneo se encuentra en el contraste entre la creciente importancia (podría decirse objetiva) de la dependencia de las personas mayores y el carácter secundario que esta problemática tiene en la percepción social, a la luz de las encuestas a la opinión pública. El mejor registro de opiniones sobre percepciones de problemas sociales se encuentra en el barómetro mensual del CIS. Pues bien, una consulta a estos barómetros permite constatar que sólo en una posición muy secundaria se cita el problema de las pensiones y que no se ha introducido en el cuestionario una definición específica para problemas de las personas de edad avanzada (soledad, dependencia), mientras que sí aparecen para las mujeres o para los jóvenes.

Dado que nuestro objetivo aquí no es tratar el problema de la dependencia, tan sólo aportaremos algunos datos para encauzar la reflexión posterior. En el barómetro de marzo de 2003 realizado por el CIS, el 62% de la población española dice conocer a alguna persona que padece una enfermedad crónica, una minusvalía o una dolencia que de alguna manera limite sus actividades. Por tanto, la experiencia vicaria de la dependencia está ampliamente difundida.

A continuación, se trataba de identificar la proximidad de dicho conocimiento, es decir, la relación con la vida cotidiana del entrevistado. Y, por tanto se preguntaba en un segundo momento de quién se trataba. Los resultados obtenidos son los que aparecen en la tabla siguiente:

Cuadro 14: La presencia de la dependencia en relación con el entrevistado

Miembros de la familia	41,9 %
Conocido/s	20,7 %
Amigo/a	19,2 %
Vecino/a	16,0 %
Entrevistado/a	11,0 %
Otra/s personas	4,0 %
Compañero/s de trabajo	2,8 %
Compañero/s de estudios	0,9 %

Fuente: CIS

El porcentaje más elevado se da en la propia red familiar: el 42% de los que dicen que conocen a personas dependientes las tienen en la propia familia. Con una frecuencia menor, justamente la mitad, aparecen las categorías de conocidos (21%) o amigos (19%).

Un segundo aspecto importante a tener en cuenta es el de la persona que realiza las tareas de cuidado o apoyo a los dependientes. Básicamente, estas tareas son desarrolladas por familiares próximos y mujeres. Pero, como hemos dicho anteriormente, la estructura del cuidado y las opiniones relacionadas con el mismo están cambiando. Así, en este mismo barómetro se planteó a los entrevistados quién o qué instancia debe ocuparse de las personas con dependencia: un 8% contesta que la familia; un 27% que los servicios sociales; y un 64% que ambos conjuntamente. Al mismo tiempo, un 74% considera que las actuales prestaciones de los servicios sociales y de los servicios sanitarios son claramente insuficientes.

Por tanto, cuando contemplamos las necesidades de atención de las personas dependientes, se observa la existencia de una importante necesidad de recursos (que además crecerá en el futuro). Estos recursos han sido proporcionados por la familia; y están en transición hacia una transferencia externa, con carácter complementario. La población demanda políticas públicas de dotación de los recursos sociales. Pero entre tanto, también aparece el recurso al mercado, de una doble manera. Los grupos sociales pudientes pueden costearse tanto las residencias como el cuidado profesional en casa; las capas sociales medias, acuden a la mano de obra inmigrante, en la mayoría de los casos, contratada en condiciones de ilegalidad. En este marco, el voluntariado proporciona una ayuda muy reducida para necesidades muy amplias, y por más que crezca en volumen, en intensidad de dedicación y en calidad, no dejará de ser un complemento secundario y restringido.

Nos encontramos, por tanto, en España con un Estado de Bienestar limitado y no desarrollado siquiera en el caso de la dependencia; con una concepción no normalizada de los servicios sociales; con un familismo en transformación; y con un voluntariado escaso y limitado; al mismo tiempo, con un recurso a mano de obra inmigrante en condiciones precarias.

En todo lo que venimos comentando en este apartado no se ha prestado atención a las necesidades no instrumentales de las personas de edad avanzada: también ellos, aunque vean limitadas sus posibilidades, tienen necesidades de comunicación y de vinculación social. En el siguiente apartado abordaremos esta cuestión de la comunicación.

6. La comunicación, en el núcleo de la vinculación social.

En las más diversas encuestas queda registrada la satisfacción que la población española tiene de su vida familiar. En uno de los barómetros del CIS (febrero de 2003) se volvió a plantear esta cues-

tión. El resultado obtenido es que un 85,6% de los entrevistados afirmaron sentirse bastante o muy satisfechos, ya que en una escala de 1 a 10, puntuaron entre 7 y 10.

Pero ¿cómo son las relaciones familiares? Y especialmente ¿cómo son las relaciones familiares intergeneracionales?. En el mismo barómetro citado se trató de registrar la frecuencia de distintos tipos de relaciones. En concreto, se exploraron tres: hablar de asuntos personales, visita a familiares sin motivo especial para ello, celebraciones. Los resultados quedan reflejados en la tabla adjunta: el 72% afirma que habla con su familia de asuntos personales; el 70% que visitan a la familia con frecuencia, sin necesidad de tener razones específicas; el 84% que se reúnen para celebrar fiestas como cumpleaños, navidades, etc.

Cuadro 15: Frecuencia con la que realiza determinadas actividades familiares

Habitualmente Habla con su familia sobre asuntos personales	72,3
Visita a sus familiares, aunque no exista ningún motivo especial para ello	70,1
Celebra fechas señaladas (cumpleaños, Navidad, etc. con miembros de la familia)	84,1

Fuente: CIS, barómetro febrero 2003

En los grupos de discusión nos ha aparecido reiteradamente la incomunicación intergeneracional como problema. Parecería, sin embargo que el dato que acabamos de citar lo desmentiría: las personas hablan con frecuencia con miembros de la familia de sus propios asuntos. Sin embargo, en el barómetro de febrero de 2004, se ha solicitado a los encuestados, entre otras cosas, una valoración de los principales problemas que surgen en la convivencia entre padres e hijos. Los resultados pueden contemplarse en la tabla siguiente: el problema más importante, sin ninguna duda, ante por frecuencia de citación como por intensidad, es el de la comunicación.

Cuadro 16: Importancia de los problemas en las relaciones entre padres e hijos

<i>Importancia de problemas padres hijos</i>	<i>Mucha</i>	<i>Bastante</i>	<i>Poca</i>	<i>Ninguna</i>	<i>Ns/Nc</i>
Cuestiones económicas	16,5	48,4	25,0	6,3	3,8
Amistades de los hijos	33,5	48,6	11,6	3,5	2,8
Falta de comunicación	45,2	42,7	6,5	2,4	3,2
Diferencias en ideas políticas	3,0	13,3	42,7	36,1	5,0
Rendimiento en trabajo o estudios	32,4	54,5	8,3	2,1	2,6
Costumbres de los hijos	9,2	35,6	37,8	14,6	2,8
Falta de colaboración en labores de casa	16,6	52,2	23,6	4,2	3,3
Diferencias de opinión en temas religiosos	3,0	14,7	39,4	39,4	3,5

Fuente: CIS, barómetro de febrero de 2004

De los ocho problemas presentados a valoración, dos son marcados como más importantes. De hecho, si sumamos los resultados de las opciones "mucho" y "bastante" importancia, la falta de comunicación obtiene un 88% de acuerdo y el rendimiento en el trabajo y estudios un 87%. A una pequeña distancia de estos, se sitúa la cuestión de las amistades de los hijos.

En una segunda posición, aparecen dos tipos de problemas: la falta de colaboración en las labores de la casa y los problemas económicos. Tienen importancia menor las costumbres de los hijos, y muy especialmente las diferencias ideológicas, sean de carácter religioso o político.

Por tanto, queda patente la elevada valoración de la falta de comunicación como problema. Como hemos dicho, esto es lo que sucedía también en los grupos de discusión. Y la irrelevancia de las diferencias ideológicas.

¿Cómo abordar la propuesta del mediador intergeneracional a la luz de los datos precedentes?

1. La falta de comunicación intergeneracional es un problema fundamental
2. Pero no permite hablar de la existencia de un conflicto generacional. No hemos detectado la percepción de la existencia de un conflicto evitable.
3. Más bien, a la queja por la falta de comunicación, acompañan argumentos que disuelven su carácter de conflicto. Está en la naturaleza del relevo intergeneracional que los mayores sean sustituidos por las cohortes jóvenes; que los jóvenes vivan su vida; y que los mayores se conformen con este proceso de suplantación que les deja out, fuera de lugar, amortizados.
4. Las personas mayores gozan de sobreabundancia de tiempo, pero no van a utilizarlo para competir con los jóvenes por los recursos que están en juego en la vida social y menos aún por los estatus que marca la dinámica histórica.
5. Tratan de labrarse un estatus propio, mientras son autónomos: un estatus centrado en la auto-realización (una segunda oportunidad) por el ocio.
6. Pertenece, por tanto, a la dinámica histórica, a la naturaleza de las cosas, a la biología, este proceso de relevo intergeneracional. Esto no es un conflicto.
7. Y si no es un conflicto, tampoco procede la negociación
8. Existen, eso sí, problemas de comunicación en general y problemas de soledad, en particular, entre las personas de edad avanzada.
9. Estos problemas son resultado de la implantación central de una lógica de la individualización que recompone el vínculo social en términos de a) elegibilidad o voluntariedad, b) afinidad. Y, por tanto, tiende a articularse en función del grupo de pares y de acuerdo con una lógica homoetaria.
10. Este proceso ha disuelto la función que cumplían determinados espacios en la sociedad tradicional como centros de sociabilidad (casinos, bares, centros culturales) que permitían un encuentro no instrumental de diversas generaciones.
11. ¿Es imposible, entonces, el encuentro intergeneracional? ¿Es inútil la tentativa de crear mediadores intergeneracionales? Lo más que podemos decir es que tiene una aplicabilidad limitada inicialmente, dadas las condiciones en que debe desenvolverse: voluntariedad y afinidad de las relaciones.
12. Un segundo aspecto abunda en esta percepción del carácter limitado de la institucionalización de la mediación intergeneracional. Se defina con mayor o menor precisión, es una agencia moderna, nueva y externa, frente a la familia. Y hemos podido constatar que estas agencias se encuentran con resistencias claras cuando se trata de lo relacionado con la atención de problemas que afectan a las personas mayores.
13. Un espacio que ya está aceptado y bien valorado para los encuentros intergeneracionales es el que desarrolla el voluntariado con personas mayores. Por tanto, el voluntariado, figura por antonomasia de esta sociedad individualizada puede ser el campo de cultivo de las relaciones intergeneracionales.
14. De esta forma, desde un círculo básico en el que interacciona el voluntariado con la categoría social vulnerable (personas de edad avanzada), puede expandirse progresivamente el cultivo de la intergeneracionalidad.

15. Pero, sobre todo, es una reorganización estructural diferente del ciclo vital, lejos de su absurda organización actual, la que puede permitir una visión distinta de las relaciones intergeneracionales. Este trabajo puede hacerse fundamentalmente con las personas mayores o de edad avanzada.

7. Una redefinición de las formas de vinculación y participación social.

El ciclo vital en la actualidad se caracteriza por a) un retraso de la edad de entrada al mercado de trabajo, b) una expulsión temprana del mismo, parados de larga duración, mano de obra excedente, prejubilaciones, c) la configuración de una etapa posterior, con autonomía, pero sin rol social. ¿No es posible distribuir el tiempo (y el empleo) de otra manera? ¿Es el trabajo asalariado la única ocupación digna en la vida social? Hace falta una ocupación a la vida. Una o muchas. Pero para dotarla de significado y disfrutar de un sentido de la dignidad personal necesitamos una ocupación. Hasta ahora la principal fuente de sentido, dignidad y estatus radicaba en el trabajo. Pero ¿entonces las personas de edad avanzada carecen de estatus, de dignidad social? Tal vez, la participación cívica pueda ser una alternativa a esta situación.

Existen varios tipos de participación cívica que no tienen que entenderse como excluyentes, aunque en la actualidad las personas mayores tienden a decantarse por unos más que por otros

1. Lúdico – recreativa
2. Reivindicativa
3. Cultural
4. Solidaria
5. Autoayuda

Todas estas formas comportan algún tipo de compromiso personal. Al menos, el de salir de casa y convivir. Y ya hemos visto lo importante que puede ser este compromiso básico, cuando hay categorías que tienen la fácil tentación de refugiarse en la televisión como núcleo articulador de su experiencia vital.

Algunas de estas formas de participación social enriquecen a la sociedad y tal vez a la persona más que otras. Las hay que comportan incluso un compromiso político explícito. No se trata aquí de valorarlas, sino de mostrar que el mediador intergeneracional puede ser esencialmente un monitor que contribuye en la actual coyuntura de transición a dinamizar la participación cívica de las personas mayores. Y que puede intervenir en un triple frente.

1. Ayudar a las personas mayores a estar activos y reivindicar su dignidad personal y su estatus social
2. Transformar los clubes de jubilados, que pueden convertirse en guetos, dada la lógica de la segregación de la comunicación entre pares, en redes de solidaridad y de práctica del voluntariado.
3. Aportar a las generaciones jóvenes la experiencia vivida, no tanto como lecciones funcionales, como moralina (que no podría más que estar descontextualizada), sino como recuerdo de las expectativas insatisfechas, de las alternativas vitales (el mundo no está cerrado).

El mediador intergeneracional debería comenzar, a nuestro juicio, como un monitor dinamizador de las prácticas de participación cívica de las personas mayores. De creación de voluntariado de las personas mayores. Pero también de movilización del voluntariado de los jóvenes hacia las personas mayores.

En la medida que generaciones de personas mayores más jóvenes, aporten una mayor variedad de formas de vivir la edad avanzada, pueden desarrollarse también más amplias estrategias de integración social intergeneracional.

En este proceso, aunque las funciones profesionales no estén claramente delimitadas, pueden comenzar a roturar un territorio relativamente yermo los mediadores intergeneracionales. No debe olvidarse que en la historia de los procesos sociales, con cierta frecuencia, la oferta ha creado la demanda.

CONCLUSIONES

1. La exploración en fuentes estadísticas ha registrado los profundos cambios experimentados por las sociedades valenciana y murciana, en las últimas décadas, tanto en lo relativo a las tendencias demográficas, como educativas, laborales y familiares. En breve, puede afirmarse que asistimos a un incremento del número de hogares, pero también a una reducción de su tamaño, a un crecimiento del número de hogares unipersonales y de hogares homoetarios. Por tanto, a una reducción de la intergeneracionalidad.
2. Los hogares, en tanto que espacios intergeneracionales, eran y continúan siendo espacios de transferencias y de solidaridad intergeneracional. Especialmente, eran la fuente de apoyo para los procesos de dependencia. Eso significaba que las mujeres dedicadas a las tareas del hogar (amas de casa) se ocupaban de cuidar a los dependientes. Los datos presentados muestran que justamente cuando crece la dependencia por envejecimiento demográfico, alargamiento de la esperanza de vida, decrece el número de amas de casa y por tanto el potencial de cuidado en el hogar.
3. Por otra parte, las nuevas condiciones laborales y de residencia cambian radicalmente las disponibilidades de recursos para cuidar en general y las formas de vinculación social en particular. La necesidad de dos salarios para llevar adelante un hogar, reduce el tiempo disponible para atender al hogar; el imperativo de autorrealización lanza a las personas más allá de sus vínculos dados a la construcción de vínculos elegidos; las nuevas pautas residenciales socavan las relaciones de vecindad precedentes. Como dice Ulrich Beck, en las sociedades modernas la paleta de los contactos aumenta, "pero su pluralidad también los hace más fugaces y los limita más fácilmente a la superficialidad" (Beck, 150).
4. Los grupos de discusión han dado cuenta también de estos cambios, pero desde la perspectiva de la vivencia o experiencia de los agentes sociales. En ellos, se ha registrado tanto el carácter rápido del cambio experimentado, su percepción como desorganización o cambio sin control, como dos rasgos prototípicos del mismo: la individualización de las relaciones sociales y la tendencia a la homoetariedad (es decir, a las relaciones entre pares, horizontales, laterales, más que a las verticales).
5. La individualización significa instaurar la primacía de la autorrealización personal sobre el grupo; comporta, por ejemplo, un respeto sacral al tiempo de estudio de los hijos y a sus oportunidades vitales; requiere que las relaciones sean elegidas y sean elegidas de acuerdo con criterios de afinidad para que generen satisfacción vital.
6. La homoetariedad se deriva tanto de procesos estructurales como electivos: la sociedad se organiza mediante criterios de edad, de manera que desde edades tempranas los niños y niñas pasan la mayoría del tiempo diario con sus iguales en edad (guardería, escuela, instituto, universidad); por otra parte, las afinidades electivas, aunque no se reduzcan a criterios de edad, progresan entre los pares en edad.
7. En estas condiciones, todos los grupos coinciden en señalar las carencias de comunicación y de vinculación social intergeneracional, pero al mismo tiempo reconocen la dimensión positiva del proceso: que esa situación de homoetariedad expresa la búsqueda de relaciones libres, de afinidad, satisfactorias, frente a relaciones impuestas, de autoridad, rechazadas.
8. Dada esta situación, aparece una tendencia en todos los grupos a identificar y reducir la solidaridad intergeneracional a solidaridad intergeneracional familiar, identifican la categoría que

carece de relaciones con las personas mayores, y reducen las necesidades al problema de la soledad.

9. En los grupos no se ve la necesidad de una figura profesional dedicada a facilitar y propiciar las relaciones intergeneracionales: se considera algo forzado, postizo, impostado, que tendría escasa aceptación. Ello se debe a que si bien existe fragmentación de edades, nadie percibe la existencia de un conflicto de edades, en el cual se deberían tender puentes.
10. El análisis del discurso de los grupos, del mismo modo que el análisis previo de los datos estadísticos, muestra que nos encontramos en una coyuntura histórica en la que conviven generaciones (como contemporáneas) que pertenecen a cohortes y socializaciones distintas (no son coetáneas) y, por tanto, este decalage corre en contra de la intergeneracionalidad.
11. ¿Se deriva de ello, entonces, que no cabe actuación en este campo? ¿qué debe dejarse actuar a la lógica de la fragmentación etaria sin intervención? La experiencia demuestra que la oferta también crea la demanda. Este es un hecho constatado en el caso de los servicios sociales.
12. Por tanto, proponemos la introducción del mediador intergeneracional como un monitor animador de actividades culturales y de ocio en espacios ya existentes, como los centros de sociabilidad de personas mayores, las casas de cultura, etc. que aborde proyectos desde una perspectiva intergeneracional.
13. Sin duda, dada la necesidad creciente de recursos en este campo, la imagen social de la entidad que trabaje en este campo con una sensibilidad abierta a los cambios que se registran y a las nuevas mentalidades y capacidades de las personas mayores, se verá reforzada positivamente.

BIBLIOGRAFÍA

- BECK, U. Y BECK-GERNSHEIM, E. (1998): *El normal caos del amor*. Barcelona: El Roure.
- BELL, D. (1976): *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- CAMPO LADERO, M. J. (2003): *Relaciones interpersonales: valores y actitudes de los españoles en el nuevo milenio*. Madrid: CIS.
- CRUZ CANTERO, P. Y SANTIAGO GORDILLO, P. (1999): *Juventud y entorno familiar*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- ELIAS, N. (1993): *La sociedad cortesana*, México: FCE.
- ELIAS, N. Y E. DUNNING (1994): *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México: FCE.
- FUKUYAMA, F. (2000): *La gran ruptura. Naturaleza humana y reconstrucción del orden social*. Barcelona: Ediciones B.
- GIDDENS, A. (2000): *Un mundo desbocado*, Madrid: Editorial Taurus.
- MERELMAN, R. M. (1986): "Revitalizing political socialization", en M. Hermann: *Political Psychology*, San Francisco: Jossey-Bass.
- SENNET, R. (1998): *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- SIMMEL, G. (1977): *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos (e. o. de 1908).
- SILVERSTEIN, M. Y BENGSTON, V. L. 1997, "Intergenerational Solidarity ant the Structure of Adult Child-Parent Relationships in American Families" , en *American Journal of Sociology*, 103, 2, September, 429-460.
- VEBLEN, TH. (2004, e. o. de 1900): *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza Editorial.
- "L'Europe du grand âge : entre familles et institutions », en *Retraite et société*, n. 38.